



## *Fantasías (leyendas y tradiciones)*

Vicente Blasco Ibáñez



## **AJUNTAMENT DE VALÈNCIA**

REGIDORIA DE PATRIMONI I RECURSOS CULTURALS

© De esta edición: Ajuntament de València.  
Regidoria de Patrimoni i Recursos Culturals  
© De la Introducció: Emilio Sales (Casa Museo Blasco Ibáñez)  
ISBN: 978-84-9089-388-3

## ÍNDICE

<i>Introducción</i> .....	4
La misa de medianoche.....	8
Álvar Fáñez.....	26
Fray Ramiro.....	42
Historia de una guzla.....	54
Tristán el Sepulturero.....	66
La predicción.....	76
Fátimah.....	86
El castillo de Peña Roja.....	102
La espada del templario .....	116
La noche de San Juan .....	122
« <i>In pace</i> » .....	130

## INTRODUCCIÓN

Con solo veinte años, en 1887, Vicente Blasco Ibáñez publica el libro de cuentos *Fantasías (leyendas y tradiciones)*, en la Biblioteca de *El Correo de Valencia*. Por aquellas fechas, Blasco se presenta con una tarjeta de visita en la que se identifica como redactor del diario valenciano. Ya mantiene una relación sentimental con María Blasco del Cacho, mientras que su convencida orientación ideológica federalista le ha puesto en contacto con Constantí Llombart, lo que, a su vez, le ha permitido vincularse al movimiento valencianista de Lo Rat Penat, institución que destaca en el panorama cultural de las últimas décadas de la Valencia decimonónica. En tanto que este entorno artístico influye en la deriva de sus primeras producciones literarias, la cronología en que estas se ubican informa de la precocidad de un joven inquieto que, terminando sus estudios de Derecho, pretende abrirse camino por vías paralelas: la política, el periodismo y la literatura. ¿Acaso la sempiterna aspiración a la fama? ¿Cuánto de este anhelo tiene sus raíces en el poso libresco que, a través de la lectura de Victor Hugo, Michelet o Walter Scott, por ejemplo, le ha inspirado una concepción novelesca de la existencia?

Lo bien cierto es que la ficción ejerce desde muy pronto un hechizo incuestionable sobre él, superior al de las aulas. Y al mismo tiempo que afila sus habilidades en el terreno del activismo, haciendo gala de una gran capacidad oratoria, trasvasa a sus primeras historias su ímpetu fabulador. Al principio, siguiendo la estela de Llombart, escribe en valenciano, un registro idiomático que no es el de sus padres, de forma que, en 1883, publica la leyenda «*La torre de Boatella*» en el *Calendari llemosí de Lo Rat Penat*. Solo un año más tarde, la misma publicación acogerá su relato «*Fátimah*», incorporado después, en castellano, a sus *Fantasías*. Sin embargo, además de su entronque con las opciones lingüísticas difundidas por la *Societat d'amadors de les glòries valencianes*, Blasco se muestra versátil a la hora de alternar idiomática y temáticamente según el lugar en que publique sus escritos. Así, de nuevo, el historicismo se vislumbra dominante en «*La rosa del certamen*», historia incompleta que figura en *El Turia* (1883); reaparece en historias como «*Los talismanes*» y «*Aventura veneciana*», aparecidas, respectivamente en los almanaques de *El Mercantil Valenciano de 1884* y *Las Provincias de 1886*. En cambio, el perfil de revistas como *El Diablo Cojuelo*, en 1885, le invitará a manejar otros tonos, incluso la ironía picante, en textos como «*Un aria y un dúo*». En estos inicios narrativos el joven escritor prefiere dar curso al relato del hecho anecdótico, sin renunciar a alternativas que se remontan desde lo circunstancial al vínculo

con el motivo gótico.

Aun así, como denominador común de esta etapa de aprendizaje, se reconoce el peso absorbente de la tradición heredada, de un romanticismo de corte historicista que en la literatura peninsular estaba siendo reemplazado por la tendencia realista, atenta a considerar las necesidades y expectativas de las clases burguesas. Por eso, no es de extrañar el cierto parentesco que, desde el mismo título, Blasco establece con las famosas composiciones narrativas becquerianas con *Fantasías (leyendas y tradiciones)*. Más aún, dicho empaque quedará plasmado fehacientemente en diversos relatos que podrás leer a continuación. Ya no se trata solo de la cita textual de los primeros versos de la célebre rima VII, en «Historia de una guzla», sino en la afinidad que guardan determinados personajes, situaciones y ambientes de las fantasías blasquistas con otros similares de leyendas como «El rayo de luna», «El monte de las Ánimas» o «El miserere». Y es que, en su mirada retrospectiva a una Edad Media más evocada que reconstruida con rigor documental, Blasco insistirá en una serie de escenarios típicos: ahora el castillo, ahora las mudas estancias del monasterio, ahora las calles de la Valencia musulmana, que recreará, en varias ocasiones, con una tendencia a acentuar la atmósfera irreal. O lo que viene a ser lo mismo: haciendo una concesión a los elementos característicos de la literatura gótica. Entonces cabrá la posibilidad de las apariciones espectrales, las fortalezas albergarán secretos pasadizos que conducen al misterio, la luna será testigo del derramamiento de sangre y los ámbitos lúgubres, cementerios inclusive, se verán subrayados por la parafernalia acústica de las tormentas, del viento y el chirriar de las puertas.

En estas fantasías, planificadas como pequeños cuadros o escenas que presentan al lector encuentros bélicos entre caballeros cristianos y musulmanes, terribles venganzas y amores imposibles, los personajes principales forman parte de un elenco consabido: el guerrero, bien árabe, bien cristiano, singularizado por su fiereza en la batalla, pero terriblemente débil ante la seducción sentimental; el monje que oscila entre su devoción y el rigor implacable ante las conductas contrarias a las reglas; o la dama, esposa obligada a defender la honra marital o figura varonil que no teme a las distancias con tal de lograr de su objetivo. Asimismo, junto al trovador erigido en tercero del triángulo amoroso, también individuos anónimos con dotes adivinatorias, que se presentan como harapientos nigromantes, y que tendrán su correlato en esas brujas que deberá dilucidar el lector si solo son fruto de la mentalidad supersticiosa del Medievo.

Blasco Ibáñez tenía a su alcance el repertorio referencial necesario para urdir sus tramas. Estaba familiarizado, además, con los mecanismos utilizados en

la literatura folletinesca para lograr el efecto sorpresa. No obstante, del mismo modo que desfilarían en relatos posteriores personajes empujados por una aspiración indefinible, la melancolía, a veces rayana en un inefable misticismo, es motivo ficcional que apuntala la huella becqueriana.

La naturaleza romántica de las historias incorporadas en *Fantasías*, en paralelo a la vocación historicista que resucita tópicos como el amor de oídas o las ordalías y recupera el legado de otros ingredientes procedentes de los textos caballerescos medievales, se reconoce en el estilo con que se materializan tales argumentos. Si en algunos momentos asoma la envidiable plasticidad descriptiva del arte blasquista, en otros, el manejo de la acción resulta titubeante, determinando que el narrador se vea obligado a recurrir a las retrospecciones. Con ello, afín a las prácticas románticas, el narrador se hace presente para establecer un contacto directo con sus destinatarios, para guiarles o glosar determinados episodios, en un diálogo del que no está ausente el empeño por desmitificar ciertas creencias del pasado.

Por contraste con el estilo fluido y preciso que se revelará a partir de sus novelas de costumbres contemporáneas, en sus *Fantasías* abundan registros léxicos y usos como la frecuencia repetitiva del adjetivo que denotan el influjo arrollador de la tradición heredada. Esta todavía tardará unos años en desaparecer, al igual que la recaída en el romanticismo historicista se renovará en fechas inmediatas en títulos como *El conde Garcí-Fernández. Novela histórica del siglo X*, obra publicada también en 1887, en la misma Biblioteca de *El Correo de Valencia*, o en la narración épica *Hugo de Moncada* (1888), con la que el autor triunfó en los Juegos Florales de Lo Rat Penat.

## La edición

Se reproduce el texto de *Fantasías (leyendas y tradiciones)*, a partir de su primera edición de 1887 (Valencia, Biblioteca de *El Correo de Valencia*), cotejada en casos puntuales con aquella de 1928 (Madrid, editorial Cosmópolis). Apenas se han realizado cambios significativos sobre las fuentes transcritas, limitándose la tarea de edición a regularizar la acentuación, según los usos normativos actuales de la RAE, o a resolver algunos pocos casos que podían resultar conflictivos, en cuanto a la puntuación del original.



## LA MISA DE MEDIANOCHE

### I

EL FUEGO chisporroteaba sin cesar bajo la colosal chimenea de la cocina del castillo, y de los rojos tizones brotaban grandes llamas, que ora crecían hasta desaparecer por el interior del cañón, ora menguaban hasta morir entre las cenizas que cubrían gran parte del hogar.

Centenares de chispas danzaban subiendo y bajando en fantástica ronda en derredor de las ascuas, y como si dentro de cada una de ellas existiese algún invisible ser que las dilatase con su aliento, estallaban de pronto produciendo un chasquido que alteraba el profundo silencio de la estancia.

El viejo guarda del castillo, sentado en un ancho sillón de cuero y rodeado de su prole, fijaba su vista en el fuego como absorto en la contemplación de aquel chisporroteo, si bien de cuando en cuando sus ya cansados ojos perdían su inmovilidad, para mirar la noble fisonomía de un joven de despejada frente y luenga melena, que junto a él estaba y el cual parecía a su vez muy ensimismado también en la contemplación de las inquietas llamas.

Fuera de la cocina escuchábase el zumbido del viento bajo los abovedados corredores del castillo.

Esto, junto con la crepitante lumbre del hogar, parecía atraer a la meditación a los que se agrupaban en torno de la chimenea.

No debía, empero, tener el viejo guarda muchos deseos de permanecer callado, por cuanto de pronto interrumpió el silencio diciendo al joven que a su lado tenía:

—Conque, decidnos, señor huésped, ¿qué os ha parecido nuestra cena?

—Lo suficientemente delicada para que os dé por ella las más expresivas gracias, lo mismo que por vuestra hospitalidad.

—No las merece, caballero. No hay quien de buen aragonés se precie, que no tenga el deber de dar albergue en su casa a todos los que, por necesidad o por gusto, andan solos por esos mundos de Dios. Mas... si no fuera indiscreción os preguntaría de dónde sois, y qué es lo que motiva vuestra venida a estos recónditos lugares de España.

—No tengo inconveniente en contestar a vuestras preguntas. Soy del país donde las artes tienen su cuna, donde brillan en todo su esplendor, donde continuamente se respira belleza: soy hijo de Italia.

—¿Y por qué habéis abandonado vuestra patria para veniros a estos ignorados parajes?



—Me explicaré. Soy artista y recorro el mundo copiando a la naturaleza con mis pinceles, y buscando al mismo tiempo esas tradiciones populares que tanto abundan en todos los países y de las cuales en más de una ocasión he sacado asunto para mis cuadros.

—¡Ah! Ya entiendo. ¿Os referís a esas historias que en las noches de invierno, como esta, se acostumbra a contar junto al fuego? Viejas consejas, cuentos que hacen las delicias de los niños...

—Cierto.

—¿Y corréis mundo para saber todas esas historias?

—Todas no; pero sí las que pueda.

—Pues yo por mi parte puedo contaros una que tal vez sea más curiosa que todas las que sabéis.

—Pues contádmela, ¡por Cristo!, que os lo agradeceré en el alma.

—A ello voy para daros gusto. Pero no... Antes aguardad unos momentos, mientras yo cumplo la regla que en mi casa tengo establecida. ¡Ea!, ¡Teresa! —continuó el buen hombre dirigiéndose a su mujer—, coge a los chiquillos y acuéstalos, pues en el reloj de la aldea acaban de dar las nueve.

La esposa del conserje, apenas escuchó estas palabras, salió de la cocina llevándose a sus hijos, no sin que antes besaran la mano del padre, quien a cambio les prodigó sendas bendiciones.

Cuando quedaron solos el guarda del castillo y el artista, encendió el primero un grueso cigarro con un tizón del hogar, y después de arrellanarse en su sillón de cuero, comenzó a hablar en los siguientes términos.

## II

—Allá por los tiempos en que moros y cristianos andaban por esos vericuetos rompiéndose el alma todos los días, un poderoso señor aragonés, llamado don Ramiro de Montalbán, fundó este mismo castillo en que nos encontramos.

Érase mi don Ramiro todo un gallardo caballero, tan galante con las damas como esforzado con los enemigos, cualidades que le hacían ser respetado por los poderosos y adorado por la mayor parte de las ricas hembras que habitaban en la corte de Aragón, si bien ninguna de ellas, con todos sus encantos, y a pesar de todos sus esfuerzos, había logrado apoderarse del corazón de aquel hombre, que solo amaba las peripecias del combate; mas esto tan solo era porque don Ramiro no había encontrado todavía lo que en rústico lenguaje solemos llamar nosotros nuestra *media naranja*.

Por fin, un día, dio con ella el de Montalbán, y las damas de la Corte quedaron sorprendidas al saber que este iba a contraer matrimonio con cierta doña Elvira, joven cuya hermosura era la que más renombre gozaba en todos los reinos cristianos.

Pero lo que verdaderamente causaba sorpresa a las damas no era que don Ramiro se hubiese enamorado de doña Elvira, sino que esta consintiese en casarse con él, cuando todos sabían que hacía bastante tiempo estaba concertado su matrimonio con don Jaime de Aguilar, caballero tan valiente como Montalbán, y a la sazón uno de los más poderosos del reino. Nada valen, empero, las más formales resoluciones cuando el amor anda de por medio: doña Elvira estaba por don Ramiro, y como ya sabéis que las mujeres son capaces de todo cuando están enamoradas, olvidándose de sus antiguas relaciones con el de Aguilar, despidióle de la mejor manera que supo, dejando al infeliz don Jaime del modo que podéis fácilmente comprender.

Juró este por todos los santos del cielo oponerse a semejante unión; acudió a los padres de doña Elvira para recordarles antiguos compromisos, pero como aquellos buenos señores le respondiesen que no tenían más voluntad que la de su hija, tuvo que retirarse y madurar en su magín en el entretanto sus planes de venganza.

Libre ya de don Jaime la hermosa dama, pudo entregarse sin cuidados a amar a su don Ramiro, y poco tiempo después, ante la presencia del rey de Aragón y todo lo más selecto de su Corte, se celebraban las bodas de los dos nobles amantes.

Después de algunos días de alegres fiestas, los enamorados esposos abandonaron la Corte para venirse a este castillo, testigo mudo de su dichosa luna de miel.

Y ahora caigo en que se me olvidaba enteraros de un pormenor que influye en mucho para la acción de esta historia.

Colindante con los dominios de don Ramiro de Montalbán encontrábase el señorío de los Aguilares, y apenas si distan unas ocho leguas los castillos que en aquella época eran habitados por los dos vástagos de tan ilustres familias.

Don Jaime de Aguilar, pues, desde su castillo percibía las muestras de aquella felicidad que hubiera poseído, a no ser por la fatal intervención de don Ramiro, sirviendo aquello de nuevo combustible para avivar la terrible hoguera que día y noche ardía en su alma.

El cielo íbase encapotando cada vez más, y la tempestad no podía tardar en desencadenarse.

Siempre los vasallos han sido los mejores intérpretes de los odios de sus seño-

res, y los de Aguilar, conociendo lo que en el corazón de su señor pasaba, comenzaron a hostilizar a los de Montalbán, que se vieron precisados a responder a tan injustificados ataques.

Los instrumentos de labranza trocaron en mortíferas armas, las cabañas convirtieron en fortalezas, los bosques en acechaderos, las fronteras de ambos señoríos en campos de batalla, y los villanos vasallos de Montalbanes y Aguilares comenzaron a andar a ballestazos por los más fútiles motivos.

Por fin las cosas llegaron a un punto demasiado subido para que los dueños de ambos señoríos permaneciesen indiferentes a tales sucesos, y un día, en los mismos lugares donde anteriormente se batían rústicos villanos de sayo remendado, aparecieron jinetes que, lanza o espada en mano, se atacaban defendiendo las casas de Montalbán o Aguilar.

Desde entonces raro fue el día en que la gran campana de los dos castillos no tocara a rebato, martillo batiente, y en que ambos señores, vistiendo la acerada malla, no se llegasen a los límites de sus dominios para sacrificar algunos de sus vasallos en aras de sus reconcentrados odios.

Tan enconada llegó a ser la tal guerra señorial, que llegando a los oídos del rey, le movió a poner coto a tales disturbios, prohibiendo a los dos caballeros, bajo las más severas penas, el que volviesen a tomar las armas en perjuicio de sus propios vasallos y de la tranquilidad del reino.

Entonces, ante el regio mandato, cesaron aquellos terribles combates, y los vasallos abandonaron sus armas para dedicarse a las labores del campo; mas en cambio comenzó una terrible guerra a la sordina por parte del de Aguilar, que muy pronto dio sus apetecidos resultados.

Una mañana, don Ramiro de Montalbán, montando un ligero potro y seguido de dos fieros mastines, salió de su castillo para cazar en un bosque de los alrededores.

Llegó la noche, y sin embargo el caballero no volvió al lado de su esposa, que anhelante le aguardaba.

Esta, en vista de la tardanza, llamó a sus servidores, y seguida de estos y de gran número de vasallos habitantes en el villorrio que al pie del castillo se extendía, recorrió, alumbrada por rojizas teas, el bosque a que por la mañana había dirigido su esposo.

Después de algunas horas de inútiles pesquisas, doña Elvira vio por sus propios ojos en una de las calvas del bosque un espectáculo que hubiese desmayado su ánimo a no ser porque la dama era tan fiera de carácter como hermosa de rostro.

Rodeado de su caballo y sus dos fieles perros que yacían en tierra atravesados

por numerosos venablos, veíase el cadáver del noble don Ramiro lleno de descomunales puñaladas y nadando en un charco formado por su propia sangre.

Al ver aquello, todos los presentes exhalaban un grito de terror e indignación menos doña Elvira, que permaneció muda y con la mirada fija en el cuerpo de su desdichado esposo.

Desde el primer instante ocurriéronse a todos los que presenciaron tan horroroso espectáculo la idea de que el autor de aquella desgracia no era otro que don Jaime de Aguilar.

Y, efectivamente, esta era la verdad. Algunos sicarios de este caballero lograron penetrar, sin ser vistos de nadie, en los dominios de Montalbán, y aprovechando el momento en que este se encontraba solo habían logrado acabar con su vida.

Doña Elvira, que, como antes os he dicho, era de brava condición, juró guerra a muerte a los Aguilares ante el cadáver de su esposo, y toda su vida la pasó en inculcar sus ideas de venganza en la mente del único hijo que el cielo le había concedido.

Hombre ya este, cumplió los deseos de su madre dando muerte al asesino de don Ramiro en leal combate a que le retó.

Desde entonces los odios que ambas familias se profesaban fueron creciendo y se perpetuaron a través de los siglos. Pero llegó un momento en que ya no pudieron estar revestidos del mismo carácter.

La mano del progreso, como dice el señor maestro de escuela del lugar, borró aquellas sangrientas escenas en que a cada paso tomaban parte las dos familias, y si bien los individuos de ellas siguieron odiándose como siempre, todo aquello de asesinatos y hostilidades continuas fue letra muerta desde entonces.

Hoy solo quedan ya dos descendientes de tan ilustres familias, que dentro de poco tiempo quedarán completamente extinguidas.

—¿Cómo se llaman esos descendientes y en dónde están? —dijo al llegar a este punto el artista, que hasta entonces había escuchado las palabras del guarda con religiosa atención.

—Son de diferente sexo y se llaman don Enrique Montalbán y doña Luisa de Aguilar. Residen en Madrid, y allí, según noticias, parece que no se ocupan en otra cosa que en gastar alegremente sus rentas y en divertirse todo cuanto pueden. ¡Cómo ha de ser! Son jóvenes y ricos, y con tales circunstancias no es lo más natural hacer vida de anacoretas.

—¿Sabéis si se conocen?

—Lo ignoro. Solamente puedo decir que aunque se conociesen no existirían entre los dos aquellas enemistades que se profesaban sus antepasados.

—¿Y en qué os fundáis para asegurarlo tan rotundamente?

—En que don Enrique, mi señor, ignora por completo toda esta historia que acabo de relataros. Su padre murió defendiendo a la reina y a la libertad cuando él solamente contaba cuatro años, y como su madre cesó de existir al darle a luz, de aquí que haya vivido la mayor parte de su vida sin tener a su lado a nadie de su familia que le revelase las antiguas tradiciones de esta. El administrador general de sus propiedades ha intentado varias veces relatárselas; pero el señorito, que a lo que cuentan es bastante incrédulo, le ha atajado siempre diciéndole que a él le tenía muy sin cuidado lo que sus antepasados hubieran podido hacer allá en los tiempos de Mari-Castaña.

—¿De modo que tal vez don Enrique sea amigo de doña Luisa de Aguilar?

—Tal vez. Cosas más grandes se han visto en el mundo.

Después de estas palabras reinó en la estancia un profundo silencio, que interrumpió de pronto el italiano diciendo:

—Vuestra tradición es bastante buena, señor guarda. Mas no veo la causa que os ha movido a llamarla interesantísima.

—Todavía no he concluido, pues falta la parte más principal.

—Espero no os haréis de rogar para concluir cuanto antes, pues ya me tenéis muy impaciente.

—A ello voy. Debo comenzar por deciros que en la torre del homenaje de este castillo existe una estancia conocida con el nombre de cámara de don Ramiro. Pero antes de pasar adelante os advierto que esta segunda parte de mi historia no es para ser oída por descreídos, pues en ella pasan cosas de esas que no se ven todos los días.

—Contad sin reparo, que no seré yo quien se mofe de vuestras palabras.

—Pues bien. La tal cámara de don Ramiro es una sala que hace ya bastantes años no cuenta con otro adorno que un gran cuadro que representa al señor de Montalbán vestido con su arnés de guerra y apoyado en su pesada hacha de combate.

Este cuadro, o más bien este retrato, es lo que forma una parte más principal de mi narración.

Algunos meses antes de perecer don Ramiro de una manera tan inicua a manos de los sicarios del de Aguilar, llegó a este castillo un viejo vagabundo con sus puntas de hechicero y aspecto de judío, el cual fue acogido hospitalariamente por los servidores de Montalbán.

Por algún tiempo el viejo misterioso permaneció amparado bajo los techos de este castillo, y si lo llamo misterioso tan solo es por su género de vida.

Largas horas permanecía encerrado en la estancia que habitaba, sin que el menor ruido denunciase su ocupación a los servidores del castillo, que tenían algo excitada la curiosidad con aquella extraña conducta. Pero, por fin, un día el viejo anunció su próxima marcha; mas antes de ausentarse suplicó una entrevista con el señor del castillo.

Así que estuvo ante la presencia de don Ramiro, díjole que a cambio de su hospitalidad iba a hacerle un buen regalo, y tomándole de la mano le condujo a su estancia, en el fondo de la cual veíase el mismo cuadro de que os hablo. «Señor – dijo el nigromántico–, pronto, muy pronto pereceréis a manos de vuestros enemigos. Mas, en cambio, si vuestro cuerpo queda dentro de breve plazo reducido a la nada, vuestro espíritu vivirá eternamente animando la imagen que este cuadro representa, y podréis velar por vuestros descendientes hasta la hora de su completa extinción». Después de estas palabras partió el nigromántico, y el cuadro fue colocado en la estancia de que os he hablado.

Transcurrido algún tiempo, murió don Ramiro asesinado como sabéis, y su alma pasó desde aquel instante a habitar la severa figura, obra del pincel del hechicero.

Esto me contó mi padre siendo yo muy niño, si bien, dicho sea de paso, cuando ya fui hombre no creí gran cosa en que el alma de don Ramiro estuviese apisionada en aquella gran tabla que yo podía contemplar a mi sabor a todas horas.

Pero una cosa que vi no hace mucho tiempo me hizo variar por completo de opinión y creer en la veracidad de aquello que hasta entonces había sido para mí tan fuera de sentido común.

Una noche en que, a semejanza de esta, silbaba el viento por entre las viejas almenas, arrojando montones de nieve sobre los cancelos de puertas y ventanas, escuché en la antigua plaza de armas de este castillo un ruido que me obligó a levantarme de la cama para dirigirme allá.

En uno de los extremos de aquel patio había yo construido un pequeño establo para albergar el escuálido rocín que poseo, y al momento sospeché que el tal ruido no lo promovería otro que el animal que a aquellas horas andaría suelto.

Arrostrando el frío y las demás incomodidades propias de una noche como aquella, bajé, pues, a la plaza de armas, y cuando una vez atado el caballejo me disponía ya a retirarme, vi por mis propios ojos una cosa que me llenó de espanto.

La gran puerta de la torre del homenaje estaba completamente abierta. ¿Cómo podía ser aquello teniendo como tenía yo las llaves en mi habitación?

Pero mi sorpresa no pasó de aquí. Ya me disponía a acercarme a la puerta para cerrarla, cuando he aquí que sobre el umbral apareció una figura humana, a cuya

vista se me erizaron los cabellos. A los pálidos reflejos que despedía la alfombra de nieve con que estaba tapizado el suelo, pude reconocer en el aparecido a don Ramiro, al mismísimo don Ramiro de Montalbán que está bajo la forma de retrato en la cámara de su nombre. Nada faltaba a tal figura que me impidiera reconocerla. Su arnés de guerra, la pesada hacha de combate y, por bajo la celada, aquel rostro noble y sereno en la Corte y terrible y adusto en las batallas.

Como era de esperar, atendida la gravedad del caso, ya no quise entrar en más averiguaciones, y sin darme cuenta de ello eché a correr desafortadamente, y a los pocos instantes me encontraba en mi habitación.

Desde entonces, a pesar de todo mi valor, acreditado en muchas ocasiones, he cobrado tal miedo a la cámara de don Ramiro, o más bien dicho, al retrato que en ella existe, que ya hace muchísimo tiempo no me acerco ni poco ni mucho a la torre del homenaje, ni menos a la estancia de que os hablo.

Algunas noches también he visto alumbradas las ventanas de la capilla que existe a la otra parte del castillo; pero como no soy aficionado a meterme en las cosas del otro mundo, he procurado convencerme de que todo ello no eran más que ilusiones de mis sentidos. Si los antiguos señores de esta fortaleza vuelven todavía a la tierra será sin duda para arreglar algunas cosas referentes a sus antiguos odios, y, como hablando francamente, no es cosa de mi mayor gusto el encontrarme con uno de ellos, desde entonces opto por encerrarme en esta mi habitación así que llega la noche y dejar que don Ramiro se pasee por la parte que más le guste. Sin embargo, y dicho sea en honor de la verdad, daría diez años de vida por saber si el tal señor ha vuelto ya a estamparse sobre su cuadro o anda todavía por esos mundos de Dios.

—Pues lo habéis de saber pronto, perded cuidado —dijo el joven artista, que había oído con profundo interés esta segunda parte de la narración.

—¿Y quién será el que me dé tal noticia?

—Yo mismo, ya que pienso visitar la cámara de don Ramiro.

—¡Dios nos valga! ¿Eso pensáis hacer?

—Esta noche mismo.

—¡Por todos los santos del cielo, señor italiano, que si no estáis loco poco os debe faltar! ¿Os atreveríais a...?

—Sí, señor guarda, no me atrevería, me atrevo; y en prueba de ello, dadme las llaves y una luz.

El guarda se resistió a los deseos del artista; pero este le rogó con tanta insistencia, y al mismo tiempo era tan grande el deseo que él mismo tenía de saber el estado en que se encontraba el retrato de don Ramiro, que al fin cedió, entre-

gándole al italiano un gran manajo de llaves junto con una linterna de tamaño más que regular.

El joven, después que tuvo en su poder estos objetos, estrechó la mano del viejo, que en aquellos instantes le miraba asombrado, y salió de la estancia después de recibir algunas instrucciones para poder encontrar la cámara a que se dirigía.

—Cuidado si el mocito tiene alma. Se necesita ser más valiente que el Cid para meterse en una noche como esta en una habitación de donde sale un hombre que murió hace algunos siglos. Con mucho gusto le acompañaría, pero... no, ¡líbreme Cristo de visitar por la noche al noble don Ramiro que se escapa de su cuadro para ir Dios sabe adónde!

### III

El joven artista, a quien desde este momento llamaremos Ludovico, salió de la cocina armado de la linterna y el grueso manajo de llaves, y después de atravesar algunos abovedados pasadizos encontróse de pronto en la gran plaza de armas del castillo.

La noche era oscura hasta el punto de parecer que la luz había huido para siempre de la tierra.

El viento gemía a intervalos azotando los viejos muros del castillo e impulsando los negros nubarrones que, en fantástico escuadrón, corrían vertiginosos por el cielo.

Ludovico, auxiliado por la roja luz de la linterna, comenzó a caminar con algún trabajo por aquel sitio, teatro en otras épocas de vistosas fiestas, y que en la actualidad estaba convertido poco menos que en lodazal inmundo.

Sobre los robustos muros que en otros tiempos descansaron las engalanadas lanzas de combate, crecía ahora la trepadora hiedra, verdadero heraldo de la ruina, y aquel mismo suelo sobre el cual tan vistosos pendones habían sido agitados por la brisa y relumbrado por tan aceradas armaduras, veíase encubierto por un sinnúmero de ortigas y otras plantas silvestres, fieles imágenes del abandono.

Ludovico atravesó, pues, no sin algún trabajo, la plaza de armas, y guiándose por las indicaciones del guarda, llegó por fin junto a la torre del homenaje, que, a semejanza de un gigante de piedra, escalaba el negro espacio para hundir en la inmensidad su vetusta cabeza coronada de almenas.

El artista detúvose un momento bajo el arco de la gran puerta claveteada que daba entrada a la torre, e introdujo la llave en una mohosa cerradura que ornaba el deteriorado portón.



Después de algunos esfuerzos cedió este, y, chirriando, giró sobre sus goznes para dejar ver al artista un patiecillo con pavimento musgoso y resbaladizo, del cual arrancaba una ancha escalera que se enroscaba muros arriba de la torre.

Al encontrarse el italiano completamente solo en un lugar desconocido para él, sintió cierto vago temor que aumentó el imponente silencio que reinaba en aquel colosal cadáver de pasadas generaciones.

Pero como durante el transcurso de su vida habíase encontrado Ludovico en algunos casos bastante parecidos, y como además estaba excitada su curiosidad, díjose con acento firme:

—¿Qué es esto, amiguito? Jamás has conocido el miedo, y en esta ocasión no has de ser diferente de las otras. Adelante, pues, y vamos a ver cómo se encuentra don Ramiro en su soledad.

Y esto diciendo, agarrose de la barandilla de piedra profusamente adornada de escudos, y comenzó a subir la escalera con mucho cuidado y atención, pues el ruinoso estado de los peldaños así lo exigía.

Después de algún tiempo empleado en ascender por la vetusta escalinata, encontrose el artista frente a un gran arco ojival sin puerta alguna, y penetrando por él, internose en un sinnúmero de vastas estancias, en las cuales todavía existían numerosos restos de suntuosos muebles.

Por entre los rotos vidrios de las góticas ventanas penetraban frías bocanadas de viento que hacían ondear los tapices de las paredes próximos ya a convertirse en harapos, y el pavimento, cansado ya de tantos años de existencia, crujía y trepidaba bajo los pies del nocturno visitante como protestando de sostener tan inoportuna carga.

La rojiza luz de la linterna solamente alumbraba el pequeño espacio que sus rayos comprendían, quedando lo restante envuelto en la más tenebrosa oscuridad.

Más de una vez Ludovico sintiose con intenciones de emprender la retirada, pero su curiosidad artística, y más que todo cierta fuerza oculta de la que él no podía darse cuenta, le inducían a quedarse y aun le arrastraban a la misteriosa cámara de don Ramiro.

Por fin, después de atravesar algunas estancias más, y guiándose en un todo por las indicaciones del guarda, encontrose frente a una puerta adornada con los más peregrinos primores del arte gótico y que era la que daba entrada a la estancia a que se dirigía.

Cuando Ludovico se vio en aquel lugar tornaron a asaltar su ánimo los temores de momentos antes, pero tuvo el suficiente ánimo para serenarse, y buscando la llave de la puerta, abriola, y poco después penetraba en aquel recinto, verdadera

causa de su curiosidad y de su miedo.

Consistía la tal cámara en una sala cuadrada y no muy grande que recibía la luz por una ojival ventana que rasgaba el viejo muro.

Desde el primer instante se notaba en aquella habitación el sello de los años.

La ensambladura del techo estaba ennegrecida por la mano del tiempo, los desnudos muros habían cobrado ese tinte pardusco propio de las obras próximas a extinguirse, y las losas del suelo estaban desencajadas y completamente despojadas de la argamasa que las uniese.

Las arañas habían tejido en los ángulos y molduras del techo sus sutiles telas, y una capa de fino polvo cubría todas las diferentes partes de la estancia.

Hallábase esta completamente desamueblada, excepto en el testero<sup>1</sup>, donde se veía una tabla de tal tamaño que ocupaba una gran parte del muro, y que, a juzgar por las palabras del guarda, debía de ser el prodigioso retrato del noble don Ramiro.

Ludovico levantó la linterna a la altura de su cabeza, y la luz inundó con sus rayos los brillantes colores de que se hallaba cubierta la tabla.

En efecto, era el retrato del valeroso Montalbán. Pero un retrato tal, que hizo creer al momento a Ludovico en la veracidad de las palabras del viejo custodio del castillo.

Aquel cuadro, o estaba pintado por una mano más que humana, o tenía en sí cierto poder sobrenatural que hubo de sobrecoger desde el primer instante el alma de nuestro artista.

Sobre un fondo dorado que centelleaba herido por la luz de la linterna, destacábase la colosal figura de un guerrero armado de punta en blanco que se apoyaba en un hacha de dos filos.

Ludovico contempló con fascinación aquel rostro, tipo perfecto de la hermosura varonil, y vio en él cierto espíritu sobrenatural que le llenó de espanto.

Aquellos ojos parecían animados por una fuerza interior; en ellos se veía la vida y el fuego de la existencia, y aun el artista creyó que le miraban con cierta ira y como pidiéndole cuenta de la profanación que cometía al penetrar en aquella estancia.

A tanto llegó la impresión que aquella cara produjo en la mente de Ludovico, y tal fue el miedo que se apoderó de él, que por poco no deja caer la linterna y el manojito de llaves que sus manos sostenían y escapa por aquellas ruinosas habitaciones. Pero haciendo un esfuerzo sobrehumano llegó a dominar en parte su pavor, y aun para que este quedase vencido por completo intentó (temblando, digá-

---

<sup>1</sup> Parte frontal de la habitación.

moslo sin rodeos) tocar aquel retrato causa de tantas intranquilidades. Su mano tropezó con un objeto duro, y entonces se convenció de que aquello no era más que una tabla como cualquier otra, si bien su misterioso autor había sabido dar una expresión tal al retrato, que lo hacía aparecer como a un ser viviente.

Ludovico, impelido por su espíritu de artista, permaneció por algún tiempo absorto en la contemplación de aquella obra pictórica tan impropia del arte de la Edad Media.

Si se hubiese preguntado a sí mismo cuánto rato permaneció en aquella cámara, de seguro que no hubiera sabido contestarse.

Parecía como que una oculta fuerza le retenía en aquel sitio, o que algún maligno encantador le había condenado en castigo de su curiosidad a permanecer contemplando eternamente el retrato de don Ramiro.

Pero el reloj de la vecina aldea vino a sacarle de su abstracción. Sonaron doce campanadas, y entonces el artista comprendió que ya era hora de retirarse, y así se dispuso a hacerlo.

Tendió su vista en derredor de la cámara, contempló por última vez el objeto de su nocturna expedición por el castillo y avanzó en dirección a la puerta de la cámara.

En aquel mismo instante oyó a sus espaldas un ligero crujido que le hizo volver la cabeza rápidamente. Cuando su vista abarcó toda la estancia no pudo contener un agudo grito de sorpresa. La figura de don Ramiro habíase borrado del cuadro, que en aquel instante era una tabla completamente embadurnada de dorada pintura. Ni el mínimo rasgo se veía en él que recordase el retrato que momentos antes ostentaba; antes al contrario, solo parecía un pedazo de madera que aguardaba la mano del artista que colocase sobre ella el fruto de su inspiración.

En el mismo instante que Ludovico volvió la cabeza para contemplar a la menguada luz de la linterna aquella misteriosa transformación, vio pasar por junto a él, vaga, vaporosa, intangible, la apuesta figura de don Ramiro.

El italiano quedó aterrorizado a la vista de aquella aparición, cuyo sin par parecido con el retrato del antiguo noble aragonés disipaba todo género de duda.

Aquella sombra o fantasma iba revestida de la misma manera que el de Montalbán, con una fuerte armadura cuyas coyunturas se doblaban sin crujidos que revelasen los pasos de su dueño.

En el primer instante no supo Ludovico qué partido tomar; el terror y la sorpresa paralizaron sus miembros, pero después que transcurrieron unos instantes, como si alguna fuerza extraña le impulsase, despojose de aquel miedo que se había enseñoreado de su ser, y con ánimo firme, si bien con paso trémulo, salió de la

estancia siguiendo a la fantástica figura que en aquellos momentos trasponía los umbrales de la cámara.

El artista caminó tras aquella vaga sombra por el dédalo de salas y pasadizos que algún tiempo antes había atravesado, hasta que por fin llegaron a la ruinosa escalera de la torre.

Los pasos de Ludovico resonaban en el silencio de la noche, mientras que don Ramiro no producía ruido alguno que demostrase su presencia. Su figura parecía deslizarse sobre aquellos pavimentos tan próximos a perecer.

El italiano la veía siempre caminar ante él medio perdida en la sombra, y como si existiese alguna misteriosa relación entre aquella fantástica figura y su ser, se sentía arrastrado a pesar suyo, pues menester es que lo digamos todo, ya comenzaba a sentir algo de miedo. De esta manera bajaron la escalera, atravesaron el musgoso patio y la fuerte puerta que se abrió ante la sombra de don Ramiro, y comenzaron a caminar por la plaza de armas en dirección contraria al lugar donde se encontraba la habitación del guarda. Este camino inspiró más temor a Ludovico, pero su curiosidad, y más que todo aquella atracción extraña, le obligaron a seguir tras la aparición que cada vez más se internaba en el otro extremo del castillo.

El curioso extranjero comenzaba ya a sentir los preludios de un vértigo. Su imaginación veía brotar en las sombras mil horrorosas apariciones, y los muros que vagamente columbraba en la oscuridad comenzaban a danzar a su alrededor de una manera espantosa.

Mas, afortunadamente para Ludovico, el fantasma parose de pronto junto a un regular edificio que, pegado a los muros, alzabase en uno de los ángulos del castillo y el cual perdíase en las tinieblas de la noche.

—*¡Corpo di Cristo!* —murmuró Ludovico—. Ya era hora de cesar en tan inoportuno paseo. Me arrepiento de mi curiosidad.

El italiano iba a continuar en su monólogo, pues, sin duda, hablando consigo mismo se proveía de valor, que no le sobraba en aquellos instantes, cuando sus ojos vieron una cosa que le hizo cesar en sus arrepentidas reflexiones.

#### IV

La sombra de don Ramiro habíase detenido junto a aquel oscuro edificio muy breves instantes.

De pronto, sobre el negro fondo que presentaban las paredes de este, abriose

una gran puerta, a través de la cual pudo verse una espaciosa estancia alumbrada por algunas lámparas y blandones que producían una luz lívida con tintes tétricos y fantásticos.

Era la capilla del castillo.

Estaba completamente desierta. Allá en el fondo destacábase, sobre negros paños, la imponente figura de un Cristo de colosal tamaño, que por efecto de la luz parecía real y verdaderamente un ser humano que exhalaba su último suspiro en el terrible suplicio de la cruz.

La fantástica figura de don Ramiro penetró en la capilla, y Ludovico, subiendo los escalones que al pie de esta se levantaban, le siguió hasta dentro.

Reinaba un profundo silencio, solamente interrumpido por el chisporrotear de los blandones, cuya luz batallaba por disipar las duras tinieblas que en las altas bóvedas de la capilla se amontonaban, y por el temblor de las vidrieras ojivales que el fuerte viento de la noche pugnaba por abrir. Pero de pronto este silencio y estos ruidos tan propios del sitio y de la hora cesaron, ahogados por un extraño cántico, una imperceptible armonía, un himno sin nombre y difícil de explicar que sonó allá a lo lejos.

Ludovico escuchole con atención creciente; y su alma de artista, como su imaginación de poeta, dejando a un lado el pavor que ha poco le embargaba, se deleitaron en aquellas sublimes armonías, copia perfecta de las mil notas de la naturaleza.

Aquel cántico tenía de todo. Tan pronto era suave y melodioso como el susurro de la brisa entre las rosas, como brioso y salvaje es el rugir del huracán entre las peñas. En el infinito caudal de sus notas iban envueltas así las armonías más dulces y dolorosas de la vida como el suspiro enamorado, el quejido angustioso, la carcajada báquica y el dulce, el indescriptible sonar del beso apasionado. Distinguíase en él el alarido de venganza, el lloro de la impotencia, el férreo martilleo de aceras armas, la sonrisa de la satisfacción y todo un mundo de desengaños, de nuevas ideas e ilusiones.

Pero por más descripciones que hagamos, nunca podremos presentar a los ojos de nuestros lectores aquel maremágnum de armonías extrañas, tal como llegaba a los oídos de Ludovico.

Aquel canto, en fin, aunque infinito, era uno de esos himnos que en ciertas ocasiones de la vida las almas soñadoras, estando completamente solas, sienten levantarse junto a ellas de boca de seres invisibles cuya misión parece ser la de endulzar las largas horas de soledad y de desgracia.

El artista sentía aproximarse aquellas extrañas armonías, hijas de voces sobre-

naturales, y contemplaba fijamente la puerta de la capilla por la cual aguardaba ver entrar de un momento a otro alguna terrible visión ante la cual se le erizase el cabello de espanto.

La sombra de don Ramiro yacía en el entretanto prosternada ante el crucifijo del altar, y en esta posición permaneció hasta que pasados algunos momentos irguióse y clavó su mirada sin vida ni expresión en la puerta de la capilla.

Entonces comenzaron a penetrar por esta, graves, pausadas y tétricas, un sinnúmero de figuras de esencia tan fantástica como la suya, y que lentamente comenzaron a colocarse en dos largas filas a ambos lados de la nave.

Aquellas fantásticas figuras presentaban una variedad extraordinaria. Entre ellas veíanse hombres y mujeres vestidos con trajes que denotaban diferentes épocas y rostros que también denotaban muy diferentes temples de alma.

Aquello era un verdadero pandemónium de vestidos y figuras. Unos se cubrían con blancos sudarios, otros con lucientes armaduras, y revueltos con los coletos y gregüescos, casacas y calzones, encontrábanse confundidos los briales y monjiles de la Edad Media y los tan vistosos como ridículos vestidos femeniles del siglo XVIII.

En aquel tropel de misteriosas figuras leíase toda la historia de siete siglos.

En el entretanto, el fantástico himno seguía sonando, no ya fuera, sino dentro de la capilla, y sus notas vibraban bajo las altas bóvedas sin que aquellas bocas exhalasen el más leve sonido. Y sin embargo, aquellas armonías eran creadas por ellos, eran otros tantos suspiros que demostraban los diferentes estados de sus almas. De pronto, don Ramiro extendió el robusto brazo y el cántico cesó, extinguiéndose sus últimos acordes en el silencio de la noche.

Este era profundo en aquellos instantes. El viento había cesado de gemir dentro de la capilla, y dentro de esta no se escuchaba otra cosa que el continuo chisporroteo de las luces.

Todas aquellas sombras, verdadera personificación de pasadas edades, permanecían inmóviles como estatuas, con gran espanto de Ludovico, que apoyado en una columna las contemplaba con mirada delirante.

Por fin, después de largos instantes de silencio, sonó en el espacio una voz tan indefinida como el reciente canto, pero en el fondo de la cual se notaba algo parecido al despecho que producen las ilusiones frustradas.

Era la de Montalbán.

Aunque permanecía tan inmóvil sobre las gradas del altar como los demás fantasmas que llenaban los ámbitos de la capilla, no dudó Ludovico que aquella voz era la del infortunado noble, víctima del odio de los Aguilares.

El artista, a pesar del anormal estado en que se encontraba, escuchó sin perder sílaba las palabras de don Ramiro, que sonaban en su oído como acompañadas por la trompeta de la venganza.

—Por fin —decía el de Montalbán— llegó la hora en que se extinga el inmenso odio que siempre nos hemos profesado ambas familias. ¡Montalbanes y Aguilares que en esta noche habéis abandonado vuestras tumbas para acudir dóciles a mi llamamiento, abrazaos unos a otros, y que vuestro abrazo sea el sello de paz que de hoy en adelante gozaremos en nuestras tumbas! ¡Bien sabe Dios que mi más ferviente deseo era la venganza terrible y sangrienta que castigase mi desgraciada muerte, pero el que desde lo alto dirige los destinos de las criaturas, lo ha dispuesto de otro modo! Existen en el mundo un hombre y una mujer, últimos descendientes de nuestras tan mermadas familias. Los dos son jóvenes. La fatalidad les ha hecho conocerse, y sus tiernos corazones se han abierto al irresistible soplo del amor. Yo, desde el misterioso cuadro en que por oculto designio de la Providencia reside mi alma, he ido siguiendo paso a paso todo el curso de su pasión, y Dios, solo Dios, sabe lo mucho que yo he padecido al oír frases de amor y embriagadores besos en aquellas bocas que solo quería ver proferir juramentos de venganza, cuya memoria no dejasen enfriar jamás ni una ni otra familia.

Durante las tempestuosas noches yo he venido a postrarme ante este altar para pedir a Dios que impidiese unos amores tan contrarios a mis deseos, pero Dios ha sido sordo a mis súplicas, y esta noche, y tal vez a esta misma hora, nuestros descendientes don Enrique de Montalbán y doña Luisa de Aguilar penetren en el tálamo nupcial unidos por el indisoluble lazo del matrimonio.

Nuestros odios han terminado. El amor ha dado fin a las sangrientas luchas que durante muchos siglos hemos venido sosteniendo. Hoy comienza para nosotros la vida eterna y la verdadera tranquilidad del sepulcro. ¡Montalbanes y Aguilares que me oís, abrazaos, y que vuestro abrazo sea el ósculo de paz que borre nuestras antiguas enemistades! ¡Tal es la voluntad del que todo lo puede! ¡Acate-mos los designios de Dios!

Apenas estas palabras se extinguieron en el profundo silencio que reinaba en la capilla, las fantásticas figuras que a los lados de esta se agrupaban confundieronse entre sí y abrazáronse estrechamente, obedeciendo los mandatos del espíritu de don Ramiro.

Este último bajó rápidamente las gradas del altar y fue a estrechar entre sus brazos a otro hombre, vestido con un fuerte arnés de guerra, y el cual no era otro que su asesino, don Jaime de Aguilar.

Por algunos instantes no vio Ludovico otra cosa que aquellas figuras de otras

edades abrazarse estrechamente, pero de pronto surgió de entre ellas un hombre cubierto de vestiduras sacerdotales, el cual era un individuo de los Montalbanes que en vida fue uno de aquellos abades de la Edad Media tan prontos en entonar sagrados cánticos como en blandir la espada en defensa de la religión y de la patria.

Con pausado paso subió las gradas del altar, y después de algunos preparativos comenzó a celebrar ese sacrificio que todos conocemos con el nombre de la misa.

Los fantásticos seres que llenaban los ámbitos del templo hincaron entonces las rodillas en tierra y comenzaron a sonar en el espacio dulcísimas armonías que llenaron el corazón de Ludovico de celestial deleite. Aquel canto parecía un destello del himno que los ángeles entonan junto al trono del Altísimo, a juzgar por su embelesadora melodía. Poco a poco, así como crecen los círculos que la piedra forma al caer sobre la tranquila superficie del lago, aquellas armonías fueron creciendo hasta perderse en un infinito donde moría la mente humana.

Ludovico estaba delirante y como fuera de sí. Aquel himno era, si se nos permite decirlo, el golpe de gracia dado a su razón tan combatida aquella noche.

Aquellas notas divinas, unidas a aquella atmósfera fantástica, influían en su alma hasta el punto de exaltarle el cerebro, próximo ya al grado de locura.

En su alucinación creyó ver que los ojos de todos aquellos fantasmas le miraban, como pidiéndole cuenta de su presencia en aquel sitio, y en las densas tinieblas que envolvían las alturas de la capilla columbró un mundo de brillantes espíritus de risueños y transparentes colores junto con una legión de ángeles vestidos con albas túnicas que con instrumentos de oro producían aquellas armonías, hijas solamente del cielo.

En cada una de las luces que chisporroteaban alumbrando el templo, creyó ver millones de diminutos gnomos que se agitaban en infernal danza alrededor de las inquietas llamas, y parecióle que las extrañas figuras de piedra que adornaban los muros contraían sus espantosos rostros para hacerle infernales muecas y lanzar sarcásticas carcajadas.

Entonces fue cuando el italiano tuvo miedo.

Parecióle que aquellos fantasmas de otras edades se levantaban del suelo amenazantes para castigar su insolente presencia y que aquellas carátulas de piedra se despegaban de los muros para arrojarse sobre él. Y como si esto no fuese bastante, el sacerdote que oficiaba en el altar levantó la sagrada hostia, y entonces el sobrenatural himno llegó a un *crescendo* maravilloso que el artista creyó hacía estallar su alma.

Sus ojos anublados creyeron ver levantarse cien brazos sobre él, su cabeza pa-



recía querer saltar en mil pedazos, y sus oídos zumbaron como si el templo y el mundo se hubiesen derrumbado sobre su persona.

Ludovico no pudo resistir a tan violentas sensaciones. Sintió flaquear sus piernas y que la vida huía de su ser, y cayó como una masa inerte sobre el frío pavimento de la capilla.

## V

Cuando el italiano volvió en sí, encontrase en un mullido lecho, rodeado por el guarda del castillo y toda su numerosa familia.

Por boca del viejo servidor supo que había permanecido dos días en aquel le-tárgico estado en que lo habían encontrado en la capilla del castillo.

Después de esforzar un poco su razón recordó Ludovico todo lo sucedido, y si bien al principio creyó que aquello no sería hijo de otra cosa que de algún sueño o delirio, el testimonio del guarda que aseguraba haberle encontrado en la capilla víctima de un terrible síncope, le hizo tener por seguras aquellas fantásticas escenas, cuyo recuerdo todavía infundían pavor a su alma.

Por más insinuaciones y ruegos que este le hizo no logró que Ludovico le dijese la mínima palabra de lo ocurrido en la capilla, y bien por librarse de las preguntas de este como por huir de aquellos sitios que tanto terror le causaban, así que a los pocos días estuvo restablecido se apresuró a abandonar el castillo, no sin antes dar gracias por la generosa hospitalidad con que había sido acogido.

A la hora en que el sol, rompiendo trabajosamente las frías brumas de la mañana, comenzaba a alumbrar la tierra con sus rayos, Ludovico montó en su caballo frente a la vieja poterna de la fortaleza.

El viejo guarda le estrechó por última vez la mano, y ya se disponía a partir cuando apareció una silla de posta que a los pocos instantes llegó junto al sitio que ocupaba el artista; entonces se abrió una de las portezuelas, y uno tras otro saltaron a tierra dos jóvenes de diferente sexo que vestían elegantes trajes de viaje. Al verlos, el guarda despojó su cabeza del vistoso pañuelo que le rodeaba, e inclinándose, dijo:

—Bienvenidos sean los señores.

En efecto, los recién llegados no eran otros que el actual dueño del castillo, don Enrique de Montalbán, y doña Luisa de Aguilar, que venían a pasar la luna de miel en aquella apartada comarca de Aragón.

## ÁLVAR FÁÑEZ

### I

EN UNA NOCHE de primavera del año 1094, algunos meses después que el renombrado caudillo castellano don Rodrigo Díaz de Vivar, conocido vulgarmente con el nombre del Cid Campeador, había puesto cerco a Valencia, el noble caballero don Álvar Fáñez, guerrero el más esforzado del ejército sitiador, encontrábase en su tienda descansando de las fatigas del día con la cabeza apoyada sobre las manos, y dejándose llevar de su imaginación, que en aquellos instantes le trasladaba a Burgos, ciudad en donde tenía a su esposa, doña Sancha, y un pequeño hijo.

La luz de una antorcha que en el centro de la tienda ardía chisporroteando daba de lleno sobre su rostro enérgico al par que hermoso, haciendo centellear además las limpias armas que por el suelo veíanse esparcidas.

Reinaba en la tienda un profundo silencio solamente interrumpido por la fatigosa respiración del caballero, mientras que fuera de esta escuchábanse esos mil ruidos propios de un campamento, acompañados por el grito de vigilancia de los centinelas castellanos.

La noche estaba serena, la luna campeaba en un cielo diáfano y estrellado, uno de esos cielos propios de una noche de primavera, y un rayo de argentada luz penetraba en la tienda de don Álvar proyectando sobre el suelo una línea luminosa.

Pasó algún tiempo sin que nada viniese a turbar la calma y el silencio que reinaba en el albergue del guerrero castellano; pero de pronto apareció en la puerta de aquel un mocetón vestido con una pobre armadura que rechinaba al menor paso.

Don Álvar, al notar su presencia en la tienda, levantó la cabeza, y al ver la barbuda fisonomía del recién llegado (para él harto conocida), dijo:

—¡Ah! ¿Eres tú, Mendo? ¿Qué te trae por aquí?

—Señor —contestó el interpelado con laconismo—. Fuera hay un hombre que desea hablaros.

—¡A estas horas! ¿Y quién es él?

—Un árabe de los muchos que vienen todos los días al campamento para surtirnos de víveres.

—¿Y no has podido comprender lo que desea?

—Estoy por asegurar que su objeto es el entregaros algo.

—Puedes dejarle pasar.

El escudero al escuchar estas palabras retiróse, y pasados algunos instantes apareció en la puerta de la tienda un alarbe de estatura más que regular, envuelto

en un pobre alquicel, y que al entrar hizo una profunda zalema o reverencia.

—¡Que Alláh te guarde, valiente cristiano! —dijo con reposada voz.

—Que Dios te conserve —contestó el castellano, que se había levantado de su asiento y contemplaba fijamente y no sin desconfianza al recién llegado.

—Di cuanto antes —continuó— el objeto de tu visita.

—Tengo que entregarte una cosa.

—¿Y qué es ello? Expíciate presto.

—Una misiva que viene de manos de mujer.

—¿Hermosa?

—Como una hurí<sup>2</sup>.

—¿Y se llama?

—Kethira.

—¡Ah! Es una alarbe.

—Sí, es una sarracena que en punto a belleza no tiene que envidiar a las más hermosas castellanas, y que vive en la ciudad encerrada en camarines tan hermosos como el paraíso que el profeta guarda a los buenos creyentes.

—Presto, pues, entrégame ese billete cuyo contenido me tiene impaciente.

El árabe al escuchar estas palabras sacó de bajo su alquicel un enrollado pergamino que contenía unos cuantos renglones escritos con tinta azul.

Estaban en árabe, mas sin embargo don Álvaro, que por haber vivido durante algunos años entre los sarracenos conocía con bastante perfección su idioma y escritura, pudo leer con facilidad lo siguiente:

*«Cristiano: Tú que eres tan valiente y temerario como el león del desierto; tú que posees un brazo tan fuerte como la roca y tan potente como el rayo; tú que no conoces nada que se oponga a tu valor, no temas en penetrar esta noche en Valencia, donde te aguarda una mujer que te ama más que la fiera a sus cachorros y el pájaro a su nido. Sigue sin temor a Alí, que él te conducirá hasta donde se halla tu*

KETHIRA».

Don Álvaro al leer esto quedó sumamente sorprendido.

Nunca había podido imaginarse que le sucediese un caso como aquel, ni que una mujer se enamorase de su persona hasta el punto de enviarle una misiva tan

---

<sup>2</sup> Hermosas mujeres que, según los musulmanes, acompañaban a los bienaventurados en el paraíso.

apasionada.

Mas pensando en esto asaltó su imaginación el presentimiento de que aquella carta podía muy bien ser una celada que los árabes de la ciudad le tendían para apoderarse de él.

Pero pronto el sentimiento caballeresco del castellano desechó tal idea.

—Además —se dijo— que los alarbes, si tuviesen el propósito de apoderarse de alguien, no sería de mí, sino del Cid, a quien ellos temen mucho más.

Y después de esta reflexión, el buen caballero creyó de buena fe que existía una mujer en Valencia llamada Kethira, que le amaba verdaderamente. Y al pensar en esto, no pudo menos de acordarse de su esposa doña Sancha, y creer que seguir aquella aventura era faltar a la fe que la tenía jurada.

Con tales pensamientos, don Álvar permanecía todavía indeciso entre acudir a la cita o quedarse en la tienda pensando en su esposa.

Mas el corazón predominó en aquellos instantes sobre la conciencia, y pensando que aquella era una extraordinaria aventura muy digna de ser aprovechada y que en último resultado no llegaría a oídos de nadie, determinó seguir al mensajero.

Además, aquella Kethira debía ser una mujer hermosísima, y el castellano pensó que ocasiones como aquella no se encontraban todos los días, por lo que dijo a su interlocutor:

—¿Sabes lo que contiene este pergamino?

—Creo que sí. En él, Kethira te pide que vayas a verla esta noche.

—¿Te llamas Alí?

—Sí, cristiano, y creo que la sultana te ruega que me sigas.

—¿Y si no quiero seguirte?

—Entonces creeré que tienes miedo.

—¡Rayo de Dios! ¿Sabes lo que has dicho? ¿Yo miedo? Aunque supiera que con esta cita me tendíais todos los alarbes de la ciudad una emboscada, te seguiría.

—Lo creo, cristiano. Alláh se ha complacido en hacerte fuerte como la roca, y la espada más pesada es en tus manos ligera hoz con la que siegas en el combate las cabezas de mis hermanos.

—Veo, Alí, que me conoces bastante. Pero has de saber, por añadidura, que de la misma manera siego cabezas en el combate, como tú dices, que doy de puñaladas a todo aquel que hace traición.

Alí no contestó a estas palabras más que con un movimiento de hombros que demostraba indiferencia.

—De modo —continuó don Álvar— que estás dispuesto a conducirme a la pre-

sencia de Kethira.

—Sí, mi señor. Aguardo tu respuesta.

—Pues espera, que al momento te sigo.

Y esto diciendo el castellano, llamó con un fuerte grito a su escudero, que al punto apareció en la entrada de la tienda.

Este, después de escuchar algunas órdenes dadas en voz baja por su señor, púsose a buscar por la tienda algunos objetos que momentos después le entregó.

Eran unas calzas y cota de malla que don Álvaro se vistió, colocándose encima un riquísimo sayo de brocado.

Calose después en la cabeza un redondo bonete de acero, y colgando de su vistoso ceñidor su vencedora espada y un puñal de los llamados de *misericordia*, envolvióse con un negro manto y dijo al mensajero alarbe:

—Llévame a donde quieras.

Alí al escuchar esta orden hizo profunda zalema, y envolviéndose con su pobre y amplio alquicel, salió de la tienda seguido del caudillo castellano.

## II

El árabe y don Álvaro caminaron durante algunos instantes por las estrechas callejuelas que formaban las tiendas del campamento, y de vez en cuando tropezaban con pequeños grupos de soldados que, tendidos sobre el duro suelo, conversaban sobre episodios de los pasados combates, o escuchaban con gran atención los antiguos romances que con voz algo cascada entonaba un viejo juglar que seguía al reducido ejército del Cid.

Después de darse a conocer de los centinelas que vigilaban el campamento, Alí y el castellano salieron de este y penetraron en el barrio de la Alcudia, que ya se encontraba en poder de los cristianos y el cual no era otra cosa que un extenso arrabal de Valencia.

En él se celebraba todas las mañanas una especie de mercado al que acudían los árabes de las inmediaciones adictos al Cid, y en el número de los cuales debía encontrarse Alí, por cuanto había logrado tan sin riesgo penetrar en el campamento.

Los dos hombres, pues, como antes decíamos, penetraron en las tortuosas callejuelas de la Alcudia, por las cuales patrullaban vigilantes, algunos cristianos, por si los sitiados hacían alguna salida.

Por ellas caminaron durante algún tiempo, hasta que por fin Alí parose junto a la puerta de un gran caserón de piedra, cuyo muro solo estaba rasgado por una

gran ventana de afiligranada labor.

—¿Adónde vamos por aquí? —preguntó don Álvar al ver que el árabe abría la puerta del caserón.

—A Valencia, señor.

—Pero, ¿ignoras acaso que este caserón...?

—Sé lo que vas a decirme, señor. Esta es la *casa del Diablo*, como la gente la llama.

—Pues ¡por el diablo mismo! que no tengo reparo en andar a cuchilladas con todos los moros que Valencia alberga, pero eso de meterme tan de rondón en la casa del demonio..., ¡vamos!, es cosa que no me agrada en manera alguna.

—Un caballero de tu clase no debe temer las vanas supersticiones inventadas por la gente cobarde. Entra en la casa del Diablo, y por ella llegaremos al lugar donde Kethira te aguarda.

—Adelante, pues. Y aun cuando el diablo salga, bien sabré hacerle comprender que no es lo suficiente para atreverse con los caballeros cristianos.

Y después de dicho esto, don Álvar penetró en el caserón, no sin antes desenvainar bajo el manto su enorme puñal.

Cuando los dos estuvieron dentro de aquel, Alí cerró la puerta y se agazapó como buscando algo en la oscuridad.

El castellano temió entonces una traición, y apoyándose en el frío muro púsose en actitud defensiva; mas pronto se tranquilizó al notar que el árabe se ocupaba en encender una antorcha.

Pronto la luz de esta se extendió por los ámbitos de la estancia, y a sus rojizos fulgores pudo ver el cristiano unos muros escuetos y negros, e incrustada en un rincón una estatua de colosal tamaño que representaba a un horrible endriago.

Don Álvar, al fijarse en aquella figura a la par tan horripilante y grotesca, no pudo reprimir un pequeño movimiento de repugnancia, que el árabe debió notar, por cuanto se sonrió y dijo:

—¿Tienes miedo, cristiano?

—¡Por los cuernos de Satán! —contestó don Álvar—, que si otra vez vuelves a repetir tales palabras, sabré darte algo que te enseñe a no tachar tan fácilmente de cobarde a un caballero.

—Te he dicho eso porque la figura que en estos instantes contemplas es el diablo.

—¿El diablo? Pues bien, que salga de ese muro al que se encuentra pegado, que yo sabré entenderme con él.

—Voy a cumplir tu deseo.

Y el árabe, al decir esto, pasó una de sus manos por el muro y la figura se despegó, con gran asombro de don Álvaro, que denodadamente echó mano a su espada.

Pero al instante el caballero tuvo que volverla a su primitivo lugar, pues el endriago de piedra había desaparecido dejando descubierta, en el mismo lugar que ocupaba, la entrada de una mina tan profunda como lóbrega.

Aquel diablo berroqueño<sup>3</sup>, como el lector habrá comprendido, no era otra cosa que una hábil puerta secreta.

—Por aquí llegaremos a Valencia —dijo Alí, y con la antorcha en la mano penetró en la subterránea galería seguido del castellano, que caminaba encorvado a causa de su más que regular estatura.

Largo tiempo anduvieron los dos hombres por aquel estrecho pasadizo que por lo solitario y silencioso semejaba en mucho a una tumba.

La jornada hacía ya algo pesada para don Álvaro, que no se sentía inclinado a caminar por tales sitios, cuando por fin llegaron a lo postrero de su carrera, encontrándose con un muro que les cerraba el paso.

Alí tornó a tocar otro oculto resorte y el muro se abrió, dando paso a un rayo de luz vivísima.

Los dos hombres, después de atravesar los umbrales de aquella puerta secreta, penetraron en una suntuosa cámara amueblada con todo el lujo propio de una imaginación oriental.

A la velada luz que despedía una dorada lámpara con globo de nácar brillaba el deslumbrante estuco de las paredes y el techo, centelleaban los bordados de plata de los divanes y despedían vivos reflejos cuatro genios de oro que formaban la base de un gran velador de artístico mosaico.

En fin, en aquella estancia todo era riqueza y ostentación, y los ojos no podían menos de ser heridos por el deslumbrante lujo tan propio de los hijos del Islam.

Alí apagó su antorcha al entrar, mientras decía a don Álvaro, que con mirada asombrada lo contemplaba todo:

—Aguarda aquí, señor, unos instantes, que voy a avisar a Kethira tu llegada.

Y después de dicho esto, el árabe, sin aguardar respuesta alguna, salió con paso rápido de la cámara.

Al quedarse solo el caballero, tornaron a asaltar su mente las sospechas de que todo aquello podía muy bien ser una celada que los árabes le tendían para matarle.

Pero como don Álvaro no era hombre que se dejaba apoderar de sus temores, y como al fin y al cabo se encontraba en una situación en la que no era fácil retroce-

---

<sup>3</sup> Granítico.

der, optó por aguardar tranquilamente lo que sucediese, sentándose en un rico diván con la mirada fija en la puerta de la cámara y oprimiendo bajo su manto la empuñadura de su desnudo puñal.

En esta posición permaneció durante algún tiempo, y mientras aguardaba la presencia de Kethira púsose a calcular el sitio donde aquella cámara se encontraría.

Debía pertenecer al palacio de algún elevado personaje, situado poco más o menos en el centro de Valencia, a juzgar por la longitud de la mina.

¿Y quién sería aquella Kethira?

He aquí la pregunta que el caballero hizo repetidas veces, pero por más que torturó su magín no pudo dar con la solución de semejante problema.

Ante semejante resultado dejó de pensar en tales cosas, y aunque parezca extraño en tales momentos, su imaginación le trasladó a Burgos, donde se encontraba su bondadosa esposa.

—¡Ah —murmuró—, si me viese doña Sancha metido en tales aventuras! Ella que tal vez a estas horas esté en casa de sus padres pidiendo a Dios no dé fin a mis días algún hierro sarraceno. ¡Pobrecita, de qué manera correspondo al amor que me profesa! A la verdad mi conducta no es la más propia de un hombre que solamente es casado hace dos años.

Don Álvaro iba a seguir en sus reflexiones, pero un débil ruido de pasos que escuchó tras la puerta le sacó de su abstracción e hizo que, temiendo alguna asechanza, se levantara del diván y avanzase algunos pasos en actitud defensiva.

En el mismo instante, el rico tapiz que cubría la puerta de la cámara fue levantado por una mano oculta, y en el umbral apareció la gallarda figura de una mujer cuyo rostro estaba cubierto por una luenga toca.

Don Álvaro la miró con avidez, como si sus ojos pretendiesen traspasar aquel blanco lienzo para contemplar el rostro que cubría.

La mujer avanzó hasta el centro de la estancia, y una vez allí, dijo con acento melodioso:

—Cristiano, has sabido acudir fielmente a la cita de una mujer que no conoces.

—Me precio de galante con las damas a pesar de mi rudeza guerrera, y con esto creo habérselo dicho todo. Pero... ¿quién sois, señora?

—Soy Kethira.

—No os conozco.

—Lo sé, y esa es mi mayor pena.

El castellano, a quien comenzaba a embriagar cierto perfume indefinible que



exhalaba la dama, y que además se sentía enamorado cada vez más por aquella mujer desconocida, dijo con firme acento:

—Mayor es la mía, señora, por no poder ver ese rostro que debe competir en hermosura con el más agraciado de la tierra. Descubríos para que yo pueda extasiarme contemplando esos ojos cuyos fulgores han de aventajar en mucho a los del sol.

—¿Quieres ver mi rostro, cristiano? Pues mira.

Y al decir esto, Kethira arrancose la toca que cubría su cabeza, dejando descubierto el rostro.

—¡Dios mío! —gritó entonces Álvar Fáñez, y por poco no cayó de rodillas ante aquella mujer.

### III

La emoción que don Álvar había sufrido no era debida a ninguna causa sobrenatural.

Kethira era hermosa hasta el punto de deslumbrar a todos cuantos habían tenido la fortuna de verla.

Y esto fue el motivo por el que el castellano se sintió completamente enloquecido ante la mirada de aquellos ojos tan negros y fulgurantes como una noche de relámpagos.

En aquellos instantes el guerrero no recordaba nada absolutamente.

Su patria, su rango, su esposa, todo había desaparecido de su memoria, y solo pensaba en Kethira, en aquella hermosísima alarbe que le envolvía en una mirada de fuego, y ante la cual cayó por fin de rodillas.

—Levántate, cristiano —dijo ella después de un largo silencio—. Te amo demasiado para permitir que permanezcas a mis pies como un esclavo.

—¡Me amas!, ¡me amas! —gritó don Álvar con exaltación—. ¡Ah, Kethira!, no puedes imaginarte lo feliz que soy al escuchar tales palabras.

—Sí, cristiano, te amo hasta el punto de haberte hecho llegar hasta mí, exponiéndome a los furores de un hombre terrible.

—Y al cual, sin duda, pertenecerás —dijo el castellano, sentado ya cómodamente en un diván al lado de Kethira.

—Sí, por mi desgracia —murmuró esta con abatido acento.

—No te entristezcas, hermosa alarbe, que yo sabré librarte de él.

—¡Imposible! Es más poderoso que tú.

—Sin duda tú no sabes que yo, después del de Vivar, soy el brazo más fuerte

con que cuenta el ejército de Castilla.

—Lo sé. Pero a pesar de todo tu valor y audacia, tus esfuerzos se estrellarían ante el poderío de mi señor.

—¿Y el día en que Valencia sea nuestra?

—Entonces, tal vez los dos podamos amarnos sin obstáculos que impidan nuestra felicidad.

Al llegar a este punto, Kethira, con todo el poderío de su imaginación de fuego, comenzó a forjar con amorosas palabras un mundo de felicidad que enloquecía cada momento más al amartelado Álvaro Fáñez.

Y mientras las palabras iban y venían, los poderosos ojos de la alarbe seguían haciendo de las suyas, y el afortunado castellano se sentía cada vez más arrebatado por aquella mirada de fuego.

Y como era de esperar, la tal mirada disipaba por momentos la poca razón que todavía quedaba en la cabeza de don Álvaro, que, como no era otra cosa que un soldado, y por añadidura no abrigaba la pretensión de que su gallarda figura se admirara por el tiempo en los altares, sintió cruzar por su mente un cúmulo de ideas y deseos.

Su fuerte y robusto brazo oprimió de pronto el gentil talle de la alarbe, y a los pocos instantes un beso apasionado interrumpió con su chasquido el silencio que reinaba en la estancia.

.....  
.....

Algunas horas después, cuando la luna se hundía tras las negras siluetas de las montañas, las estrellas se borraban en el cielo y aparecía en el Oriente una ancha faja de blanca luz, don Álvaro penetraba en su tienda sin ser visto de nadie.

Su cabeza en aquellos instantes estaba tan llena de encantadores recuerdos y risueñas ilusiones que se creyó completamente feliz.

Y como en aquel día los cristianos no tenían la idea de dar asalto alguno a la sitiada ciudad, don Álvaro tendiose sobre su duro lecho de campaña, y a los pocos instantes se dormía murmurando con cierto temor:

—¡Qué diría, si me viera, doña Sancha!

#### IV

Al anoecer del día siguiente, Alí, el intermediario de aquellos extraños amores, penetró en la tienda de don Álvaro y lo encontró ya envuelto con su manto y dis-

puesto a seguirle.

A los pocos instantes salieron del campamento, y por el mismo camino del día anterior llegaron hasta la estancia donde Kethira aguardaba a su gallardo castellano.

Al encontrarse este ante la presencia de la alarbe sintiose todavía más enamorado que la noche anterior, y no pudo menos de congratularse por la manera como aquella hermosa mujer parecía corresponderle.

Después de algunas frases propias de amantes, Kethira preguntó al guerrero:

—¿Eres casado, cristiano?

—Sí, hermosa alarbe. Allá en mis tierras tengo una mujer que me adora. ¿Y tú, Kethira, a qué hombre perteneces?

—¡Oh! No me preguntes por ahora la más pequeña palabra de mi estado, porque no obtendrás respuesta.

—Pero eso es imposible, amada mía.

—Quiero que tú me adores sin saber quién soy.

—Mas, ¿a qué tal empeño?

—Ese es mi secreto.

—¿Acaso te juzgas inferior a mí?

—Día llegará –respondió la alarbe con altanería– en que me juzgues tan alta que no te atreverás a alcanzarme.

Después de estas palabras reinó un profundo silencio, que al poco rato interrumpió don Álvaro.

—¿Y cómo has llegado a saber tú desde tu retiro que existía en el mundo un castellano llamado Álvaro Fáñez?

—La fama de tus proezas ha recorrido todos los ámbitos de Valencia. Yo, desde los primeros instantes, me sentí interesada por la relación de tus hazañas, de tal modo que te amé sin conocerte. A tal punto llegó mi deseo de verte, que una mañana en que los míos hicieron una salida, subí a uno de los altos alminares de mi alcázar por ver si te conocía. Mi fiel criado Alí, que en aquellos instantes estaba a mi lado, me dijo: «¿Veis aquel caballero tan bravo y esforzado? Pues ese es Álvaro Fáñez». Y con el dedo te señaló a ti, que en aquellos instantes, semejante al genio de la guerra, sembrabas la muerte con tu vencedora espada. Al conocerte se animó más el inmenso amor que te profesó y que llegó hasta impulsarme a escribirte aquella misiva que motivó tu venida.

Don Álvaro, al escuchar estas palabras, sintiose orgulloso de haber sabido inspirar semejante pasión, y para corresponder dignamente al amor que la alarbe le profesaba, besó repetidas veces la blanca y diminuta mano que esta le tendía.

Los dos amantes engolfáronse en sus apasionadas pláticas, mientras que el tiempo transcurría tan rápido como agradable.

Son tan breves las horas de la felicidad, que no parece sino que el espíritu de la tristeza, poseído de fiera envidia, las quiera devorar cuanto antes.

Y esto fue lo que sucedió a don Álvar y a Kethira. Cuando dieron fin a aquellos diálogos tan monótonos como encantadores, y cuyo solo tema era el eterno *yo te amo*, vieron que ya el alba comenzaba a teñir con su blanca luz el trozo de horizonte que se hundía tras el azulado mar.

El castellano, al ver esto, levantose del diván, dio un apasionado beso a su amante en señal de despedida, y ya iba a salir por la puerta secreta cuando sus ojos tropezaron con algo que le obligó a dar un ligero grito de sorpresa.

De pie e inmóvil sobre el umbral de la gran puerta de la cámara veíase la figura de un árabe vestido de fuerte malla, y el cual, a pesar de la vejez que demostraban su barba y cabellera, semejantes a la plata, era de una complexión atlética, llevando impreso en su rostro un sello de valor y de fiereza.

El guerrero cristiano le contempló durante algunos instantes con cierta osadía no exenta de curiosidad, pero de pronto fue interrumpido por Kethira, que murmuró a su oído:

—Huye, tu vida peligra.

Don Álvar, sin darse cuenta de lo que hacía, fue a obedecer a su amada y buscó en el muro el oculto resorte que abría la puerta secreta, pero en el mismo instante vio cómo el viejo árabe, espada en mano, avanzaba contra él y tuvo que desnudar la suya para defenderse.

Los hierros comenzaron entonces a chocar repetidamente, y sus fatídicos sonidos se extendieron por el recinto de la cámara.

El árabe atacaba y se revolvía de una manera furiosa, mientras exhalaba salvajes rugidos que no parecían hijos de garganta humana, y apenas si el castellano tenía tiempo suficiente para detener los impetuosos golpes que el viejo le dirigía.

De pronto, y sin duda atraídos por el sonoro chocar de las espadas, aparecieron en la puerta de la cámara un sinnúmero de hombres que por sus trajes, razas y figuras demostraban ser individuos de una alta servidumbre, tales como guardias, eunucos y escuderos.

Todos llevaban en las manos lucientes yataganes o agudas azagayas, y sobre sus amenazantes cabezas veíase brillar alguna que otra lanza.

Don Álvar, al ver aquel tropel de fieros servidores, comprendió que estaba perdido por completo, pues su valor no era ni con mucho suficiente para librarse de tan considerable número de enemigos.

En el primer instante pensó escapar por la puerta secreta, pero los furiosos ataques de su viejo enemigo, que a la vista de aquellos auxiliares había centuplicado sus golpes, se opusieron a la realización de semejante plan.

Entonces el castellano dio por perdida su vida y solo pensó en morir matando, cuando Kethira, que hasta entonces había permanecido inmóvil y como anonadada por el terror, vino en su auxilio con una hábil estratagema.

Con ademán rápido, y en el mismo instante que los terribles recién llegados se arrojaban contra su amado, acercose a la lámpara que alumbraba la habitación y de un fuerte golpe mató su luz, dejando envuelta la cámara en la más profunda oscuridad.

Así que esto sucedió, el castellano buscó a tientas en el muro el oculto resorte, que por fortuna encontró al momento, y poco después, a oscuras y tropezando muchas veces, corría por el oculto camino que le condujo hasta el campamento sitiador.

En el entretanto ocurría en la cámara, y en medio de la más profunda oscuridad, una terrible escena con sus ribetes de cómica.

Los enemigos de don Álvar buscaban a este por todos los rincones de la estancia y sacudían fuertes cuchilladas a las paredes, que más de una vez iban a dar en la cabeza de algún fiero alarbe.

## V

Transcurrieron muchos días después de los sucesos narrados, y durante ellos el Cid apretó de tal modo el cerco de Valencia, que el hambre llegó en el interior de esta a su mayor grado de intensidad.

Los bravos defensores de la ciudad, extenuados por las privaciones, pensaron en capitular, y cuando por fin, después de algunas inútiles salidas, se convencieron de que no podían esperar socorros de nadie, ni menos librarse de sus poderosos sitiadores, entregaron las llaves de los muros al caudillo castellano, que en una mañana bella y esplendorosa penetró en la conquistada Valencia seguido de su pequeño pero aguerrido ejército.

Confundido entre los caballeros cristianos, y muy cercano al mismo Cid, marchaba nuestro héroe Álvar Fáñez, cabizbajo y melancólico, llevando en el rostro las huellas de algún pesar interno.

Y, en efecto, el bueno de don Álvar lo tenía y no pequeño, pues desde la noche aquella en que dentro de Valencia logró salvar su vida, no había tenido más noti-

cias de su hermosa alarbe, cosa que le llenaba de desesperación.

El guerrero castellano amaba a Kethira de una manera tan intensa, que por ella se sentía capaz hasta de abandonar su patria, su familia y su nombre y entrar a combatir bajo los verdes estandartes de los hijos del Profeta.

Como el lector, pues, comprenderá, en vista de tal amor, aquella incertidumbre en que estaba hacía algunos días le desesperaba continuamente y dentro de su cabeza bullían un sinfín de ideas a cuál más terrible y menos cierta.

—Tal vez —murmuraba— Kethira haya perecido a manos de aquel maldito viejo.

Mas al llegar aquí, don Álvar se preguntaba quién sería este, sin que jamás pudiese encontrar una solución apropiada a semejante problema.

Y al mismo tiempo pensaba en lo extraño de aquella aventura, pues en ella todo era incierto y oscuro. Ni él sabía quién era Kethira, ni había podido apreciar con certeza el punto de la ciudad donde se encontraba aquella cámara, testigo mudo de su felicidad.

Al entrar en Valencia don Álvar, engañado por su deseo, creía ver aparecer de un momento a otro tras las celosías de todos los ajimeces<sup>4</sup> de la ciudad el hermoso rostro de Kethira, pero, por su desgracia, su esperanza no se cumplía en lo más mínimo.

En aquellos instantes le parecía ver al infeliz castellano en todas partes a su amada, y al mismo tiempo creía que los árabes que pasaban por junto a él, las casas y hasta Valencia, todo se burlaba de su deseo asegurándole con mudo lenguaje que Kethira jamás había vivido en aquel suelo que pisaba.

Pero el castellano por nada de esto se sintió abatido. Después que el ejército se diseminó por la ciudad, él comenzó a recorrer sus calles como un insensato, buscando algún pequeño detalle que le diese a conocer el lugar donde moraba su amada, o deseando tropezar con Alí, el intermediario de sus amores.

La noche llegó con su oscuridad antes que don Álvar adelantase nada en sus pesquisas, y preso de la más cruel desesperación retirase al palacio donde moraba el Cid, y en el cual pasó la noche víctima de agudísimo delirio.

Y los días transcurrieron tristes y largos para el enamorado, y con ellos aumentose más aquella melancolía de que el castellano se sentía poseído, hasta que un día el de Vivar, atribuyendo el estado en que se encontraba el valeroso guerrero al ocio en que vivía desde la conquista de la ciudad, dióle el encargo de correr con trescientos jinetes las tierras del rey de Denia y apoderarse de paso de algunos castillos fronterizos.

---

<sup>4</sup> Balcones.

Don Álvaro recibió con alegría aquella orden, pues su estancia en Valencia se le hacía ya harto insoportable, y salió de la ciudad seguido de su aguerrida hueste con la esperanza de que los lances de la guerra borrasen de su alma las penas del amor.

Algunos meses duró la correría, durante la cual don Álvaro hizo prodigios de valor, alcanzando un sinnúmero de victorias, que no consiguieron disipar en lo más mínimo su tristeza.

Por fin, cargados de ricos despojos, el valiente castellano y los suyos penetraron un día en Valencia al mismo tiempo que en su recinto se notaba un desusado movimiento que parecía indicar algún extraño suceso.

Así que don Álvaro traspasó las puertas de la ciudad preguntó al primer alarbe que halló al paso la causa de aquella popular agitación, y por él supo que de allí a poco rato, por orden del Cid, iba a ser quemado en la plaza Mayor el alarbe Aben-Gehaf, último rey de Valencia.

Álvar Fáñez, al recibir tal noticia, sin darse cuenta de lo que hacía y como impulsado por una fuerza oculta, picó espuelas a su caballo y poco después llegó al lugar donde se llevaba a cabo la ejecución.

En el centro de la plaza alzábase una colosal hoguera, a la cual, en el mismo momento que llegaba, arrojaron cuatro robustos ballesteros un hombre ricamente vestido y con los brazos fuertemente atados.

El castellano contempló con indiferencia aquel espectáculo y fue a colocarse al lado del Cid, que, tétrico y ceñudo, había permanecido en la plaza presenciando todos los detalles de aquella terrible ejecución, tan propia de la Edad Media.

Cuando las llamas de la hoguera se extinguieron en el espacio y solo quedó en el lugar que esta ocupaba un informe montón de cenizas, don Álvaro retiróse de la plaza lo mismo que los demás espectadores de tan bárbaro suplicio.

Cabizbajo y abismado en sus melancólicos pensamientos marchaba el noble castellano, cuando oyó una cercana voz que repetidamente le llamaba por su nombre.

El caballero volvióse rápidamente y no pudo contener un grito de alegría al reconocer en el que le llamaba a Alí, el mensajero de su adorada.

—¿Y Kethira? —preguntó con ansiedad el enamorado guerrero.

Al escuchar estas palabras, nublose el atezado semblante del alarbe, que murmuró temeroso:

—Murió, o más bien dicho, fue muerta.

Don Álvaro, al recibir semejante noticia, exhaló un indefinible alarido, y agarrando de una manera brusca el brazo de Alí, murmuró casi a su oído y con acento

entrecortado:

—¿Y el matador sería aquel maldito viejo que nos sorprendió la última noche en que la vi?

—Has acertado, señor.

—¿Y quién es él? ¿Dónde está? Quiero matarle, quiero gozarme en su agonía.

—Imposible, señor.

—¿Y quién lo impedirá?

—La muerte, en cuyos brazos hace unos instantes que reposa el que causa tu furor.

—¿Ha muerto?

—Sí, y tú has asistido a su agonía; porque aquel viejo que intentó matarte hace algún tiempo en la cámara de tu amada no era otro que Aben-Gehaf, el último rey de Valencia.

—¡Vive Dios! ¿Pero qué derecho tenía ese infame sobre Kethira?

—El derecho de esposo; la que tú amabas era la sultana favorita del difunto Aben-Gehaf.

Al escuchar tales revelaciones, el infeliz castellano sintió caer la noche sobre su alma, y en su interior maldijo el haber tomado parte en el cerco de Valencia, circunstancia a la cual solo debía aquella inextinguible pasión, que apoderándose de su alma desde aquel día, sería el implacable verdugo de su felicidad.

## VI

Un año después, el Cid falleció en Valencia víctima de penosa enfermedad, y los cristianos, faltos de la vencedora espada de este, tuvieron que evacuar la ciudad y retirarse a su patria temerosos del poder de diferentes reyes árabes que se coaligaron contra ellos.

Entonces fue cuando don Álvar, después de tres años de ausencia, volvió a Burgos para vivir casi de continuo al lado de su esposa, doña Sancha, y su pequeño hijo.

La vista de estos no lograron desterrar de su pecho aquella eterna melancolía que le embargaba, y la esposa, por más que puso en tortura su magín, no pudo conocer la causa de aquella inexplicable tristeza.

Pasados muchos años, y siendo algo viejo Álvar Fáñez, en una correría que hizo por la frontera árabe encontró una muerte digna de su valor y esfuerzo.

Cuando atravesado por los hierros agarenos cayó sobre el campo de batalla



abrazado al pendón de su mesnada, los castellanos, que tristes se agruparon en derredor del expirante cuerpo, escucharon de sus labios una sola palabra que para ellos no tenía significación.

Aquella palabra era un nombre de mujer, y el nombre era Kethira.



Porque el espíritu del joven fraile, si bien vagaba por el cielo, no era para ponerse a los pies de Dios, como ellos decían en sentido metafórico.

Otra era la causa de aquella continua abstracción que ellos tomaban como amor divino.

Pero antes de pasar adelante, creemos necesario relatar la historia de fray Ramiro para que el lector pueda trabar un conocimiento más estrecho con su persona.

## II

Una mañana de invierno del año... (la fecha no importa, pues con saber que era a mediados del siglo XII, el lector tendrá lo suficiente), el hermano portero de San Pedro de Cardaña abrió, como todos los días, el pesado portón del monasterio, y lo primero con que su vista tropezó fue con un niño poco menos que recién nacido que, envuelto en míseros harapos, yacía dormido sobre el umbral.

—¡Vaya una sinvergüenza! —murmuró escandalizado el buen lego—. ¿Habrán creído esas mozuelas libertinas que los siervos del Señor podemos convertirnos en nodrizas? Tentado estoy de tirar este arrapiezo al medio de la plaza. Pero... ¡pobrecito, debe de estar muerto de frío! ¡Pues apenas si sopla mal vientecillo! Nada, nada; adentro...

Y esto diciendo el buen hermano, que dicho sea de paso era un jayán con más barbas que San Antón, y a primera vista más digno de andar a cuchilladas con los moros de la frontera que de vegetar tranquilamente en un convento, cogió en sus robustos brazos al pequeñuelo, y momentos después llamaba a la puerta de la celda en que moraba el abad del monasterio.

El buen lego explicó a su superior aquel hallazgo inesperado, y tras la explicación vino un consejo formado por los padres más reverendos de la comunidad, del cual vino a sacarse en limpio que esta prohijaba al pequeñuelo con la esperanza de que con el tiempo vendría a formar parte de ella.

Y Ramiro (que este fue el nombre con que los buenos frailes le bautizaron en atención a que tal era el santo del día) pasó de los brazos del robusto lego a los de una rolliza aldeana.

Durante dos años estuvo el rapazuelo en poder de esta, pero pasado dicho tiempo fue devuelto a la tutela de los buenos monjes.

Con la presencia de Ramiro, el monasterio pareció transformarse por completo.

Aquellas bóvedas ennegrecidas, solo habituadas a repetir las severas armonías

de los sagrados cánticos, se conmovieron con las infantiles carcajadas del niño; las figuras bíblicas que, como fruto del arte pictórico de la Edad Media, ornaban los viejos muros, parecían animarse al contemplar sus inocentes juegos, y hasta los frailes más graves y encanecidos con largas lecturas y no menores meditaciones, no podían menos de sonreírse y desarrugar el ceño al ver aquellas gracias propias solamente de la niñez.

Pero Ramiro creció, y al mismo tiempo que creció empezó a cambiar de carácter por completo.

Ya no le vieron más los buenos monjes corretear por los sombríos claustros, ni menos perseguir mariposas y coger flores en la dilatada huerta del convento, pero en cambio pudieron contemplar en la biblioteca del monasterio cómo transcurrían para él horas enteras, completamente embebido en el estudio de los más voluminosos libros.

Aquel niño parecía haber nacido solamente para el estudio. Los problemas más arduos, las cuestiones más difíciles, los razonamientos teológicos más enrevesados, eran aprendidos por él con una facilidad asombrosa; y los buenos frailes, y más que todos el anciano abad, no podían menos de felicitarse por la adopción de aquel rapazuelo, en quien veían una futura lumbrera de la Iglesia.

Y a fuerza de tiempo y de constancia, y devorando más bien que leyendo todos cuantos libros caían en sus manos, Ramiro, a los diecisiete años (edad en que recibió las órdenes sagradas), se encontró con que había llegado al límite del estudio, o sea que poseía en su inteligencia todo el caudal de conocimientos que constituían la ciencia de su época.

Entonces sus visitas a la biblioteca fueron menos frecuentes, por la sencilla razón de que todos los libros de que esta constaba le eran conocidos.

Sus compañeros de comunidad no le vieron ya días enteros encorvado ante algún roto volumen, pero en cambio comenzaron a notar en él algunos síntomas de aquel género de vida a que después se entregó.

A apoyado en el alféizar de la ventana de su celda, le sorprendieron entregado a una contemplación vaga, en la que parecía admirar lo infinito o no admirar nada.

Al principio nadie hizo caso de aquello, pues, según la opinión de los sabios de la comunidad, fray Ramiro se entregaba a reflexionar lo mucho que había leído.

Pero poco a poco tales reflexiones fueron creciendo hasta el punto de que hiciesen temer por su salud.

El rostro del joven fraile comenzó a adquirir aquella expresión que al principio de esta leyenda hemos pretendido retratar; su cuerpo empezó a enflaquecer, y unos círculos violáceos se extendieron alrededor de sus ojos, delatando largas no-

ches de insomnio y de vigilia.

Los habitantes de Burgos vieronle pasearse meditabundo y triste por bajo las verdes enramadas, y los frailes observaron en él una continua distracción hasta en los momentos en que llevaba a cabo los actos más sagrados del culto.

Como antes hemos dicho, todos achacaron aquello a una pasión mística que redundó en ventaja del joven fraile, a quien desde aquellos instantes consideraron como a un santo.

Pero otra era la causa de aquella continua abstracción.

Fray Ramiro amaba.

### III

Y amaba con todo el ardor y la vehemencia de un corazón virgen, de una mente soñadora, de un alma joven.

Fray Ramiro había nacido para amar, por lo mismo sin duda que no había conocido a lo que más se estima en este mundo, o sea a los que le dieron el ser.

En el hasta entonces corto transcurso de su vida no había perseguido otro ideal que el de encontrar un *algo* con que satisfacer aquella necesidad que sentía de amar.

Primero la buscó en el cariño de aquellos buenos frailes que habían cuidado de su infancia, y al no encontrarla, recurrió al estudio como para demandarle un remedio que calmase aquella sed insaciable de cariño.

Y mientras tuvo libros en cuyas páginas abismarse, logró en parte su deseo, pero llegó un instante en que estos se agotaron y en que el joven fraile encontrase en los límites de la escasa ciencia de su época.

Entonces fue cuando reflexionó sobre aquel inmenso caudal de conocimientos que en su mente había ido amontonando, y los cuales encontró tan opuestos y divergentes, que en su alma sintió alojarse en parte la duda, y no pudo menos de pensar en algo parecido a aquello de *solo sé que no sé nada*.

Y no era de esperar otra cosa atendiendo a que el joven fraile había buscado la ciencia como remedio para una enfermedad del alma.

Pero cuando al llegar a este punto fray Ramiro abandonó el estudio como ineficaz, empezó a desarrollarse en él aquella pasión cuyos resultados hemos visto en lo anteriormente narrado. Un rocío bienhechor comenzó a bañar su corazón, y su alma repelió la losa que hasta entonces la había aplastado para volar por las dilatadas regiones del infinito.

Aquella aridez, aquellas tintas tétricas con que hasta entonces había visto al

mundo, desaparecieron ante sus ojos, y solo columbró por todas partes un horizonte sonrosado y un océano de luz y de armonía.

Y esta radical transformación solo era debida a aquel amor nacido tan repentinamente.

Si al mismo fray Ramiro le hubiesen preguntado cuál era el objeto de aquel amor, de seguro que no hubiera sabido contestar.

Amaba a lo infinito, a lo sobrenatural, a lo impalpable. En todas partes y en ninguna veía el objeto adorado.

Este tenía mucho parecido con esos sueños vagorosos e indefinibles, cuya explicación y detalles son completamente imposibles.

En las noches tempestuosas, fray Ramiro creía verle vagar en el negro espacio; en las serenas, le contemplaba empañando con sus indefinibles formas el claro disco de la luna, y en las tardes de verano, cuando el silencio reinaba en el monasterio y él, con la frente apoyada sobre sus manos, soñaba despierto, percibía junto a sus oídos un canto sin cadencia ni ritmo, pero sublime y arrebatador, que parecía salir de boca de algún ser sobrenatural.

Y aquella pasión indefinible o, más bien dicho, aquella locura sin objeto, minaba lentamente la salud y aun la razón del pobre fray Ramiro.

Cuando cansado de combatir con sus fantásticas ideas su pensamiento parecía próximo a estallar a fuerza de querer vestir con formas reales aquellas ideales apariciones, entonces era cuando el infeliz fraile buscaba reposo para su alma, paseándose por bajo los tétricos claustros del monasterio o entre los verdes árboles de los bosques.

Por fin, un día en que fray Ramiro parecía ya próximo a enloquecer o morir, a pesar de los temores de los buenos monjes que ya murmuraban en su interior del excesivo amor místico del joven fraile, este sufrió una reacción que causó el general asombro de todos cuantos le conocían.

Aquella melancolía continua desapareció, y al desaliento y a la misantropía sucedieron la animación y deseo de vivir.

Aquel brusco cambio tenía su razón de ser.

Fray Ramiro había encontrado el espíritu indefinible que formaba toda su pasión, encerrado dentro de un cuerpo humano.

#### IV

Una mañana de primavera, fray Ramiro, con el cerrado libro de oraciones bajo el brazo y melancólico como siempre, paseábase por la espesura de una arboleda

situada en las cercanías de Burgos.

Aquella mañana era tan hermosa, que la naturaleza toda parecía cantar lo que un trovador de la época hubiese llamado el himno de la buena estación.

Arriba, las altas ramas de los árboles gemían a impulsos de la perfumada brisa; abajo, los matorrales ondulaban a impulsos de la misma; arriba, cantaban sin cesar las canoras aves; abajo, las verdosas lagartijas y los pardos gusanos se arrastraban por entre el musgo, y pintadas mariposas e insectos de vivos colores, cuyas alas, heridas por el sol, brillaban como limpios arneses de combate, revoloteaban por entre las silvestres flores, sobre cuyos cálices reposaban.

Fray Ramiro permaneció insensible a las maravillas que la naturaleza desarrollaba sobre su cabeza y bajo sus pies, pues aquel día, como siempre, permanecía abismado en sus fantásticas reflexiones.

En los rayos del sol que se filtraban por entre el tupido cortinaje de hojas y en las diversas y extrañas formas que afectaban los nudosos troncos de los árboles, el joven fraile creía ver aquella imagen vaporosa e indefinible, objeto de su pasión, y en el murmullo que la hojarasca producía al agitarse parecía escuchar una voz armoniosa y argentina que le llamaba con los más tiernos nombres.

Pero esta ilusión de pronto, y si no por completo, trocose en realidad con gran asombro del visionario joven.

Una voz pura y argentina acababa de sonar a corta distancia del lugar que él ocupaba.

Anhelante y tembloroso corrió hacia el sitio de donde procedía la voz, y de repente vieron sus ojos apoyada sobre un tronco y contemplando un pajarillo recién nacido que por el suelo se arrastraba, a una mujer ricamente vestida y tan hermosa como joven.

Al contemplarla el fraile no pudo contener un grito de sorpresa, pues acababa de ver en aquella mujer la personificación del ser ideal que llenaba su alma.

El joven soñador contemplaba a la joven con respeto y hasta con miedo, como si temiese que tanta hermosura no fuese otra cosa que una fantástica aparición pronta a desvanecerse al menor ademán; pero afortunadamente aquella mujer no tenía nada de sobrenatural más que su hermosura, que casi tocaba en los límites de lo divino.

Ella no vio aparecer a fray Ramiro, ni tampoco escuchó el ahogado grito que este al verla exhaló, y por esto, tranquila y bastante ajena de que nadie la contemplase, cesó de mirar el pajarillo, y cantando y saltando inocentemente como una niña, púsose a coger algunas flores de las muchas que esmaltaban la verde hierba, y con ellas formose un ramillete que descuidadamente colocose sobre el velado y

prominente seno.

En aquel mismo instante, por una casualidad, la hermosa fijó su mirada en el lugar que ocupaba fray Ramiro.

Este, apoyado en un árbol con la cabeza tendida hacia delante y los ojos centelleantes por la pasión, ofrecía en aquel momento un aspecto tan poco tranquilizador, que la joven, dando un agudo grito escapó por entre los árboles sin que el enamorado fraile intentase seguirla.

Parecía que sus pies estaban enclavados en el suelo y se negaban a obedecer los impulsos de la voluntad. Algún tiempo permaneció así hasta que sus ojos fijáronse en un objeto que yacía en el suelo y cuya vista lo sacó de su inmovilidad.

Era el ramo de florecillas que al escapar la joven habíasele caído del pecho. Fray Ramiro arrojose sobre él con una avidez indescriptible, y después de contemplarle fijamente lo guardó dentro de una de sus amplias mangas tan amorosamente como un tesoro.

Momentos después el joven fraile, con los ojos animados y el rostro radiante de felicidad, salía de la espesura mirando cariñosamente el sitio donde ocultaba el objeto de su alegría.

En aquel mismo instante, tres mujeres que caminaban a bastante distancia de él penetraban por una puerta de Burgos.

El fraile reconoció sin trabajo en una de ellas a la joven del ramo, y a las otras dos, a juzgar por los trajes y maneras, las calificó de dueñas o cosa por el estilo. Avivó el paso para ver si lograba andar más cerca de ellas, pero al mismo tiempo que esto hacía, las tres desaparecieron tras las murallas, y fray Ramiro parose reflexionando quién sería aquella mujer.

## V

Los buenos burgaleses, que sufriendo codazos y pisotones se agitaban desde muy de mañana en la espaciosa plaza que se extendía frente al alcázar real de Castilla, comenzaban a prorrumpir en gritos y a manifestar el disgusto que sentían por la tardanza de sus soberanos.

Tratábase nada menos que del casamiento del rey de Castilla, ceremonia anunciada desde algunos días antes por el conde de palacio, y al son de los timbales de la ciudad por todas las calles, plazuelas y encrucijadas de Burgos.

Como aquello de casarse un rey no era cosa vista todos los días, de aquí que la gente, tanto de la población como de algunas leguas a la redonda, afluyese al alcázar real para admirar la bizarra apostura del soberano y la sin rival belleza de su



futura esposa, que, dicho sea de paso, muy pocos conocían, por ser la tal señora una infanta francesa llegada a Castilla hacía pocos días. Y el pueblo, esperando la aparición de sus soberanos, gritaba de una manera infernal y se agitaba como un mar de cabezas, cuyas oleadas, estrellándose sobre los muros del alcázar, retrocedían hasta perderse en los límites de la plaza y las calles cercanas.

Casi en el centro de la plaza, y rodeado de algunos hidalgos, aunque pobres, de altivo continente, y que procuraban solícitamente resguardarle de los vaivenes de la muchedumbre, veíase a fray Ramiro, cuya mirada recorría con avidez todos los ámbitos de la plaza.

El joven fraile demostraba, tanto en su semblante como en su porte, haber llegado al último grado de aquella consunción que le devoraba.

Su rostro no era otra cosa que una capa de piel, pegada a los desiguales huesos, y en cuanto a sus ojos, en lo más hondo de unos cercos violáceos, brillaban con una luz extraña y aterradora.

Fray Ramiro se consumía en el fuego de aquel terrible amor.

Desde el día en que vio por primera vez a la mujer de sus ensueños, la terrible e inexplicable enfermedad que minaba su existencia siguió su carrera a pasos agigantados.

Una voz misteriosa que continuamente gritaba junto a su oído, un presentimiento nacido de lo más íntimo de su pecho, le aseguraban la imposibilidad de sus amores con aquella mujer.

Mas, a pesar de todo, fray Ramiro deseaba verla otra vez y sobre todo saber quién era.

Y de aquí que el joven visionario abandonase desde aquel día sus libros y sus paseos y sacudiese aquella inercia contemplativa que absorbía su existencia para correr las calles de Burgos día y noche, siempre aguardando la aparición deseada.

Por esta causa, fray Ramiro se encontraba en aquella mañana confundido entre la muchedumbre que se agolpaba frente al alcázar real. Sus ojos, como antes hemos dicho, investigaban hasta el último rincón de la plaza en busca de aquel rostro de belleza semidivina.

Pero todo en vano; la hermosa, como siempre, no aparecía.

De pronto la atronadora gritería del pueblo, que llegó a un grado indescriptible, arrancó al fraile de sus pesquisas y le hizo fijar la atención en la puerta del alcázar, por la que comenzó a asomar la comitiva palaciega que precedía a los regios desposados.

Todo aquel tropel de caballos, vistosas gualdrapas, lucientes cascos, centelleantes armas y ondeantes plumas, pasó como una visión ante los ojos de fray Ramiro,

que en aquel momento pensaba en el objeto de su amor.

Cuando ya la cabeza de la vistosa cabalgata se perdió en los límites de la plaza, las trompas de guerra atronaron el espacio con sus bélicas notas, el pueblo arrojó a lo alto sus birretes y caperuzas, y en los umbrales del alcázar aparecieron montados en bravas cabalgaduras el rey de Castilla y la que pronto iba a ser su esposa.

De la misma manera como los rugidos de la tempestad ahogan el fuerte chasquido que el buque despidе al empuje de las olas, el espantoso e infernal clamoreo que en aquellos instantes reinaba en la plaza ahogó por completo un agudo grito que sonó entre la muchedumbre.

Aquel grito era de fray Ramiro.

Si los buenos hidalgos que le rodeaban no hubieran estado tan ensimismados en la contemplación de los augustos desposados, de seguro que le hubieran visto, respirando anhelantemente y con los ojos desencajados, contemplar a la futura soberana de Castilla.

Por fin el infeliz fraile había vuelto a encontrar al objeto de su pasión, a la mujer de sus ensueños.

## VI

Cuatro paredes de negruzca piedra sosteniendo un techo abovedado, algunos escaños pulimentados por el continuo uso, una mesa cargada de *in folios* y pergaminos, un gran crucifijo y una pobre cama constituían la celda que habitaba fray Ramiro, la cual recibía la luz del día a través de una ventana ojival que rasgaba el viejo muro.

Sobre el alféizar de esta, y en un humilde vaso de barro, veíase un manojito de silvestres llores cuyos pétalos estaban arrugados y amarillentos.

Aquellas flores eran las mismas que la ya reina de Castilla abandonó al escapar ante la imprevista presencia del visionario fray Ramiro.

Pintar el cariño que este las profesaba y la estima en que las tenía fuera cosa imposible.

Los ojos del joven fraile no se separaban de ellas mientras permanecía en su celda, y bien podía decirse que habíanse mustiado más al impulso de aquella adoración continua que al de la mano del tiempo.

Aquel ramillete era considerado por él como una parte de la mujer de sus ensueños, de aquella mujer cuyo amor era imposible de realizar.

A la caída de la tarde de aquel mismo día en que ocurrió el suceso anteriormente narrado, fray Ramiro, apoyado en la ventana de su celda y teniendo junto a

sí el estimado manojó de flores, contemplaba con mirada vaga y delirante el dilatado espacio que a su vista se extendía.

El cielo estaba sin una nubecilla que manchase su pureza, y allá en lo último del horizonte una ancha faja carmesí parecía reflejar las llamas de un colosal incendio.

Toda la naturaleza en aquellos instantes era la fiel expresión de fray Ramiro.

El día disponíase a morir de una manera tan dulce y reposada como el sol acababa de hacerlo tras las azuladas montañas.

De la misma manera el joven fraile también sentía que la vida se escapaba de aquel cuerpo endeble, como cansada de luchar con irrealizables pasiones.

Las aves que volando rápidamente se dirigían en busca de sus nidos, la ciudad que en el espacio levantaba su cimera de torres y agudos tejados, el río que corría entre los altos árboles que gallardamente se balanceaban; a todos dirigía fray Ramiro su postrer adiós.

Todos los lugares que en aquellos instantes abarcaba su vista le recordaban algo de su extraña vida.

En unos había soñado, en otros había visto realizado el vaporoso fantasma, y en muchos, oculto a las miradas indiscretas, había llorado de rabia.

Porque el joven en ciertos momentos llegaba a maldecir el día en que nació.

Su corazón solo estaba formado para amar, y la fatalidad parecía haberse entretenido en quitarle tal consuelo.

En vez del purísimo afecto maternal, dióle el indiferente ascético cariño de los frailes, y por robarle aquel cúmulo de fantásticas pasiones, había encarnado estas en una mujer imposible de lograr.

Lo que más exasperaba al joven era su estado.

¿Por qué Dios no había hecho de él un fuerte guerrero, terror de los combates y estimado de los reyes?

Entonces, con el impulso de su brazo, tal vez hubiera podido alcanzar una fama gloriosa y logrado la posesión de aquella mujer.

Y cuando esto pensaba fray Ramiro, exasperándose gradualmente, se rebelaba ante las incomprensibles injusticias de Dios.

¿Para qué, pues, vivir? Esto es lo que el pobre fraile se repetía.

La vida es el amor. Desde que el hombre nace hasta que muere, no hace otra cosa que amar de diferentes maneras y a diversos seres, tanto fantásticos como reales.

Y como la fatalidad parecía oponerse a que fray Ramiro cumpliera esta misión, de aquí que deseaba de una manera ferviente el morir.

Por cierto que lo lograba. La vida, como antes hemos dicho, se escapaba por instantes de aquel débil cuerpo.

El cuadro sublime que la naturaleza presentaba a los ojos de fray Ramiro, íbase borrando para él poco a poco.

Pocos minutos quedaban al día de existencia, lo mismo que al visionario fraile.

Parecía que las sombras de la noche, que en aquellos instantes comenzaban a invadir el cielo, penetraban en el interior del joven enamorado y entorpecían su existencia.

La hoguera que hasta entonces había ardido en su alma, achicaba sus llamas para ahogarlas entre las frías cenizas.

De pronto las ventanas del regio alcázar que a corta distancia del monasterio y sobre un mar de tejados destacaba sobre su imponente mole, alumbráronse con resplandor rojizo, y a los oídos de fray Ramiro llegaron rumores de canciones, alegres gritos y suavísimas armonías.

Toda aquella música de bodas sonó para el agonizante fraile como concierto de fúnebres cantos y tétrico repiqueteo de campanas.

Sacó su cuerpo todo lo que pudo fuera de la ventana, envolvió con una postrer mirada el alcázar, y exhalando un débil quejido cayó exánime sobre el alféizar, oprimiendo con una de sus manos el mustio ramo de florecillas.

En aquel instante las opacas sombras corriéronse por el cielo, y algunas estrellas comenzaron a brillar con luz centelleante y viva.

## VII

Aquella misma noche, bajo las severas bóvedas del templo, sonaron los mortuorios cánticos en honor del infortunado fray Ramiro.

Cuando al acabar estos, los frailes, con la vista baja y los labios murmurantes, perdiéronse por los sombríos claustros del monasterio, el abad de este dijo, dirigiéndose a uno de los más venerables monjes de la comunidad:

—Ya lo veis, padre. Nuestras predicciones desgraciadamente se han cumplido. Fray Ramiro ha muerto, víctima de aquella continua contemplación de las cosas divinas. ¡Feliz él para quien nada suponían las pasiones terrenales! Junto al trono del Altísimo estará recibiendo en estos instantes el premio de sus virtudes. Era un santo. ¡Qué gloria para esta casa si llegaran a canonizarle! El amor divino: esa ha sido la causa de su muerte.



## HISTORIA DE UNA GUZLA<sup>5</sup>

A NADIE mejor que a ella podían apropiársele aquellos célebres versos del insigne Bécquer:

*Del salón en el ángulo oscuro,  
de su dueño tal vez olvidada,  
silenciosa y cubierta de polvo...*

Porque, en efecto, el instrumento protagonista de la presente narración no podía estar más olvidado en los rincones de la casa de un celeberrimo anticuario.

Aquel olvido tenía su justificación en el deplorable estado en que se encontraba.

La acompañante en otras épocas de amorosas trovas y belicosos himnos, se hallaba completamente despojada de las ricas incrustaciones que antes la hermo-seaban, y sus doradas cuerdas, ya rotas, obraban al ser heridas por el viento melancólicamente.

En el interior de aquel instrumento, cuna de tan arrebatadoras armonías, las arañas tejían sus finas telas, y aun en más de una ocasión inmundos animales habían roído su rica madera que en pasados tiempos solo descansaba sobre ricos divanes o en el regazo de alguna hermosa.

A la vista de aquella guzla no podía menos de recordarse la fragilidad de las cosas humanas y pensar en el poder que la mano del tiempo posee para postergar a aquellos que en otras épocas se han visto muy encumbrados.

Porque el tal instrumento había tenido en su historia un período lleno de días felices e interesantes aventuras dignas de ser relatadas, ya que no por ella misma, por un narrador que gozase de imaginación suficiente para abarcar de un solo golpe aquella enmarañada red de dichosos y adversos sucesos.

Pero cediendo al deseo de dar a conocer tal como sabemos dicha historia, somos nosotros los que tomamos por nuestra cuenta el relato, y lo comenzamos advirtiendo que la escena da principio en plena Edad Media (algunos años después de evacuada Valencia por las tropas del Cid y muchos antes de que don Jaime I la reconquistase) y que los principales personajes son alarbes, que aparecen en escena llevando en sus pechos toda la vehemencia y encontradas pasiones que forman el patrimonio de los hijos del Islam.

---

<sup>5</sup> Instrumento musical de una sola cuerda, similar al rabel.

## I

La noche tocaba a la mitad de su carrera, y la luna, entre ligeros y pardos celajes, remontábase en un cielo de vaporoso azul, arrojando a torrentes sobre la tierra su tesoro de luz pura y argentada.

Valencia dormía profundamente; en su recinto no se escuchaba el menor ruido, y solo de vez en cuando los soldados agarenos que con el lanzón al hombro paseaban por entre las almenas de los muros lanzaban al aire sus gritos de vigilancia que, rodando por el espacio, iban a repercutirse allá a lo lejos.

Era la tal noche una de las más hermosas y apacibles de primavera.

El viento gemía entre las hojas de los altos árboles; a impulsos de este, las cañas se cimbreaban gallardamente como si intentaran besar la tierra que las sustentaba, y las flores, columpiándose sobre los tallos, esparcían por el ambiente sus penetrantes y embriagadores perfumes.

La ciudad destacaba sobre el iluminado cielo sus barnizadas cúpulas y sus altos alminares que escalando el espacio pretendían tocar el firmamento, y el Guadalaviar arrastrábase sobre su lecho de arena produciendo esa arrulladora armonía hija del susurro de las aguas, que en aquellos instantes reflejaban sobre su tersa superficie la clara luz del astro nocturno.

Los muros de la ciudad y los cañares que orlaban el río proyectaban sobre las riberas de este densas sombras que envolvían algunas pequeñas barquichuelas, únicas embarcaciones que por entonces todavía podían sustentarse sobre las hoy tan escasas aguas del Guadalaviar.

De pronto, surgiendo de la oscuridad, apareció en la parte del río alumbrado por la luna una pequeña lancha tripulada por un solo hombre que con vigorosos brazos empuñaba dos ligeros remos. A pequeños intervalos se agitaban estos en el espacio, despidiendo gruesas gotas que brillaban al caer como mágicos diamantes.

Cuando la pequeña embarcación hubo atravesado el no muy fuerte puente que en aquella época unía Valencia con la opuesta ribera, el hombre que la tripulaba, soltando los remos, la abandonó a la corriente del río y fue a sentarse en la popa, no sin despojarse antes del blanco alquicel con que se envolvía.

Entonces pudo verse que era un joven hermoso, con esa belleza varonil solamente propia de las almas fuertes y audaces.

Vestía de una manera harto humilde, y solamente en su traje se notaba un detalle que desdecía del resto, y el cual consistía en un yatagán<sup>6</sup> de riquísimo puño

---

<sup>6</sup> Sable, alfanje.

que pendía de su cintura.

A su lado, sobre el banco de popa, veíase una guzla de doradas cuerdas y largo mástil, que despedía vivos fulgores al ser herida por los rayos de la luna.

El joven alarbe, con la frente entre las manos, permanecía abismado en una profunda meditación, mientras que la barca, impelida por la corriente, alejábase cada vez más de la ciudad, arrastrándose por las tortuosas revueltas que el río formaba al recorrer la tranquila vega. Durante algún tiempo, el joven permaneció en la misma actitud, hasta que de pronto levantó la cabeza al mismo tiempo que comenzaba a destacarse tras un recodo del río la gallarda silueta de una fuerte alquería que hundía sus cimientos en las tranquilas aguas del Guadalaviar.

Así que el tripulante fijó su vista en el tal edificio, empuñó los remos con el propósito de acercarse a él, y momentos después atracaba su pequeña embarcación bajo los calados ajimeces de la alquería. Entonces abandonó los remos, y después de algunos instantes de descanso empuñó la guzla, que hasta aquel momento había permanecido ociosa en la popa del batel.

Sus dedos pulsaron, unas tras otras, todas las cuerdas, y un torrente de suaves armonías, que la brisa sembró por el espacio, comenzó a sonar en el silencio de la noche.

Al mismo tiempo que el nocturno trovador arrancaba a su guzla aquel dulce preludio, sus ojos se fijaban con impaciencia en los ajimeces de la alquería, como si esperasen ver abrirse de pronto sus celosías.

Pero el tiempo pasó, y las ventanas permanecieron cerradas y oscuras, por lo que murmuraba el joven:

—¡Por Eblis!<sup>7</sup> ¿Qué sucederá a mi bella hurí que no acude, como otras noches, a los sonidos de mi guzla?

Y como si creyese que esto no era suficiente para llamar la atención de aquella mujer a quien él llamaba su bella hurí, comenzó a entonar una melancólica trova árabe, llena de hiperbólicas frases y cadencias arrebatadoras, y bordada por esa prodigiosa imaginación que solo parece propia de los pueblos orientales.

Pero en vano el mancebo esforzaba su voz, que se perdía en el silencio para ser repercutida por los ecos de la noche, pues los ajimeces permanecían cerrados y no parecían demostrar que existiesen tras ellos seres vivientes que escuchasen aquel enamorado canto.

El joven cantor cesó por fin en su trova y se dispuso a aguardar, cuando una de las ventanas se abrió, apareciendo en su alféizar una sombra blanca, cuya presencia arrancó al mancebo un grito de alegría.

---

<sup>7</sup> Nombre que los musulmanes dan al diablo.



—¡Nohemia amada! —dijo con marcado acento de alegría.

Mas en el mismo instante la blanca sombra extendió rápidamente uno de sus brazos, oyose un silbido en el espacio y el cantor sintió atravesado su pecho por un fuerte venablo.

Al sentirse herido el joven, exhaló un rugido de dolor y cayó pesadamente sobre uno de los costados del batel, apretando convulsivamente la guzla que llevaba en sus manos.

Al peso de aquel cuerpo, la embarcación se inclinó hasta el punto de que uno de sus bordes se hundió en las aguas, y entonces el joven, que en aquellos instantes se agitaba en las convulsiones de la agonía, desapareció bajo la tersa superficie del río, formando algunos círculos que fueron ensanchándose hasta perderse en las orillas. Al mismo tiempo gritaba con voz ronca la sombra del ajimez:

—Esto te enseñará, mozuelo, para la otra vida, la distancia que hay de un mendigo a la hija de un poderoso.

Momentos después, en aquel mismo lugar, testigo mudo de tan terrible y misterioso drama, reinaba la tranquilidad y el silencio más absoluto.

El ajimez de la alquería estaba cerrado; la barca, medio sumergida todavía, se agitaba a impulsos de la corriente, y sobre la superficie del río veíase deslizar un objeto que la pálida luz de la luna hacia brillar vivamente: era la guzla del infeliz cantor.

## II

Allá por los tiempos en que transcurría la presente narración, alzábase junto a la desembocadura del Guadalaviar, y casi lamido por las azuladas olas del Mediterráneo, un pequeño grupo de miserables cabañas, albergue de un buen número de familias que vivían de los productos de la pesca y demás industrias propias de los habitantes de las playas. A la caída de la tarde de un frío día de otoño, cuando el sol, entre celajes rojizos y dorados, se hundía tras las lejanas montañas que con sus crestas limitaban el horizonte, los pescadores, habitantes de aquella mísera aldea, extendían sobre la amarilla arena de la playa sus húmedas redes y se preparaban a poner en seco sus frágiles barquillas que todavía parecían más pequeñas a la vista de las galeras del rey de Valencia, que, mar adentro y con las velas recogidas, balanceaban sobre las espumosas aguas sus colosales castillos de popa.

Por el Oriente, y tras la azulada sábana del mar, veíanse aparecer, al mismo tiempo que las tenebrosas sombras de la noche, algunos negros nubarrones que anunciaban una cercana tempestad. Por esto mismo los pescadores se daban prisa

en concluir sus tareas para encerrarse bajo los pajizos techos de sus cabañas.

Cuando ya todas las barcas, después de no pequeños esfuerzos, descansaron sus quillas en la playa, aquellos míseros hijos de la costa hincaron las rodillas en la arena, y con la vista fija en las rojizas nubes que delataban en el horizonte el lugar por donde acababa de desaparecer el astro del día, recitaron la oración del *almagrib*, o sea la de la puesta del sol.

Después de esto, cada uno se dirigió a su vivienda, y ya se disponían todos a encerrarse en ellas cuando vieron aparecer a un jovenzuelo de modesto traje y fuerte ballesta que con voz melancólica, al par que firme, les dijo:

—¡Alláh os guarde, pobres pescadores! El cielo anuncia tormenta, y como no tengo en el mundo parientes que me socorran ni casa que me guarezca, vengo a implorar de vosotros la hospitalidad. ¿Seréis tan buenos creyentes que me la concedáis?

—Entra en mi choza, mancebo —le gritó el más anciano de los pescadores—, pues, aunque pobre, sé socorrer a los desgraciados. En mi vivienda encontrarás la hospitalidad que deseas, y que Alláh permita venga contigo su bendición.

Al escuchar estas palabras, el mancebo penetró tras el viejo en la cabaña de este, y todos los demás pescadores encerráronse en las suyas, mientras que el cielo comenzaba a oscurecerse.

El interior de la vivienda en que el joven acababa de penetrar era pobre y hasta mísero, pues todos sus muebles y adornos consistían en objetos pertenecientes al oficio de su dueño.

Así que el recién llegado, el viejo y dos vigorosos mocetones hijos de este estuvieron sentados en derredor de un buen fuego que en uno de los ángulos de la choza ardía, una viejecita, esposa del pescador, sirvió a todos ellos una cena compuesta en su mayor parte de peces, algunas horas antes todavía vivos y libres en su elemento.

Durante algún tiempo reinó en la estancia ese silencio propio de los momentos en que se satisfacen las necesidades del cuerpo; pero cuando los estómagos se encontraron repletos, todos se sintieron con ganas de conversar, y el pescador, con esa franqueza propia de los rudos hijos de la costa, comenzó diciendo a su huésped:

—¿Quién eres tú, mancebo?

—Yo —contestó este— soy un desdichado que se encuentra solo en el mundo.

—¿Y no has conocido jamás a los tuyos?

El joven, al escuchar estas palabras, estremeciose, las lágrimas asomaron a

sus ojos y dijo con voz ronca:

—He conocido muy poco a los que me dieron el ser, y solamente ha sido mi verdadero padre y mi guía en este mundo un hermano que tenía, y el cual murió no hace muchos años.

—Triste es, en verdad, que muriera el último pariente que tenías.

—¡Oh, anciano!, pero es mucho más triste el modo como alcanzó la muerte. ¿Os extrañan estas palabras? Pues escuchadme algunos instantes y juzgaréis de la verdad de ellas.

Los tres pescadores, al oír esto, agrupáronse en derredor del joven vagabundo, que comenzó su relación de esta manera:

—Mi padre no fue otro que un hombre tan rico de imaginación y valor como pobre de dinero, que allá en sus mocedades había corrido los reinos musulmicos de pueblo en pueblo y de castillo en castillo cantando al son de su guzla las armoniosas trovas que su fecundo numen le inspiraba.

Cuando la nieve de los años comenzó a blanquear su cabellera y yo apenas contaba seis años, como efecto de su vida hasta entonces errante y aventurera, el espíritu de la dolencia apoderose de su cuerpo de tal modo, que al poco tiempo el arcángel de la muerte le arrebatava a las oscuras regiones de las cuales ya jamás se vuelve.

Al morir mi padre, mi único hermano, llamado Mahomed, que por entonces contaba unos dieciséis años, encargose de mí, y la imaginación no escasa que había heredado del muerto, junto con la guzla de este, le dieron más que suficiente para atender a su subsistencia y a la mía.

Y de esta manera pasaron los años, felices para los dos, haciendo aquella vida tan errante y aventurera como la del pájaro, cuya sola misión es cantar desde que nace el sol hasta que muere.

Pero el espíritu del mal cansose sin duda de aquella fraternal felicidad en que vivíamos, y encendió en el pecho de Mahomed una pasión que causó su muerte y mi desgracia.

Un día, por una casualidad que ignoro, pudo ver desnudo de tocas y alquicel el hermoso rostro de Nohemia, la hija del cadí<sup>8</sup> de los cadíes de Valencia, y desde aquel instante sintiose enamorado de aquella mujer cuya belleza solo era comparable con el de las huríes del Profeta.

Ella, hollando su rango y su elevada posición, correspondió al afecto del pobre trovador, y desde entonces mi hermano me abandonó todas las noches para ir a pulsar su guzla bajo los ajimeces de la alquería que Nohemia habitaba a orillas

---

<sup>8</sup> Juez civil en los países árabes.

del Guadalaviar.

Yo conocía, aunque no del todo, el objeto de las nocturnas excursiones de mi hermano, y a pesar de que cierto oculto presentimiento me anunciaba alguna próxima desgracia, no me atrevía a decir nada a Mahomed, que tenía un gran ascendiente sobre mí.

Pero, para su desgracia, una noche se realizaron los ocultos temores que yo creía hijos de mi desmesurado cariño fraternal.

El padre de Nohemia tuvo noticia de aquellos amoríos indignos de una hija suya, y como era de genio tan arrebatado como perversas intenciones, aguardó tras un ajimez de su alquería a que Mahomed fuese a cantar a su adorada, y le arrojó un venablo que dio fin a la vida de mi hermano, cuyo cadáver fue a descansar en el fondo del río.

A los pocos días, y cuando más acerbo era mi dolor por la muerte de mi segundo padre, un esclavo del cadí, que era adicto a mi hermano, me refirió con todos sus detalles la muerte de este, y desde aquel instante juré el exterminio de su vil asesino.

Y no pasó mucho tiempo sin que yo cumpliese mi juramento.

En las primeras horas de una noche tempestuosa aposteme en el camino que de Valencia conducía a la alquería del cadí, armado con esta ballesta que ahora veis en mis manos.

No tardó mucho rato en aparecer el asesino de mi hermano, que montado en un brioso corcel regresaba a su casa después de cumplidas sus obligaciones en la ciudad.

—Asesinato por asesinato —me dije en el momento que lo vi—. De esta manera vengaré la muerte de mi hermano.

Y poniendo una flecha en el arco, le solté tan terrible ballestazo al cadí, que cayó de su caballo sin poder encomendarse a Eblis, que de seguro tendrá alojada su alma en las infernales mansiones.

Cuando contemplé de cerca su cadáver, sentí el amargo goce de la venganza satisfecha, y aun pareciome que la sombra de mi hermano se levantaba en aquellos instantes sobre las tranquilas aguas del río para darme las gracias por mi acción.

Desde entonces que comencé esta vida errante que en la actualidad sigo.

Mi ballesta me da de comer, aun a despecho de los grandes señores, y vivo sin otro deseo que el de que pronto hagan los cristianos alguna algarada en tierras de Valencia, para que la guerra quede declarada y pueda yo emplear en ella mi fuerte brazo y mi valor hereditario.

Y ahora bien, anciano: ¿qué te parece mi historia?

—Sobradamente triste, pues has perdido al ser que más amabas en el mundo.  
—¿Y crees que hice bien al dar muerte al cadí?  
—Por mí puedo contestarte afirmativamente. Tú lo has dicho antes: venganza por venganza.

Después de estas palabras reinó en la cabaña ese silencio propio de los hombres que reflexionan sobre algo que acaban de escuchar.

El joven, en el entretanto, paseaba con distracción su mirada por las paredes de la estancia, que aparecían adornadas de redes, garfios y demás útiles propios de pescadores.

De pronto sus ojos vieron brillar en uno de los rincones un objeto que absorbió toda su atención.

A los pocos instantes de fijarse en él conoció que era una guzla, y no pudo menos de levantarse para examinarla más de cerca.

Así que la contempló a tan corta distancia, el mancebo no pudo reprimir un agudo grito de sorpresa.

—¿Qué tienes? —preguntó el viejo pescador.

—¡Esta guzla! ¿Dónde la habéis encontrado? ¿Por qué casualidad ha venido a vuestras manos?

—Uno de mis hijos la sacó de entre las aguas un día en que tendió sus redes en la embocadura del río. ¿Pero qué es lo que tiene para llamar de tal modo tu atención?

—Es la guzla con que mi padre ganaba su subsistencia; es la que acompañaba a mi hermano la noche en que fue asesinado.

Y al decir esto, el joven la descolgó con violencia y púsose a contemplarla con una avidez que casi rayaba en frenesí.

—¡Oh, anciano! —murmuró—. Pídeme lo que quieras; mi vida entera si gustas a cambio de ella.

—A ti te pertenece, puesto que era de tu hermano.

—Según eso, ¿me la das?

—No hago otra cosa que devolverte lo que es tuyo.

—¡Que Alláh premie tu rectitud!

—Y tú —continuó el mancebo mirando el instrumento—, compañera inseparable de mis dos padres, tú me seguirás eternamente hasta la misma tumba, pues contigo creeré que me acompañan los espíritus de los seres que más he amado en el mundo.

Y el joven, al decir esto, besó respetuosamente la guzla, y dos lágrimas cayeron de sus ojos para rodar sobre la dorada caja de aquel instrumento, que en aquellos

momentos evocaba en su mente un mundo de felices y desgraciados recuerdos.

### III

El dorado sol de la mañana hacía centellear los yelmos y las lanzas del ejército del rey de Valencia, que en ordenados escuadrones avanzaba por las fronteras de Aragón en busca de las mesnadas cristianas.

El viento hacía ondular constantemente aquel sinfín de vistosas banderas y luengos penachos, y los ecos de las montañas repetían los relinchos de los corceles, el retintín de las armaduras y los gritos propios de los guerreros árabes antes de comenzar un combate. Los *algazares*<sup>9</sup> acababan de incorporarse a los de Valencia para anunciarles la proximidad de los aragoneses, y los musulimes de hacer alto en el centro de un dilatado valle, lugar que les era sumamente favorable por componerse su ejército en su mayor parte de caballería.

Allá a lo lejos, y sobre las cumbres de las montañas, veíanse aparecer de vez en cuando por entre los claros de los peñones algunas manchas negruzcas, que no eran otra cosa que numerosos grupos de ballesteros aragoneses que adelantaban con el deseo de encontrar una buena posición para caer rápidamente sobre el ejército enemigo.

De pronto, en el fondo de la llanura, o sea en una de las entradas del valle, viéronse relumbrar algunos cascos; y pasados algunos momentos, con gran estruendo de trompetería y no menos gritos, aparecieron a los ojos de los sarracenos las numerosas mesnadas de Aragón.

Cuando ambos ejércitos se encontraron más cerca, cesaron de sonar los clarines de los aragoneses y los estridentes gritos de los guerreros valencianos.

Un silencio algo parecido al de la muerte reinó durante algún tiempo en el valle, y los dos grupos enemigos no parecían sino dos poderosas fieras que en silencio se contemplan dispuestas ya para la pelea.

De pronto, abriéndose paso por entre las lanzas aragonesas, apareció un caballero, jinete sobre un gallardo alazán, el cual, por su brillante armadura y más que todo por su cuerpo que en cuanto a lo robusto y fornido solo admitía comparación con el del mismo Hércules, llamó desde el primer instante la atención de los sarracenos.

Llamábase don Rodrigo de Escorihuela, y era tenido, merced a sus numerosas hazañas, por el brazo más potente que guerreaba bajo los pendones de Aragón.

---

<sup>9</sup> «Soldados que formaban la avanzada de los ejércitos sarracenos» (*N. del A.*).

Con gentil arrogancia avanzó hasta muy cerca del ejército alarbe, y una vez allí lanzó con voz tonante un jactancioso reto a todos los caballeros musulmes que se atrevieran a guerrear con él en singular combate.

Como la mayor parte de nuestros lectores tendrán muy sabido, esta era una de las muchas costumbres de aquella época, y rara era la batalla que no era precedida por uno de estos combates, en los cuales, por lo regular, tomaban parte los dos guerreros más valientes de ambos ejércitos. Así pues, apenas espiraron en el espacio las últimas palabras de don Rodrigo, cuando un gallardo caballero árabe salió de entre los suyos para marchar al galope de su trotón y lanza en ristre sobre el retador aragonés.

Aquel alarbe, sobre su espaldar de hierro y pendiente de bordada banda, ostentaba una dorada guzla, que era la misma que ha aparecido en las anteriores partes de esta narración.

—¡Es Gazul!, ¡es Gazul! —gritaron muchos de los guerreros alarbes.

—Sí, es el joven leoncillo —murmuró un ballestero muslim al oído de otro—. Que Alláh proteja al cristiano, pues creo que no tardará mucho en caer bajo la tajante espada de Gazul.

—¡Oh! —murmuró el otro—. Tan joven, y es el guerrero más esforzado que batalla bajo los verdes pendones de Valencia.

—Gracias a su valor, ha alcanzado salir de la nada en poco tiempo. Hace un año que era un pobre mancebo sin otro patrimonio que su ballesta, y hoy es el primer guerrero de Valencia y aun el que más confianza goza con nuestro rey.

—Hay quien dice que todo se lo debe a su guzla.

—No te comprendo.

—Quiero decir que por ahí murmuran que el tal instrumento es un mágico amuleto, merced al cual ha logrado tan rápido encumbramiento.

—No sé si será verdad semejante rumor, pero lo cierto es que Gazul estima mucho su guzla, y aun se pasa horas enteras contemplándola con una atención que hace dudar del estado de su juicio. Pero fijémonos en el combate que acaba de entablarse.

En efecto: Gazul, como antes hemos dicho, fuese sobre don Rodrigo lanza en ristre, al mismo tiempo que este le imitaba en un todo.

Los dos caballeros se encontraron en su rápida carrera y las lanzas chocaron con los escudos para romperse y volar por el aire convertidas en astillas.

Entonces ambos guerreros, echando mano a sus espadas, comenzaron a hacer caracolear sus caballos y a evitarse, dándose al mismo tiempo tan fuertes cuchilladas, que hacían retemblar las diferentes partes de las armaduras y aun flaquear

las piernas de sus corceles.

La espada de don Rodrigo rompióse a los pocos golpes sobre la luciente armadura de Gazul, y entonces el aragonés tuvo que recurrir a su pesada hacha de armas que apenas si otro hubiera podido levantar con las dos manos mientras él la manejaba con bastante facilidad.

Durante mucho tiempo, Gazul evitó hábilmente los furiosos ataques del cristiano; pero este, aprovechando un momento en que aquel le dirigía una tremenda cuchillada, asestole al joven alarbe un golpe tal con su hacha, que le partió el dorado yelmo y le deshizo parte del cráneo.

Gazul cayó muerto de su caballo acompañado en su caída de un grito de gozo por parte de los aragoneses, y otro de dolor por los alarbes. Don Rodrigo, desmontando de su bridón, acercóse al cadáver y le despojó de su guzla, murmurando:

—Esto es lo que él más amaba en el mundo; y por lo mismo ningún despojo mejor que acredite mi victoria.

Apenas don Rodrigo tornó a montar en su trotón, cuando el ejército sarraceno, atronando el aire con sus discordantes gritos de combate, arrojóse sobre el cristiano, y momentos después los ecos de las montañas repetían a largas distancias el fragor de una batalla encarnizadísima.

Pasadas algunas horas, y cuando el sol ya se encontraba a la mitad de su diurna carrera, los musulimes de Valencia huían a la desbandada perseguidos por las vencedoras lanzas de los guerreros aragoneses.

En aquellos momentos, el más viejo de los dos ballesteros, que al frente del ejército dialogaban mientras que Gazul se disponía a combatir con don Rodrigo, trepaba de peña en peña temiendo ser perseguido por los cristianos, mientras murmuraba:

—Era de esperar esta derrota. La guzla de Gazul era la que con sus poderes mágicos atraía siempre la victoria a nuestra parte; y ahora, por desgracia, se encuentra en poder de los aragoneses, a quienes Alláh confunda.

#### IV

Así que el ejército de Aragón regresó victorioso a su patria, y así que sus valientes guerreros volvieron a sus hogares, don Rodrigo colgó la guzla de Gazul en los muros de su castillo, rodeándola de los numerosos trofeos alcanzados por su valor en cien reñidos combates.

Allí permaneció la heroína de esta leyenda algún tiempo, hasta que por fin fue descolgada un día para ser tañida por manos diestras y recrear los oídos de las bellas.



Entonces comenzó para ella un período de verdadera gloria. Sus cuerdas vibraron a los impulsos de nacarados dedos, y aun en más de una ocasión logró conmover con sus sonidos el pecho de alguna bella insensible al fuego de una pasión.

Continuamente descansó sobre regazos de hermosas damas, o bien llenó el espacio de armonías en las tranquilas noches, y al pie de alguna ojiva alumbrada por la tibia luz de la luna.

Pero aquel apogeo glorioso pronto comenzó a aminorarse.

Habían pasado unos tres siglos desde el día en que don Rodrigo la arrancó del poder de Gazul, y las costumbres y caracteres habían cambiado mucho durante aquel largo periodo de tiempo.

Ya no sonaba bajo dorados techos ni recreaba con sus armonías el oído de algún adusto caballero de acerada armadura ni ondulante penacho, pero en cambio un descendiente de don Rodrigo, mozalbete enamorado y pendenciero, de capa de grana y espada rabiatesa, la empleaba por las noches para ablandar corazones empedernidos y aun para broquel en más de una ocasión en que procuraba librarse de las fieras cuchilladas con que le acosaban en las nocturnas pendencias.

Y en una de estas fue donde encontró el principio de su periodo triste la morisca guzla, pues cumpliéndose aquel refrán de *pagar justos por pecadores*, fue casi partida en dos por una espada enemiga que tropezó con ella, cuando solo buscaba el pecho de aquel mancebo tan camorrista como enamorado.

Entonces fue cuando el infeliz instrumento, inservible ya, a pesar de los esfuerzos de su amo, que se empeñó en volverlo a su primitivo estado, fue relegado al más oscuro rincón de un inmenso desván, y allí, envuelta en polvo e inmundos cachivaches, la desdichada guzla vio transcurrir luengos años pensando en sus épocas gloriosas, hasta el momento en que pasó a manos de un buen señor de nuestros días atacado de la incurable manía de coleccionarlo todo.

Y en uno de los rincones de la casa de este aguarda el infeliz instrumento la hora de su completa extinción, pensando sin duda en aquellos versos del poeta:

*Aprended flores de mí  
lo que va de ayer a hoy*<sup>10</sup>.

---

<sup>10</sup> El narrador se refiere a la letrilla de Góngora que, bajo el título «En persona del Marqués de Flores de Ávila, estando enfermo» (1621), empieza con la estrofa: «Aprended, Flores, en mí / lo que va de ayer a hoy, / que ayer maravilla fui, / y hoy sombra mía aun no soy».

## TRISTÁN EL SEPULTURERO

### I

LA LUZ agonizante de la tarde apenas si lograba disipar las espesas tinieblas que invadían la taberna del tío Corneja, maese carrilludo, panzudo y decidor, que, según la pública opinión, gozaba de la amistad de todos los perdidos de la villa que acudían a su establecimiento con preferencia a otros de la misma especie.

A dicha hora el interior de la tal taberna presentaba un aspecto digno de ser descrito.

Arrimados a la pared, y perdiéndose en la sombra como disformes cuerpos de gigantes, veíanse algunos toneles alineados tras un mugriento mostradorcillo, y en el resto de la estancia, unidas en caprichosos grupos, estaban un sinnúmero de mesas y sillas lesionadas en diferentes partes.

Añadiendo a todo esto un pavimento de baldosas frías, húmedas y resbaladizas y un techo abovedado tan bajo, que en más de una ocasión le rozaban los penachos que ornaban los chambergos de los parroquianos, podrá formarse el lector una idea de tal establecimiento.

A través de las espesas sombras distinguíanse en el momento en que comenzamos la narración, sentados en derredor de una mesita situada en uno de los extremos de la taberna, dos hombres de mala catadura, tan diferentes en trajes como en aspectos.

A pesar de la semioscuridad que los envolvía, podía adivinarse en uno de ellos a un valentón de aquellos tan comunes en el siglo XVII, con sus mostachos erizados, su espada de colosal cazoleta, y el rostro cruzado por honda cicatriz, adquirida, según afirmación propia, en los campos de Flandes, y según ajena, en alguna contienda acaecida en taberna o lupanar.

En cuanto al otro, a pesar de su aspecto repulsivo y acanallado, tenía cierto aire digno y noble que le hacía simpático a los ojos del observador.

Era joven, y su rostro no estaba exento de hermosura, antes al contrario, sus ojos miraban de una manera dulce y melancólica, y su frente era espaciosa y altiva, si bien surcada por algunas arrugas que denotaban grandes pesares e inmensas amarguras.

Vestía una ropilla y calzas negras, aunque con ese colorcillo amarillento que delata el mucho uso y el no menor roce, y sus luengos cabellos los cubría un fieltro de forma algo indefinible y recubierto en más de una parte por reluciente capa de grasa.

El primero de los dos hombres, o sea el de aspecto rufianesco, era un perdonavidas conocido por todos con el nombre de Puñiferro, a causa de su terrible fuerza, y el segundo era Tristán el Sepulturero, de la villa de... (el nombre no importa), y el cual es el héroe de la presente narración.

En el momento que comenzamos esta, los dos hombres ocupábanse en vaciar un descomunal jarro de vino, sin que la menor palabra saliese de sus labios.

Puñiferro de vez en cuando miraba a su compañero como esperando que este le dirigiera la palabra, mas viendo que no lograba su deseo, se entretenía golpeando con los dos dedos sobre la mesa el acompañamiento de una marcha guerrera.

—¡Por los cuernos del diablo! —gritó de pronto el valentón—. ¿Sabes, camarada Tristán, que tienes un vino bastante triste?

El aludido, al escuchar esto, levantó su cabeza, y después de contemplar algunos instantes al rufián, murmuró:

—Mis pensamientos me ponen triste, que no el vino.

—Hablas muy bien. Este vino es superior y hace el elogio del aprecio que nos profesa el buen tío Corneja. ¿Pero en qué piensas? Sepámoslo.

—Pienso en lo que soy y en lo que fui.

—Eres un sepulturero, oficio que es tan honrado como otro cualquiera. ¡Pues ahí es nada que digamos el que todos los vecinos de esta villa tengan que pasar necesariamente por tus manos y deberte el último favor!

—Por lo mismo todos me miran con repugnancia.

—Porque te temen, lo mismo que a mí. ¿No ves que los dos somos ayudantes de la muerte? Tú entierras y yo mato.

—Y pensar que no hace muchos años yo era...

—¿Qué eras tú? Un hidalgüejo de escueta bolsa, que se pasaba los días componiendo versos a su amada y las noches cantando al pie de sus rejas.

—Era un hombre estimado y respetado por todos cuantos me conocían, y que podía ostentar el linaje noble y honrado de mis antepasados.

—Y ahora eres un sepulturero que cuentas con la amistad de hombres de mi prosapia.

—¡Ah! Entonces vivía...

—Te comprendo. Entonces vivía *ella*; más claro, tu amada; más bien dicho, tu Laura. ¿Crees, acaso, que yo desconozco algunos detalles de tu antigua vida?

—¿Qué es lo que tú sabes?

—Muy poco. Solo ha llegado a mis oídos que tú amabas a una tal Laura; que esta se murió, y que tú, desde aquel día, para estar más cerca de ella, te hiciste sepulturero. Y a propósito: ¿esto último es verdad?

—Y tanto.

—Pues no veo el motivo de semejante disparate. ¿Cómo diablos has de estar cerca de ella, si tu Laura estará ya hecha polvo y perdida entre la tierra del cementerio?

Tristán, al escuchar esto, sonriose compasivamente y murmuró con acento firme casi al oído de Puñiferro:

—Ella me visita todas las noches.

—¡Ja, ja, ja! ¿Si creerás, amigo Tristán, que hablas con alguna vieja de esas que toman por verdad todo aquello que tiene algo de sobrenatural?

—Lo que te he dicho es cierto.

—No me basta con que tú lo asegures para creerlo.

—Pues acompáñame esta noche al cementerio y te convencerás.

—¿Quién, yo? ¡Bueno fuera! Ponme en este instante una docena de hombres ante mí, y no temblaré un instante; pero no me digas que en una noche de Ánimas como lo es esta te acompañe al cementerio; me espeluzno. Eso queda para ti, que eres amigo de los muertos, pues te deben el favor de enterrarlos; mientras que a mí, algunos de ellos, solo me conocen por la punta de mi espada.

—Pues entonces, déjame que te cuente mi historia, que solo conoces en muy pequeña parte, y en ese caso tal vez te convenzas.

—Eso es diferente. Cuenta cuanto quieras, que aquí estaré yo escuchándote hasta el día del Juicio.

—Pues disponte a oír, sin que te pisme mi relato.

—Tengo el corazón algo duro para que me espante nada. Pero ante todo rocíate la garganta y después empieza.

## II

El tío Corneja apareció en aquellos instantes en el umbral de una puertecita que comunicaba la taberna con los demás aposentos de la casa, armado de un colosal candil que colgó en la pared, y después de dar las buenas noches a sus dos parroquianos, fue a sentarse detrás del desvencijado mostradorcillo.

La luz, al difundirse por la estancia, bañó con sus rayos los rostros de Tristán y Puñiferro, que en aquellos instantes demostraban claramente el estado de sus ánimos.

El primero, con la mirada vaga y las cejas fruncidas, parecía recorrer con su imaginación el dilatado campo del pasado, mientras que el segundo aguardaba impasible que su amigo comenzase la relación.

Por fin, después de algunos momentos de silencio, Tristán sacudió su cabeza como para salir de aquel ensimismamiento, y comenzó a hablar de esta manera:

—Hace pocos años (como tú has dicho muy bien), era yo un hidalgo de bolsa escueta, aunque de preclaro linaje, y muy bien podía considerarme como el hombre más feliz del mundo.

Laura, la joven más hermosa de la villa, me amaba tanto como yo a ella (y eso que mi amor bien podía colocarse entre las más celebradas pasiones), y por mí, solamente por mí, desdeñaba a los numerosos adoradores que sin tregua la asediaban con declaraciones, billetes y serenatas.

Ahora te relataría a grandes rasgos la felicidad de que entonces gozaba, si no fuera porque a ti te es por completo indiferente cuanto podría decirte.

Aquellas entrevistas amorosas al través de sus rejas y a la luz de blanca luna, aquellos suspiros apasionados, aquellos crujientes besos; todo, todo lo oirías de mi boca si no fuera porque eres un hombre incapaz de comprender otras cosas que no sean pependencias y villanías.

No te formalices, Puñiferro. ¿A qué tales gestos si sabes que los dos nos conocemos?

Como te he dicho antes, ninguno de los detalles de aquella época feliz te interesan, ni es fácil que los comprendas, y, por lo tanto, te hago gracia de ellos.

¿Te imaginas tú el cielo cayendo en estos instantes sobre nosotros? ¿Comprendes tú el aire convirtiéndose en fuego y los ríos llameando como lava hirviendo envolviéndonos en sus ondas? ¿Comprendes tú el punzante frío transformándonos en estatuas de hielo? Pues todas estas impresiones fueron las que yo sucesivamente sentí el día en que supe que Laura, mi adorada Laura, acababa de morir.

Cuando recuerdo aquel fatal instante, todavía parece que se reproduzcan en mi alma.

Muerta, ¡Dios mío!, muerta cuando yo soñaba en un porvenir radiante de felicidad, cuando en ella solo consistía mi dicha, cuando ella era todo mi encanto y yo solo vivía para ella.

Al suceder tales cosas, se duda de Dios, de ese Dios que en algunas ocasiones se muestra tan injusto y desalmado. Pero... ¿qué es lo que digo? Los dolorosos recuerdos, al agolparse en mi mente, me hacen proferir palabras de que me arrepiento y de las cuales es autora mi desesperación.

—¡Alto! —dijo al llegar aquí Puñiferro con acento sentencioso—. No te exasperes. La vida es corta y es preciso marcharse al otro mundo con el mayor bagaje de alegrías posible. Bebe hasta que quede vacío el jarro, y después continúa.

Tristán cumplió el consejo del valentón, y luego dijo un poco más calmado:

—Todavía parece que veo a mi Laura tal como estaba antes que la llevaran a enterrar. Sus ojos, aquellos ojos en el fondo de los cuales tantas veces había visto reproducida mi imagen, estaban velados por las sombras de la muerte, y el color carmesí de sus labios había huido para siempre. Su pálida frente ostentaba una corona de blancas rosas, y su cuerpo estaba envuelto en albas vestiduras. ¡Dios mío! ¡Cuán hermosa estaba aun después de muerta! Vestida de esta manera es como se me aparece todas las noches.

Al oír esto, Puñiferro sonriose incrédulamente y fue a hablar, pero el Sepulturero le atajó diciéndole:

—No te rías. ¿Qué motivos tienes para dudar de mis palabras? Sigue escuchando y te convencerás. Laura murió, como ya sabes, dejándome en el mayor desconsuelo. A pesar de todo, tuve el valor de acompañar su féretro al cementerio y contemplé impasible, en apariencia, a la luz del vespertino crepúsculo, cómo mi antecesor en el oficio bajaba a la tumba a mi amada. En aquellos instantes, el sucio enterrador parecióme el ser más repugnante del mundo. Aquel hombre cantaba indiferente mientras enterraba mis esperanzas e ilusiones.

¿Quién me hubiera dicho a mí que pasado algún tiempo tenía que hacer lo mismo, y por lo tanto ser odioso a los ojos de los demás? Cuando salí del cementerio puede decirse que traspasé la valla divisoria de dos diferentes partes de mi existencia. Desde aquel día busqué el olvido, o más bien dicho, la muerte de mi alma en el juego, los placeres y las pendencias, y al poco tiempo me convertí en el hombre más depravado que escandalizaba la villa con sus actos. Entonces fue cuando te conocí a ti y a otros muchos, poco más o menos de tu categoría. Pasó bastante tiempo sin que volviese por el cementerio, en el cual dormía mi Laura el sueño de la muerte. Cuando de vez en cuando asaltaba su recuerdo mi memoria, lo ahogaba en el fondo de las botellas, y seguía impertérrito el camino de la disipación. Pero llegó un día en que el exiguo caudal que tenía de mis padres se agotó, y entonces vacilé ante el porvenir. Afortunadamente aquel día pasé por la puerta del cementerio, y al verle entreabierto penetré en él. Allí, y junto a una de las tapias, recubiertos sus brazos por verdes enredaderas, levantábase una cruz de piedra, en la cual se leía el nombre de mi amada. A la vista de aquel rústico sepulcro agolpáronse en mi alma los recuerdos de otras épocas, sentí que una ola de fuego subía hasta mis ojos y regué con mis lágrimas la tierra que envolvía los despojos de mi amada. Al llorar sentí un goce inexplicable, una sensación extraña, debida no sé si al desahogo de mi alma o al encontrarme cerca de mi Laura.

En aquel momento hubiera yo querido morir para poder descansar eternamente junto al sitio que ocupaba el cuerpo de mi antiguo amor. En aquel lugar me

sentía yo feliz.

El cielo pareció oír mis súplicas, y favoreció mis deseos, aunque no por completo, proporcionándome un medio de permanecer en el cementerio como formando parte integrante de él.

Aquel maldito viejo que, como antes te he dicho, cantaba al dar sepultura a mi Laura, acababa de morir, y fácil me fue el lograr el vacante empleo de enterrador.

El pueblo todo se escandalizó al ver que un hidalgo de mi clase abrazaba tan despreciativa profesión, y no faltó quien dijo que más valía acabar en sepulturero que en racimo de horca.

Pero yo callé ante tantas murmuraciones, y con mi azadón al hombro y el alma llena de una melancolía no exenta de placer, me puse en camino del cementerio, ansioso de recostarme junto a la tumba de Laura y contemplar la tierra que cubría sus huesos.

Todavía recuerdo, hasta en sus menores detalles, el día, o más bien dicho, la noche (pues el sol acababa de desaparecer), en que comencé mis funciones.

En el espacio se disipaban los últimos rayos de luz; sobre el azulado cielo comenzaban a brillar algunas estrellas en derredor del brillante lucero de la tarde, y allá por el Oriente iba apareciendo poco a poco una luna de color sanguinolento y descomunal tamaño.

Los fúnebres cipreses agitaban sus altas copas a impulsos del viento, produciendo una armonía lúgubre propia de un cementerio, y en todo este comenzaba a reinar esa atmósfera indescriptible que siempre circunda lo sobrenatural.

La gótica iglesia, a la cual está adosada el cementerio, parecía proteger a este con su inmensa mole, y su elevado campanario comenzaba a proyectar su sombra sobre el suelo sembrado de fosas abiertas, blancas tumbas y negruzcas cruces.

Al entrar arrojé mi azadón en el suelo y fui a colocarme junto a la tumba de Laura en el mismo instante que en el campanario de la iglesia sonaba dulce y melancólico el toque del avemaría.

No sé si la hora o el lugar, o los sonidos de la campana, influyeron en mi alma; lo cierto es que en aquel momento vi pasar ante mi memoria mi borrascosa vida, y me arrepentí de mis escándalos, de mis vilezas y de las estocadas que en más de una ocasión había dado a mis compañeros.

—¡Por los cuernos del diablo! —gritó Puñiferro al llegar a este punto—. ¿Sabes, compadre Tristán, que eso que cuentas es muy digno de oírse? ¿Tú arrepentido? ¡Ja, ja, ja! Prosigue, hombre, que te escucho con mucho gusto. Así como así sabes contar las cosas tan por sus pelos y señales, que da placer oírte.

—Tú eres un miserable incapaz de comprender la mayor parte de mi relato;

pero no importa: a pesar de todo, sigue escuchando. No sé cuánto tiempo permanecí contemplando internamente aquella revista retrospectiva de mi vida; lo que sí puedo decirte es que, cuando volví en mí, la noche había comenzado a reinar, y la luna reflejaba sus rayos en la alta veleta del campanario.

Cuando por las noches has cruzado tú algún bosque, ¿no has creído ver surgir (tal vez a influjos del astro de la noche) de entre los troncos de los árboles, un confuso tropel de blancas sombras tan indefinibles como delirios?

Pues así vi yo brotar sobre la tumba de Laura una sombra no indefinible, sino igual en rostro y figura a mi amada, y de la cual emanaban unos efluvios que me embriagaban.

Febil y delirante, tendí los brazos hacia ella; pero solo encontré el espacio y el convencimiento de lo intangible de aquellas divinas formas que parecían huir de mis caricias.

Como las inimitables melodías del ruiseñor, como el dulce susurro de las aguas, así sonaron en mi oído un sinnúmero de frases que, saliendo de aquella boca, repercutían en mi corazón para perderse en mi memoria.

¿Qué me decía? No lo sé. Lo que solamente puedo decirte es que todos los placeres de la tierra no podían darme juntos tanta felicidad como aquellas palabras que en fantástica cadencia sonaban junto a mi oído, vagas y sin expresión.

Y tanta era mi dicha y tanto lo que gocé escuchando aquella voz, que las horas transcurrieron tan rápidas, que cuando apenas creía pasados algunos momentos, vi que el horizonte comenzaba a teñirse con la blanca luz de la aurora, cuyos rayos disiparon la fantástica figura de Laura.

Desde entonces que ninguna noche dejé de ir al cementerio, y para evitar murmuraciones contesté a todos cuantos me preguntaron, diciendo que me acostaba en un ataúd vacío bajo el cobertizo que hay sobre la puerta a la parte interior.

Aquella mansión de la muerte es el palacio de mi dicha.

Allí gozo del amor de mi adorada que se sustrae solamente por mí de los brazos de la muerte que tan traidoramente me la robó.

Hace ya dos años que todas las noches acudo puntualmente al cementerio, y allí pasan para mí las horas entregado a un placer sobrenatural e inexplicable, que cada vez rompe más los vínculos que me unen a esta tierra.

—¿Y esta noche por qué te estás aquí en la taberna y no acudes a la cita de tu hermosa difunta? —dijo Puñiferro.

—¡Oh! Esta noche es muy diferente a las otras. Es la de las Ánimas.

—¡Bien! ¿Y qué le importa eso a un hombre que, como tú, pasa tan tranquilo las noches en el cementerio?



—Esta es muy diferente. En noches como esta, cuando el reloj de la iglesia da las nueve, todos los muertos abandonan sus tumbas y se desparraman por el pueblo hasta las doce, hora en que vuelven a tenderse sobre la tierra.

—¿Y has visto tú eso alguna vez?

—Sí, hace dos años acudí, como siempre, al cementerio, sin pensar que era noche de las Ánimas, y vi cómo la tierra se abría por cien lados, y los muertos, envueltos en blancos sudarios, salían de sus tumbas y se alejaban de mí con paso reposado.

—¿Y no te dijeron nada?

—Nada; pero te aseguro que a pesar de que mi continuo trato con ellos me ha curado de espanto, no me quedaron muchas ganas de volver al cementerio en tal noche.

—¡Bah! Compadre Tristán, estás borracho como una cuba y pretendes hacerme creer todas las mentiras que ahora acuden a tu magín.

—¿No crees acaso lo que te digo?

—No. Tus nocturnos amoríos con Laura son una cosa que no puedo creer, ni tampoco que hayas visto a los muertos salir del cementerio en noches como esta.

—¿Entonces por qué temes el venirte allí conmigo?

—Eso yo me lo sé.

—Y yo también. Porque tú no tienes ese valor frío que yo poseo; porque tú solo sabes andar a estocadas con vivos, y no te crees capaz de pasar una noche con los muertos.

—Ni tú tampoco esta noche.

—Acompáñame y verás.

—¡Por Cristo! Eso es tentar al diablo.

—Ya se cumple lo que acabo de decirte. Eres cobarde ante las cosas del otro mundo.

—¡Yo cobarde! ¿Sabes lo que has dicho? ¡Yo cobarde! ¡Eh! Tío Corneja, tabernero del demonio, traednos al instante un jarro de vino; el más grande que tengáis.

Momentos después, el panzudo tabernero dejaba sobre la mesa un jarro más que regular, cuyo contenido redujo a la mitad Puñiferro con un par de tragos.

—Bebe tú ahora, Tristán —añadió el valentón—. Bebe pronto y vámonos al cementerio. Quiero demostrarte que a un hombre como yo no se le llama tan impunemente cobarde.

—¿Estás dispuesto a acompañarme?... —preguntó Tristán con extrañeza.

—Sí, ¡fuego de Dios! Te acompañaré hasta el infierno para que te convenzas de mi valor.

—Pues en marcha —dijo el sepulturero después de dar cuenta del resto del jarro.

Y a los pocos momentos los dos compadres, apoyándose el uno en el brazo del otro, salieron de la taberna con no muy firme paso, al mismo tiempo que el tío Corneja murmuraba:

—¡Valiente borrachera llevan los mocitos! Que el diablo cargue con ellos y los guíe camino del infierno para descanso mío y de la villa entera. Pero preparémonos a cerrar, que esta noche no es como las otras, y anda cada cosa por esas calles capaz de asustar al mismo miedo. Así como así la taberna está desierta.

Momentos después el tabernero cerraba la puerta de su establecimiento, y el callejón en que este estaba situado quedaba tan oscuro como solitario y silencioso.

### III

A la mañana siguiente aparecieron en el cementerio los cadáveres de Tristán el Sepulturero y su compadre Puñiferro.

Ni la más leve herida se notaba en sus cuerpos, y bien se dejaba ver que su muerte no era debida a mano humana.

Todos los habitantes de la villa sintieron interés por dar en la clave de aquel misterio, y no faltaron viejas devotas que fueron de puerta en puerta buscando deseadas noticias.

Pero el único que pudo darlas un poco satisfactorias para los curiosos fue un tal Lechucillo, acólito sagaz y apicarado, que tenía su dormitorio en un cuchitril abierto en los muros del campanario.

El rapavelas declaró que al dar la medianoche había visto en el cementerio, a través del tragaluz de su tugurio, un espectáculo que le heló la sangre de espanto.

Todos los muertos, envueltos con sus blancos sudarios y cogidos de los haces de huesecillos que componían sus manos, formaban un gran círculo, agitándose sin parar y dando furiosos saltos que hacían crujir las juntas de sus tibias.

En el centro del círculo vio también el acólito, a pesar de la oscuridad, a Tristán y a Puñiferro que estaban próximos a desvanecerse por el aturdimiento que les causaba aquella danza macabra, si bien el valentón esgrimía furiosamente su tizona contra el escuadrón de sobrenaturales seres, aunque sin resultado alguno.

Esta fue la relación del llamado Lechucillo y que todos acogieron como verdadera, juzgándola como muy digna de ser contada en las noches de invierno.

A Tristán, por una casualidad, lo mismo que al valentón, los enterraron junto

a la tumba de Laura.

El sepulturero que sucedió en el cargo al infortunado amante no vio nunca que la hermosa muerta saliese de la tierra, a pesar de que en más de una ocasión quedose a dormir en el cementerio.

Bueno será advertir que al nuevo enterrador le gustaba (cosa rara) poco el vino, y por lo tanto no era asiduo parroquiano del tío Corneja.



—Aguardad, señor. Voy a verlo yo mismo.

Y Ruy ya se disponía a salir de la estancia, cuando en la puerta de esta apareció un garzón, que inclinándose, murmuró:

—Señor, vengo a daros una noticia.

—¿Qué es ello, mancebo?

—Hace poco rato ha llegado al castillo un viejo haraposo y casi ciego, que a juzgar por su ciencia debe ser pariente del diablo o cosa parecida. Ahora mismo está en la plaza de armas adivinando lo pasado y lo futuro a algunos de vuestros ballesteros, que están maravillados al ver la facilidad con que les relata muchos de los sucesos más importantes de sus vidas. ¿Qué hacemos, señor, le arrojamos fuera de la poterna o le damos hospitalidad?

—Traédmelo aquí al instante. Así como así comenzaba a cansarme de escuchar la lectura de Ruy, y esto me servirá de distracción.

El servidor, al escuchar esta orden, desapareció de la puerta, y pasado un largo rato volvió a entrar en la estancia seguido de otro hombre, que al andar se apoyaba en un nudoso palo.

Era un viejo de luenga melena blanca, cuyos ojos tenían esa mirada vaga y sin luz que caracteriza a los ciegos, y cuyo cuerpo estaba cubierto de un haraposo traje que desdecía del rico cinturón, adornado con los signos del zodiaco, que ceñía su talle.

—Avanzad, buen viejo –dijo don Suero al verle.

Y el viejo avanzó pausadamente, orientándose con su palo por entre el confuso laberinto que formaban los muebles esparcidos por el salón, hasta llegar junto al señor del castillo.

En aquel mismo instante, silenciosamente apareció en el umbral de la estancia un numeroso grupo de ballesteros, escuderos y demás gente del castillo, que aunque coartados por la presencia del señor, pusiéronse a contemplar el grupo que ofrecían don Suero el Viejo, María y Ruy y a relamerse con la esperanza de una próxima escena.

—Dicen mis servidores –exclamó el castellano con acento ligeramente incrédulo– que adivinas el pasado y el porvenir.

—Señor –contestó el viejo–, con la ayuda de Dios el alma humana no tiene secretos para mí. Yo veo todo lo que hay en ella.

—Y sin embargo no puedes verme a mí en este instante, pues creo que ante tu mirada hay una eterna noche.

—Pero, sin embargo, puedo ver claramente en vuestra alma.

—¿Quieres levantar mi horóscopo?

—Como gustéis. Pero antes haced salir a la gente extraña.  
Don Suero, al oír esto, hizo una señal a sus servidores para que despejaran la estancia, siendo inmediatamente obedecido.

## II

Así que quedaron solos los cuatro, el viejo dijo con acento firme:

—Aquí falta luz, la verdadera luz. Mandad que descorran los cortinajes.

El señor de Altamonte se quedó poco menos que pasmado al escuchar esto, y con sus propias manos ejecutó el mandato del adivino.

Entonces los rayos del sol penetraron en tropel en la estancia, y el viejo murmuró:

—Eso es lo que deseo. La esencia verdadera de la naturaleza envolviéndoos con sus fulgores, el espíritu del Todopoderoso alumbrándonos con sus rayos.

Los dos niños escucharon estas palabras con ignorante admiración, y don Suero dijo algo impaciente:

—Comienza. Estoy dispuesto a oírte.

—Permitid, señor, que coloque mi mano sobre vuestra cabeza.

—¿Sobre mi cabeza? —contestó con repugnancia el castellano, a quien por su desmedida altanería no le venía muy bien que le tocara un viejo harapos.

—Sin eso, yo no puedo hacer nada.

—Haz lo que quieras.

El viejo entonces colocó su húmeda mano sobre la cabeza de don Suero, el cual, sentándose en un alto sitial, aguardó con impaciencia la predicción del adivino.

Los rayos de sol que penetraban por la ventana envolvían por igual con sus doradas ondas al castellano y al miserable viejo, y en la sombra destacábanse las dos lindas cabezas de María y Ruy, que con curiosidad creciente contemplaban aquella escena incomprensible para ellos.

—¿De qué deseáis que os hable, señor? —preguntó el viejo—. ¿Del pasado o del porvenir?

—Háblame de lo pasado y así me convenceré de la verdad que encierra tu ciencia.

—A ello voy, señor.

Durante algunos instantes reinó un profundo silencio en la estancia, y poco después el adivino, con una voz impropia de sus años, y en la que se notaba cierto acento imponente, comenzó a decir así:

—El episodio más importante de vuestro pasado sucedió aquí en este mismo salón. En una noche negra como la muerte, y cuando la campana del castillo anunció la medianoche, vos visteis escondido en el hueco de esta misma ventana un espectáculo que afirmó los desgarradores celos que hacía tiempo sentíais en vuestra alma.

Visteis cómo el muro se desgarraba para enseñar ante vuestros ojos una ignorada puerta, cómo por ella penetraba un hombre, y cómo estrechaba entre sus brazos a doña Luz, vuestra esposa, que mucho tiempo antes le esperaba en el centro de la estancia, bien ajena de que su esposo la acechaba.

—¡Oh!, calla, maldito viejo —interrumpió don Suero—. Debes ser el diablo, o por lo menos su amigo o deudo, cuando sabes cosas que ignoran todos, a excepción de Dios y yo.

El adivino, sin hacer gran caso de las palabras del castellano, continuó diciendo:

—Al llegar a este punto veo ante mis ojos un charco de sangre, y revolcándose en él los cuerpos de vuestra esposa y de don Diego de Atares, vuestro mortal enemigo. Os veo además a vos mismo empuñando en la diestra el hierro ensangrentado y sonriendo con la ferocidad de la venganza satisfecha.

—Calla, miserable, calla —volvió a gritar el caballero—. No recrudezcas en mi memoria tan terribles recuerdos.

—Concluyo, señor. Y como complemento del cuadro, veo una puerta secreta cerrada para siempre, como si alguien temiera que por ella se escapase la honra, y dos cadáveres descansando en el fondo del torrente que se despeña al pie del castillo.

—A él hubieras ido a parar —murmuró ferozmente don Suero— si antes no hubieras terminado tu relación.

—He cumplido vuestro mandato tal como deseabais, y creo no haberos dicho nada que no sea verdad.

Tras estas palabras hubo una larga pausa, que don Suero interrumpió diciendo:

—¿Y es gracias a tu ciencia por lo que sabes todo eso mismo que acabas de relatar?

—Sí; gracias a mi ciencia, o más bien dicho, a la de Dios. Mediante ella sé en estos instantes una cosa que ignoráis.

—Habla, ¡por Lucifer!

—Pues bien: existe en el mundo un ser, hijo del adulterio de vuestra esposa.

—Imposible. A ser eso verdad, ese ser habría desaparecido al dar yo muerte a

su madre.

—Os engañáis. El resultado de los infamantes amores de vuestra esposa fue un niño que nació algunos meses antes de que vos la dieseis muerte, o sea cuando estabais guerreando con los moros fronterizos.

—¿Y ese niño, ese niño dónde está? Quiero saberlo para saciar en él mi venganza, que en estos instantes vuelve a reproducirse en mi pecho. Quiero exterminarle para que con él desaparezca el último vestigio de mi deshonra. Habla pronto, miserable, dime lo que deseo, o de lo contrario no respondo de mí mismo.

—Imposible, señor —contestó el viejo con gran calma—; mi ciencia se niega a ello.

—¿Y por qué esa negativa?

—Porque la fatalidad, para cumplir su obra, está interesada en que vos desconozcáis al que ahora es invisible objeto de vuestras iras.

—¿Y qué tengo que ver con la fatalidad?

—Mucho, señor. Ella es la encargada de castigar vuestro crimen.

—¿Y qué crimen es el mío?

—Disteis muerte a vuestra esposa.

—Fue para lavar mi honor ultrajado.

—Dios no quiere honras vindicadas con sangre.

—¿Y también se opone tu ciencia a que yo sepa lo que la fatalidad dispone de mí? —preguntó con acento terrible don Suero.

—No; y en prueba de ello voy a cumplir al instante vuestro deseo. Pero antes escuchad lo único que puedo deciros respecto al hijo de vuestra esposa. El anillo nupcial de esta lo lleva el niño pendiente del cuello. Por este detalle tal vez venga día que le reconoceréis, y entonces comenzará a obrar la fatalidad.

Estas palabras las dijo el mago tan al oído del castellano, que apenas si resonó la menor sílaba en el ámbito de la estancia.

—Pues ya cumpliré en aquel día mis deseos. Pero esa fatalidad, la obra de esa fatalidad es lo que deseo saber, hechicero de Barrabás.

—Mirad a esa niña que tenéis junto a vos.

—Es mi hija, es mi María.

—Pues bien, vuestra hija morirá a vuestras manos de la misma manera que su madre.

De ninguna manera puede describirse la expresión que al escuchar esto presentó el rostro de don Suero.

—¡Cómo, miserable! —gritó con furor y levantándose de tal manera que el sitial se vino al suelo con gran estrépito—. ¡Cómo, infame! ¿Sabes lo que acabas de



decir? ¿Mi María morir a mis manos? Esas palabras merecen el castigo terrible que te daré.

Y al decir esto el castellano, con la mirada extraviada y rechinando los dientes con furor, fuese sobre el viejo adivino, y agarrándole por la cintura con hercúleo empuje, le llevó hasta la ojiva, arrojándole en el espacio.

Chocando contra las agudas peñas y volteando en el aire, bajó el cuerpo del mago monte abajo hasta caer junto al torrente que bullía al pie de la fortaleza.

Momentos después, algunos servidores de don Suero y no pocos villanos de los alrededores rodeaban al infortunado viejo, cuyo cuerpo, completamente destrozado, se agitaba con las convulsiones de la agonía.

Los más cercanos a él pudieron escuchar cómo contemplando el castillo, cuyos negruzcos muros coloraba el sol poniente, murmuraba:

—¡Miserable don Suero! No creas que con mi muerte acabas con la fatalidad que un día se cebará en ti. Ahora será mayor tu castigo. A pesar de tus vanos esfuerzos, mi predicción se cumplirá, y tus manos se bañarán en la sangre de tu hija.

### III

Si la vida es corta, como siempre se ha asegurado, natural y necesario es que los años transcurran con una velocidad que es la desesperación del hombre en muchas ocasiones.

Esto fue lo que sucedió a don Suero, que sin notarlo encontrose con la cabeza llena de canas y con que su hija María era la doncella más hermosa de Castilla.

La trompeta de la fama sonaba incesantemente en loor de la bella joven, y la verdad era que lo merecía.

Rara era la noche en que no sonaba algún laúd junto a los fosos del castillo, y en que no se oía entonar por una voz varonil un romance en honor de María.

Pero el astuto don Suero no debía de gozar con tales serenatas, por cuanto dio orden a los atalayas que velaban sobre la poterna, para que la emprendiesen a ballestazos con los nocturnos trovadores.

El remedio fue eficaz, pues desde aquel día cesaron todas aquellas demostraciones amorosas sin que María lo sintiese en lo más mínimo, pues ella hacía ya algún tiempo que amaba al paje Ruy, el compañero de su infancia, el cual se había convertido en un apuesto mancebo, tan hábil en tañer toda clase de instrumentos como en manejar las más pesadas armas.

Ruy, al crecer, había aumentado en hermosura, y sus guedejas rubias forma-

ban el encanto de todas las villanas de los alrededores, que nunca le miraban con malos ojos.

El amor inmenso que profesaba a María le hacía salir con honor en todas cuantas empresas acometía.

Más de una vez retó a los errantes trovadores que llegaban al castillo a poéticas y justas en las que salió vencedor, y en la plaza de armas del castillo hacía morder el polvo a los escuderos más bravos y encanecidos en los combates, que se atrevían a luchar con él.

Hermoso, discreto y valiente, con tales condiciones no era extraño que fuese amado por una joven tan bella como María.

Y por cierto que el amor de los dos jóvenes no era una de esas pasiones vulgares, pues se querían con todo el ardimiento natural en los célebres amantes que han asombrado al mundo.

Aunque los dos desconfiaban de que don Suero se prestase ni aun remotamente a su unión, seguían amándose cada vez más, abrigando la esperanza que siempre presta lo futuro.

Veamos, pues, si Ruy y María lograron realizar sus deseos.

#### IV

La gran campana del castillo acababa de anunciar la segunda vigilia de la noche, cuando don Suero de Altamonte, sentado en un sitial de su cámara (severa estancia adornada con toda clase de armas y trofeos guerreros), se entretenía en contemplar a través de las abiertas ventanas las miles de estrellas que chispeaban en un cielo oscuro.

Largo rato hacía que el malhumorado caballero estaba ocupado en tal contemplación, cuando en el hueco de la puerta apareció un hombre de rostro acuchillado y aspecto feroz, que por la fuerte armadura que vestía y las insignias que ostentaba en su sobrevesta demostraba ser el escudero mayor del de Altamonte, o sea el hombre de su confianza.

Al ruido que al andar producía la armadura, don Suero volvió la cabeza e hizo un gesto de satisfacción al ver quién era el recién llegado

—¿Qué buscas, mi buen Diego? —preguntó el señor.

—Vengo a hablaros de algunas cosas que os importan mucho —contestó el escudero con voz bronca.

—En verdad que noto en tu rostro bastante alteración.

—Y tanta, señor; las noticias que tengo que daros son más que importantes.

—¡Por el diablo! Habla, que me tienes bastante impaciente.

—Se trata, señor, de vuestra hija.

—¿De mi María? Celebro que me digas algo de ella, pues hace ya bastante tiempo que la encuentro pensativa y melancólica a todas horas. Pero siéntate, si es que tu relación es larga.

—Señor... ¿en vuestra presencia?

—Sí, te lo permito. Ve diciendo, que te escucho.

—Señor: bien sabéis que yo, nacido para dar y recibir cuchilladas y reveses y...

—Está bien. Pero déjate de preámbulos.

—Pues yo, a pesar de mi carácter, me he dedicado hoy a hacer el papel de paje cortesano solo en obsequio vuestro. De este modo, pues, espiondo y acechando continuamente, he logrado saber una cosa que vos ignoráis, y con vos todos los que habitamos el castillo. Vuestra hija ama y es amada por el paje Ruy.

—¡Vive Cristo! Diego, ¿estás seguro de lo que dices?

—Sí, mi señor. Yo mismo los he visto hablar largas horas, y con el acento más enamorado decirse las mayores ternezas del mundo.

—¿Y cuándo sucede eso?

—Todas las noches a esta misma hora. Cuando la gente del castillo se retira a sus habitaciones, los dos amantes se reúnen en la gran cámara de honor que a estas horas está oscura y desierta. Allí los dos se juran amor eterno y pasan el tiempo en amoroso coloquio, hasta que la gran campana anuncia la medianoche, hora en que se separan hasta el otro día.

—¡Fuego de Dios!; que el tal pajecillo es osado al querer levantar los ojos hasta mi hija, que es solicitada por los más nobles mancebos de Castilla. Yo no digo que esta no le quiera un poco, porque, al fin y a la postre, los dos se han criado juntos; pero yo haré que esta menguada pasión desaparezca, obligando a Ruy a que parta mañana para siempre, no sin antes darle una reprimenda. ¡Cuernos de Belcebú!; pues apenas si es pretensión la de un jovenzuelo que no conoce a sus padres y que hace algunos años lo encontraron abandonado junto a la poterna de mi castillo. ¿Y has presenciado tú alguna vez sus galanteos?

—Anoche, sin ir más lejos, escondido en el hueco de una ojiva pude escuchar sus palabras. Vuestra hija no está tan poco enamorada como vos creéis del paje; antes al contrario, parece muy capaz de perder la vida y el alma por él. En cuando a este, le aseguraba a doña María que lograría de vos el que accedieseis a su matrimonio.

—¿Y en qué fundaba Ruy tan absurdo proyecto?

—En un anillo que dice poseer, y el cual lleva grabadas vuestras armas.  
—¡Eh!... ¿Qué dices?; no entiendo bien —rugió don Suero.  
—Dice que él sabe que este anillo le fue entregado por vuestra esposa siendo él muy pequeño y antes de que ella muriese como vos y yo sabemos, y cree que la tal joya encerrará algún misterio, mediante el cual logrará realizar sus deseos.

Al oír esto el de Altamonte, con la faz pálida y los ojos centelleantes, púsose rápidamente en pie y con una voz más parecida a bramido de tigre que a voz humana, gritó:

—¡Él!... El verdadero objeto de mi venganza que se presenta repentinamente ante mis manos cuando tantos años le tenía a mi lado. Gracias, maldito adivino a quien estrellé contra las peñas, gracias por tus palabras que me guían en estos instantes.

Y al decir esto don Suero, empujando a Diego, que temiendo que su señor hubiese perdido la razón parecía interponerse a su paso, salió de la estancia como un rayo.

## V

Como hombre conocedor de la parte interna del castillo, el furioso padre corrió sin tropezar ni perderse por el confuso dédalo de pasadizos, crujías y cámaras, que permanecían envueltas en la oscuridad, hasta que por fin llegó junto a la puerta de la gran cámara de honor.

Esta estaba alumbrada solamente por una pequeña lámpara de mano, que, descansando sobre una tallada mesa, luchaba en vano por disipar las espesas sombras que se agrupaban en los rincones, y de esta lucha nacía la oscuridad que en la estancia reinaba.

Cuando don Suero puso sus pies en los umbrales de la cámara, un espectáculo apareció ante sus ojos, que le hizo lanzar un grito de indignación.

María y el paje, estrechamente abrazados, se preparaban a separarse hasta el otro día, murmurando al oído apasionadas frases de despedida.

Al oír el grito dado por el castellano, los dos amantes se separaron, quedando inmóviles de terror al ver aparecer ante sí la imponente figura de don Suero, que en aquellos instantes parecía ser la verdadera personificación de la ira.

—¡Ah, miserables! —rugió el de Altamonte después de algunos instantes de silencio—. Sabéis muy bien aprovechar los momentos en que toda la gente del castillo descansa para entregaros a unos amores que desdoran mi encumbrado linaje. Y tú, miserable pajecillo, que a tan alto levantas tus miradas siendo hijo de la infamia

y del adulterio, aguarda, que no tardarás mucho en recibir lo que mereces por tu atrevimiento y la vileza de tu sangre.

Y al decir esto, don Suero desenvainó su largo puñal y rápidamente se arrojó sobre el grupo que formaban los dos jóvenes, los cuales le habían escuchado inmóviles y como aterrados.

—¡Padre, padre mío!, perdón para Ruy —gritó María con acento suplicante.

Y al gritar, extendió con desesperación sus manos, que chocando con la lámpara la derribaron, dejando envuelta la cámara en la más profunda oscuridad.

No por esto el padre permaneció quieto; antes al contrario, su puñal brilló en las negras tinieblas y se oyó un agudo grito de agonía.

En aquel instante una claridad rojiza dibujose en la puerta, y momentos después apareció en esta Diego el escudero, empuñando una antorcha y seguido por un sinnúmero de servidores del castillo.

La luz se extendió por el salón, y entonces todos vieron a don Suero erguido en el centro de él con la mirada delirante, el cabello erizado y empuñando un puñal tinto en humeante sangre, contemplar el cadáver que tenía a sus pies, mientras gritaba de una manera indescriptible:

—¡Te has vengado, miserable adivino! Como tú aseguraste, la fatalidad ha cumplido su misión a pesar de la muerte que te di. ¡Maldito seas, miserable mago, y maldita tu predicción!

El cadáver que yacía tendido a los pies de don Suero era el de María.

## VI

Ruy, aprovechando la oscuridad, causa principal de la muerte de su amada, escapó por aquella puerta secreta que se abría en una de las paredes de la cámara, y por la cual se comunicaba en otros tiempos con su amante, la esposa de don Suero.

Nadie volvió a saber más de él y todos supusieron que había encontrado la muerte batallando en la frontera.

En cuanto al señor de Altamonte, ninguno supo mejor en qué paró que Diego el escudero.

Este pasó desde aquella noche todo el resto de su vida ocupado en cuidar a un hombre que con los ojos animados por la fiebre y las ropas destrozadas, unas veces llorando y otras lanzando horripilantes e interminables carcajadas, corría a todas horas por las diferentes partes del castillo.

## FÁTIMAH

### I

EL VALIENTE adalid de la frontera aragonesa, *el terror de los rumíes*<sup>11</sup>, como sus soldados lo apellidaban, el valí de Yahia, rey de Valencia, Sidi Aben-Faraje, agitábase en su lecho de pieles de tigre una noche de invierno, clara y fría, sin lograr que la hada de la noche le cerrase los ojos y le abismara en las sombras del sueño.

En vano intentaba el valí dormirse, pues por más esfuerzos que hacía para lograrlo, los mil ruidos propios de la noche, junto con el bramar del torrente que al pie del castillo se despeñaba y los gritos de los centinelas, que vigilantes se paseaban por entre las almenas, eran suficientes para tenerlo en continuo insomnio.

Aben-Faraje quería dormir a toda costa, más que para descansar, para ver otra vez aquella hermosísima visión que todas las noches se le aparecía en ensueños, y por lograr tal deseo, con todo el fervor de su fanatismo oriental murmuraba invocaciones a la hada de la noche para que viniera en su auxilio, al mismo tiempo que distraídamente miraba a los ajimeces como si aguardara ver entrar por uno de ellos envuelta en luz, y vaga y vaporosa como una sombra, la divinidad a la que evocaba. Pero todo era en vano, porque la hada parecía sorda a sus ruegos.

A la vista del ardiente deseo del valí ocurría preguntar qué era lo que en sueños contemplaba que de tal modo se apoderaba de su voluntad. Porque Aben-Faraje, en punto a afectos, era extraño a todo aquello que no fuera la destrucción y el combate.

El valí era ya algo viejo, aunque fuerte y robusto, y cuando montado en su negro caballo y empuñando la fuerte azagaya de dos filos se lanzaba al combate, semejaba el tétrico arcángel Azrael<sup>12</sup>, sembrando la destrucción por todas partes.

Si alguna cosa había deseado de joven, era tener armas brillantes y veloces caballos como los que él veía que poseían los nobles; mas cuando después, gracias a su valor, ocupó un alto puesto, su único deseo quedó satisfecho con creces, y de aquí que fuera un hombre completamente indiferente ante los bienes mundanos y sin otra aspiración que la de lograr, al morir, una de las huríes que encierra el quinto cielo, para lo cual eran título suficiente los muchos cristianos que su espada había inmolado.

Aben-Faraje no era un apuesto guerrero; antes al contrario, su figura no podía

---

<sup>11</sup> Cristianos.

<sup>12</sup> «El arcángel de la Muerte» (*N. del A.*).

ser más repulsiva, pues aunque fornido y de atlética estatura, tenía el rostro de color cetrino y sucio, y cruzado por una ancha cicatriz, obra de una espada cristiana.

Era de humilde familia, y solo al heroico valor que desplegó defendiendo al rey Yahia en las revueltas que precedieron su subida al trono, debió el ser elevado a la alta categoría de valí.

Muy pronto conoció el rey que no cuadraba al carácter de Aben-Faraje el permanecer en la corte de Valencia, que en lujo y ostentación igualaba por entonces a la de Córdoba, por lo que colmándolo de grandes mercedes lo envió a la frontera de Aragón como adalid<sup>13</sup>, dándole un buen número de castillos roqueros contruidos en los picos de las montañas, con los cuales podía impedir las continuas algaradas que los cristianos hacían en tierras de Valencia.

En una hermosa cámara de uno de estos castillos es, pues, donde principia el desarrollo de la presente narración; cámara amueblada con toda la fantasía del gusto oriental, con su piso alicatado, sus paredes rojas y verdes con caprichosos dibujos dorados, su techo de rica ensambladura con incrustaciones de nácar y ébano, su artesonado lleno de delicadas filigranas y sus rincones cubiertos por peteteros, divanes y alcatifas.

El genio guerrero del valí había puesto también su sello en aquella estancia, y pendientes de las paredes se veían armaduras, cascos, lanzas y espadas que reflejaban en su tersa y luciente superficie la tibia luz que una lámpara de plata, con borlas de seda roja, derramaba por la habitación.

Aben-Faraje, mientras en vano pretendía dormir, contemplaba distraídamente todos los detalles de la cámara y pensaba en la bella visión de sus ensueños, que era una doncella de rara hermosura, con sus ojos negros y de mirada melancólica velados por sedosas pestañas, y sus luengos cabellos arrollados por el viento a un cuello blanco y puro como la espuma del mar.

El valí, recordando la hermosa aparición, agonizaba con el deseo del primer amor, pues jamás hasta entonces las mujeres habían merecido su atención, y ninguna de sus esclavas cristianas había logrado cautivar su corazón.

Contando la noche en que da principio esta narración, eran ya siete las que el valí soñaba con la blanca doncella, y siete también las que despertaba al cantar el gallo la medianoche, y en el mismo instante en que, frenético y tembloroso, iba a estampar un beso en la rosada boca de la gentil aparición.

Aben-Faraje, pensando en esta, y con el deseo de dormir, se revolvió repetidas veces en su lecho, hasta que, por fin, convenciéndose de la inutilidad de sus esfuer-

---

<sup>13</sup> «Título a que los cristianos dieron después el nombre de Adelantado» (*N. del A.*).

zos, se levantó murmurando:

—Alláh o Eblis hacen que yo sueñe estas cosas y al mismo tiempo no pueda dormir. ¡Alláh es grande! Conformémonos con su santa voluntad.

Y el valí púsose a pasear por la cámara, hasta que, por fin, se acercó a uno de los ajimeces, y abriendo las celosías se asomó.

El cielo estaba puro y sereno; ni una nubecilla empañaba la azulada bóveda, y millones de estrellas centelleando semejaban otros tantos ojos que contemplaban cómo la luna recorría pausadamente el espacio.

Allá, bajo del castillo, se veía la extensa llanura poblada de caseríos, que por obra de las continuas algaradas tan pronto eran de los alarbes como de los cristianos, y en último término las altas montañas que, como cadena de hierro, recorriendo sobre el iluminado horizonte sus faldas y negros picos cerraban el paisaje; al lado del castillo veíase el torrente que, rugiendo, caía por entre los peñascos para ser alumbrado por la luna y convertirse en ondulante raudal de plata, y destacándose sobre los pardos muros veíanse por entre las almenas las blancas figuras de los centinelas que, apoyados en sus ballestas, dormitaban al arrullo del torrente y del fresco vientecillo que después de gemir entre las ramas de los árboles venía a orear sus tostados rostros.

Aben-Faraje, apoyado en una de las dos columnitas de alabastro que ornaban los costados del ajimez y contemplando el hermoso paisaje, comenzó a entornar los ojos y a adormecerse mientras pensaba en la doncella de sus ensueños.

Mas de pronto se despertó sobresaltado, creyendo oír los gritos de alarma de los centinelas del castillo.

Y, en efecto, así era. El valí, comprendiendo el motivo de la alarma, miró a lo lejos y vio allá en las montañas algunos puntos luminosos que se apagaban y encendían rápidamente. Aquello eran las señales hechas por las torres atalayas para indicar que los cristianos habían hecho alguna algarada por aquellos contornos.

Apenas vio aquello Aben-Faraje, salió rápidamente de la cámara, atravesó los abovedados corredores del castillo, llegó a la plaza de armas, en donde dispuso todo lo necesario para una cabalgada, volvió a subir a su cámara, en donde un esclavo negro le ayudó a ponerse una de las armaduras que colgaban de las paredes, y poco después, montando su negro caballo y seguido de un escuadrón de atezados beduinos armados de largas lanzas y montados en caballos ligeros como el viento, salió como un huracán por la poterna del castillo, devorando el camino y dejando al poco rato detrás de sí montañas y pueblecitos.

Antes que el valí saliera del castillo llegó a este un alarbe fugitivo; por él se supo el lugar en donde los cristianos estaban haciendo su correría, y allí se dirigió el



veloz escuadrón.

—¡Vuela, hijo del desierto, vuela! —decía Aben-Faraje a su caballo—. Ya hace tiempo que la sangre cristiana no ha enrojecido tus piernas, ni tus pies han aplastado cristianas cabezas. ¡Corre!, que por Alláh yo te juro que esta noche haremos grandes proezas. Lleguemos cuanto antes, que yo me encargaré de castigar a esos osados infieles.

Y el caballo corría como si comprendiera las palabras de su dueño, y este le espoleaba sin parar, movido por su deseo de llegar pronto.

Para el valí ya no existían en aquel instante la doncella blanca y los plácidos ensueños; todo lo había olvidado ante la esperanza de ver correr sangre y sembrar la muerte con su potente brazo.

El caballo del desierto estiraba su largo cuello, y arrojando por las narices y boca columnas de humo y copos de espuma, galopaba sin cesar.

Los beduinos, para seguir al valí, tenían que espolear furiosamente sus caballos, y marchaban sobre estos con el cuerpo inclinado hacia adelante y el alquicel suelto a las caricias del viento juguetero.

La luna alumbraba la vertiginosa carrera con sus misteriosos rayos, que proyectaban sobre el suelo, de una manera fantástica, las figuras de los alarbes y sus caballos, hasta el punto de que cualquiera que en aquella noche hubiera podido ver la veloz cabalgada la hubiera creído mesnada de guerreros muertos a quien el Profeta, por singular merced, había permitido volver a la tierra.

Galopando mucho tiempo los unos tras los otros dejaron atrás mucho camino, hasta que por fin, al dar la vuelta a la falda de una montaña, apareció ante los ojos del valí y sus acompañantes un pequeño pueblecito coronado de llamas y en el que se escuchaban rumores de combate.

—¡Ya los tenemos! —gritó Aben-Faraje con salvaje alegría—. ¡Aquí de mis tigres africanos! ¡Sobre ellos, hasta que logremos destrozarlos! ¡Solo Dios es vencedor!

Y diciendo esto el valí clavó sus largas espuelas en los ijares de su caballo, sus soldados lo imitaron, y poco después aquel escuadrón, como una tempestad, entró por las tortuosas calles del pueblo cayendo sobre un buen número de cristianos aragoneses que sin orden saqueaban las casas, mientras otros se batían con los pocos alarbes del pueblo que todavía se defendían.

El combate fue corto, pero terrible. Los cristianos, a más de estar ya cansados y ser menores en número, habían sido atacados por sorpresa, y de aquí que se defendieran muy débilmente.

Aben-Faraje aparecía en todas partes sembrando la muerte. Las lanzas de los beduinos hacían grandes estragos en los cristianos, por lo que estos, olvidándose

del botín robado en el pueblo, se retiraron desordenadamente.

Los soldados del valí los persiguieron hasta las afueras del pueblo, y en el entretanto, aquel, seguido de alguno de los suyos, se dirigió a la plaza.

Al llegar a ella vieron a un hombre que, a juzgar por su traje y armas, era algún jefe de los cristianos, el cual se disponía a montar a caballo llevando en brazos una mujer envuelta en amplio albornoz.

Aben-Faraje, sin que pudiera darse cuenta de ello, se sintió atraído por aquella mujer, y de aquí que, espoleando su caballo, se lanzara en persecución del cristiano en el mismo instante que este salía de la plaza.

El caballo de Aben-Faraje, como si conociera el interés que su amo demostraba en alcanzar al cristiano, corría como el viento, y el de este último galopaba de tal modo, que el valí comenzaba a ver que era algo difícil alcanzarle.

Y de esta manera, saltando las dos cabalgaduras casas incendiadas y ruinosas, y atravesando calles, salieron al campo, en donde a la luz de la luna semejaban sombras de paladines escapados de la tumba recorriendo los campos, en otros tiempos testigos de sus hazañas.

El valí apretaba los dientes con rabia, pues veía claramente que si su caballo no había perdido nada de distancia en la persecución, tampoco ganaba un palmo, cuando de repente lanzó un grito de alegría al ver cómo el corcel del cristiano tropezó, en su desenfrenada carrera, con un gran árbol, encabritándose después furiosamente y cayendo al suelo con el jinete y la grupa.

El cristiano y la dama acababan de levantarse del suelo, sin que por fortuna la caída les hubiera causado gran daño, cuando llegó el valí, y desmontando de su trotón, se dirigió al primero.

—¿Quién eres tú? —dijo este último saliendo al encuentro del valí—. ¿Quién eres tú que te atreves a seguirme?

—¿Que quién soy yo? —dijo Aben-Faraje con voz que tenía algo de solemne—. Yo soy el hombre que Alláh se ha complacido en hacer valiente y fuerte como el león. Los míos me llaman el *castigo de los rumies*, y soy Aben-Faraje, valí del rey de Valencia y adalid de la frontera, encargado de escarmentar a los cristianos cuando hacen irrupciones en tierras sarracenas. Y tú, ¿quién eres?

—Nada te importa. A mí los alarbes solo me conocen por la punta de mi espada.

—Soberbio eres, *rumí*.

—Soy el brazo más fuerte de Aragón. Pero, ¿qué esperamos? Saca la espada y luchemos.

—Entrégame esa mujer y te perdono.

—¡Donosa proposición! Esta mujer solo puede separarse de mí por la muerte.  
—Así sucederá.  
—No lo creas, infiel. Saca la espada, valí, pues quiero probarte lo infundadamente que los tuyos te llaman el *castigo de los rumies*.  
—¡Solo Alláh es vencedor! —dijo con entonación fanática el valí—, y sacando su rica espada, que a la luz de la luna brillaba como un rayo, se fue sobre el cristiano que le aguardaba preparado a la defensa.

A los primeros golpes, Aben-Faraje comprendió que se las había con un fuerte brazo, pero a pesar de esto él obligó al poco rato al cristiano a dar más de un paso en retirada.

El alarbe redobló sus golpes hasta el punto de que el aragonés apenas si tenía tiempo suficiente para pararlos, hasta que por fin el valí le tiró una tremenda cuchillada que rajó la cabeza de su enemigo.

Este dejó caer su espada, abrió los brazos, y dando un grito de agonía vino al suelo.

El valí estuvo un corto rato apoyado en su espada contemplando el cadáver del cristiano.

—Alláh lo ha querido —murmuró.

Y después fue a donde estaba la velada dama, que durante el combate había permanecido inmóvil y silenciosa como si su éxito le fuera indiferente.

Aben-Faraje la contempló algunos instantes silencioso, y después, con ese lenguaje enfático e hiperbólico propio de los orientales, aunque no en consonancia con sus años, la dijo así:

—¡Estrella del alba! ¡Luz del cielo! ¡Rosa del paraíso!, ¿quién eres tú? ¡Oh!, ¡contesta, por Alláh!

—Yo —dijo la encubierta con voz dulcísima— soy creyente; soy una pobre alarbe.

—¡Oh!, bendito sea Alláh, que tales cosas crea. Sígueme, sultana; vamos hasta aquella arboleda cercana. En ella me dirás quién eres.

El valí y la dama se encaminaron a un pequeño grupo de árboles, por medio de los cuales corría murmurando una fuentecilla.

Al llegar los dos se sentaron sobre el musgo, en un sitio que la luna alumbraba de lleno envolviendo en la tenue gasa de sus rayos a la dama encubierta y al valí, que por una fuerza extraña ya agonizaba de amor.

—¿Quién eres tú, sultana? —dijo Aben-Faraje—. Por Alláh contesta pronto y calma el tormento que sufre mi corazón. Descúbrete y enséñame esa cara que en hermosura debe competir con la de los luceros.

—Mira —dijo la mujer separando la capucha del albornoz que le cubría el rostro.

El valí dio un grito de sorpresa, y después dijo:

—Tú eres la hurí que todas las noches se aparece en mis ensueños.

—¡Amor mío! —dijo la dama con cariñoso acento—. ¿Dices tú que yo aparezco en tus ensueños?

—Sí, sultana.

—Pues tú también te apareces en los míos, y por eso he venido a buscarte desde África. Alláh nos ha criado el uno para el otro.

—¡Oh! Hermosa —dijo el valí con voz débil y desmayada mientras fijaba en la mujer sus ojos de tigre que en vano querían mirar amorosamente—, cuéntame tu historia.

—La mía es muy corta, pero escucha.

## II

El vientecillo algo frío de la noche suspiraba entre las ramas de los árboles; la fuente murmuraba al arrastrarse sobre su lecho de fina arena; la luna, asomando su ancho rostro por entre el follaje, parecía contemplar a la dama y al valí, y allá a lo lejos escuchábanse los gritos de los beduinos que perseguían a los cristianos y los de los despavoridos habitantes del pueblo, que se ocupaban en apagar las incendiadas casas.

La amada de Aben-Faraje comenzó a hablar así:

—Noble valí, a mí me llaman Fátimah la Hermosa, y nací allá en donde el sol quema con sus rayos de fuego las doradas arenas del desierto y en donde se alzan, mecidas por el caliginoso viento, gallardas palmeras, que con su verde copa parece como que sostengan el cielo puro y esplendoroso. Mi padre era uno de los valíes del rey de Marruecos, y con él y una hermana pura y hermosa como el alba vivía en un fuerte castillo, situado en el centro de un fértil valle, que el Sus<sup>14</sup> regaba con sus claras aguas. Un día, los beduinos del desierto hicieron una entrada en las tierras gobernadas por mi padre, y este se vio obligado a ponerse al frente de su mesnada y marchar en busca de los invasores. Al encontrarlos, el combate fue terrible, y tan negra la suerte de mi padre, que en medio de la lucha encontró la muerte. Mi hermana y yo, al morir aquel, quedamos desamparadas; pero un tío nuestro que vivía en la corte del rey, por ser uno de sus favoritos, nos amparó prestándonos la

---

<sup>14</sup> «Río de Marruecos» (*N. del A.*).

protección necesaria.

Mi hermana, al poco tiempo, se casó por orden del rey con un valí español; y yo, obedeciendo igual orden, con el hombre más de confianza del soberano, que era un viejo miserable enamorado de mí. Mi hermana partió para España, y yo, el mismo día en que me uní con Salem (que así se llamaba mi esposo), quedé viuda, pues el negro arcángel Azrael le cubrió con sus negras alas.

Quedé libre y dueña de fabulosas riquezas, y desde entonces comencé a verte todas las noches en mis ensueños, siendo inútil todo cuanto hice para borrar tu imagen de la memoria.

Siempre te veía ante mí gallardo y hermoso, a pesar de tus defectos físicos, y creció tanto en mí la pasión amorosa, que deseé encontrarte, y despidiéndome del rey de Marruecos vine a España, en donde por secreta intuición creí desde el primer instante que estabas.

Corrí los reinos de Córdoba y Murcia; pregunté a ambos reyes por sus valíes por ver si tú te encontrabas entre ellos, pero todo fue inútil. Por fin determiné venir a este reino, pero no queriendo pasar por Valencia por temor al rey Yahia, rodeé la frontera (pues un genio oculto parecía decirme al oído que tú eras un adalid), y entonces caí prisionera, con todo mi acompañamiento, de esa mesnada de *rumíes*, a cuyo jefe acabas de matar. Esta es mi historia, noble valí. Te amo como el ciego a la luz, como la flor al sol y como el guerrero a la lucha.

—¡Oh, ángel mío! —dijo Aben-Faraje con voz desfallecida—. Yo te aseguro que nunca he sentido lo que ahora. Yo agonizo, Fátimah mía; agonizo de amor. Vamos a mi castillo, en donde tú serás la reina.

—Vamos, valí.

Aben-Faraje puso sobre la delantera de la silla de su caballo a Fátimah, después montó, y espoleando al corcel llegaron al pueblo al poco rato. El incendio ya se había extinguido, y por las calles se paseaban los beduinos del valí algo recelosos por la ausencia del señor.

Este dio la orden de montar a caballo, y poco después Aben-Faraje, estrechando entre sus nervudos brazos la flexible cintura de la hermosa, salía del pueblo seguido de sus soldados que custodiaban un gran número de camellos cargados con las riquezas de la amada del valí, que al huir habían abandonado los cristianos.

Como se ve, la jornada no podía haber sido mejor para Aben-Faraje.

Algunas horas antes había salido de su castillo con la cabeza llena de delirantes ensueños, y ahora volvía a él llevando sobre su caballo la realización de estos, a más de un tesoro tal vez mayor que el del rey Yahia.

El valí podía muy bien bendecir a los cristianos por su algarada, pues a ella lo

debía todo.

### III

El sol comenzaba a asomar su rubia cabellera tras el azulado mar, dorando con sus primeros rayos los altos alminares de las numerosas mezquitas de Valencia, y en las plataformas de aquellas veíase a los *almuédanos*<sup>15</sup> que, gesticulando y agitando furiosamente los brazos, llamaban a los creyentes al templo para que rezasen la oración del Azobhi<sup>16</sup>.

Las puertas de la ciudad acababan de abrirse y no daban paso, como en otros días, a labriegos que, cargados de comestibles, venían a venderlos al mercado, sino que les dejaban entrar vestidos con sus mejores trajes y montados en sus asnos, llevando a la grupa a sus mujeres, envueltas en el amplio *haike*<sup>17</sup>.

La ciudad presentaba un aspecto de fiesta. Por las calles transitaban grandes cuadrillas de músicos que, tocando alambores, *atakeviras*<sup>18</sup>, añafiles y dulzainas, despertaban a los dormidos habitantes, mientras que en la plaza Mayor de la ciudad los maestros alarifes dirigían a toda prisa la construcción de un extenso palenque para correr por la tarde anillos y cañas.

Bien merecía tanto esplendor lo que motivaba la fiesta. El rey Yahia iba a casarse, y por esto que la mayor parte de los curiosos se dirigiera al palacio real de donde debía salir la regia comitiva nupcial.

La gran plaza que se extendía delante del palacio veíase atestada de gente que apenas si podían poner en orden los soldados de la guardia de Yahia, a fuerza de golpes con las conteras de sus lanzas.

El sol iba remontándose por un cielo azul, puro y diáfano, dejando caer sus rayos calientes sobre las espaldas de los buenos musulimes que pacientemente aguardaban la salida de su rey.

De pronto sonó un grito en toda la plaza, anunciando lo por tanto tiempo anhelado, y al mismo tiempo comenzó a salir del palacio la vistosa comitiva que precedía a Yahia.

Primero salieron beduinos y guardias negros montados en caballos que inquie-

---

<sup>15</sup> «Especie de sacristán encargado de llamar desde los alminares a los creyentes para que rezasen las oraciones del día» (N. del A.).

<sup>16</sup> «Oración que se rezaba al salir el sol» (N. del A.).

<sup>17</sup> «Capa que usaban las mujeres» (N. del A.).

<sup>18</sup> Tambores de cobre, timbales.

tos hacían mil movimientos; detrás de estos un escuadrón de músicos a caballo; después más soldados; al poco rato pajes a pie con sus casquetes de plata y sus hachas de acero bruñido; y al final de una balumba de soldados y esclavos del palacio, montando un corcel nervudo, blanco como la leche, al lado de una litera de fabuloso valor y vestido con ropas cuajadas de diamantes que a la luz del sol chispeaban como fuego, apareció Yahia.

Dentro de la litera iba la que muy pronto sería la sultana de Valencia, Fátimah la Hermosa, aquella mujer a quien el Adalid Aben-Faraje adoraba locamente.

De seguro que el lector se extrañará al ver marchar a Fátimah a unirse con el rey, cuando parecía tan perdidamente enamorada del valí, por lo que será útil que le demos a conocer algunos hechos ocurridos con anterioridad.

El rey Yahia se encontraba por entonces en el apogeo de su vida. Las amorosas caricias de sus concubinas no llenaban el vacío que el rey sentía en su corazón, pues deseaba algo más que el cariño de una esclava.

Un día Yahia llamó a Valencia a todos sus adalides y valíes, y Aben-Faraje tuvo que cumplir tal convocatoria, viéndose obligado a llevar en su viaje a Fátimah, pues deseaba visitar la ciudad, y sus deseos eran órdenes para el tosco guerrero.

Aben-Faraje se sentía cada día más enamorado de Fátimah, y esta, a pesar de haberle dicho que le amaba, se mostraba cada vez más desdeñosa con el infeliz valí.

Algunos días después de la noche en que ambos se encontraron fue cuando emprendieron su viaje a Valencia, y una mañana, los dos, seguidos de una lucida cabalgata, penetraron en la ciudad, alojándose en un fondac<sup>19</sup> de los más lujosos.

A las pocas horas Yahia supo que Aben-Faraje había traído consigo una mujer, e interesándose por la que había logrado conmovier el selvático carácter de su adalid, quiso verla, lo que logró después de algunas ligeras dificultades.

Apenas sus ojos contemplaron la soberbia hermosura de Fátimah, quedó completamente enamorado.

Fiando en su despótico poder, se dirigió entonces al valí y le ordenó que le entregara aquella mujer para hacerla su esposa, y este, pensando que una negativa podría acarrearle la muerte, ahogó en su pecho la ira y obedeció la orden de su soberano para asistir después a la boda con aspecto grave y ceñuda frente, tras la cual bullía una verdadera tempestad.

Aben-Faraje, con tal continente, marchaba a caballo confundido en la balumba de valíes y altos dignatarios que seguían a Yahia en el cortejo nupcial.

Este atravesó las calles y plazas de la ciudad, y entre la lluvia de flores y perfu-

---

<sup>19</sup> Hospedería.

mes que caía desde las azoteas de las casas, llegó a la mezquita mayor.

Todos entraron en ella, y Yahia y Fátimah, cogidos de la mano, avanzaron por bajo los afiligranados arcos hasta llegar al *mihrab*<sup>20</sup>, ante el cual se prosternaron. El faquir de los faquires pronunció desde el *almimbar*<sup>21</sup> de ébano y oro la oración nupcial, y declaró a Fátimah la esposa del rey de Valencia.

La comitiva salió al poco rato de la mezquita, los invitados tornaron a montar a caballo, y entre las alegres músicas y las aclamaciones del pueblo volvieron al palacio; y como ya era la hora del *adhoar* se celebró un espléndido banquete, después del cual hubieron fantásticas danzas y guerreros ejercicios en el palenque que en la plaza se había levantado.

Por fin vino la noche no tan aprisa como hubiera deseado Yahia, que cada vez miraba más extasiado a su esposa.

El gentío acompañó al rey con antorchas encendidas hasta la puerta de su palacio.

Al llegar a este, los adalides y valíes entraron en la gran cámara de honor, en donde de una manera solemne reconocieron a Fátimah como esposa del rey, retirándose después, no sin hacer grandes zalemas ante la regia pareja.

Aben-Faraje, apoyado en una columna, contemplaba inmóvil aquella escena, y cuando le llegó el momento de acercarse al rey, pronunció su juramento con voz parecida al rugido del león; mas al ir a retirarse, Fátimah le mandó que se quedara.

Poco a poco todos se fueron marchando, y por fin solo quedaron en la cámara el rey, la reina y el valí.

—¿Qué me quieres, señora? —dijo este último.

—Voy a pedir a mi esposo el regalo de esponsales, y quiero que tú apruebes lo que voy a pedir.

—¡Oh, ángel mío! —dijo entonces Yahia—. Pide lo que quieras, que estoy seguro de que el valí se conformará con ello.

—Pues bien. Rey Yahia, ¿sabes lo que quiero como regalo? La cabeza de Aben-Faraje.

Este, al escuchar tales palabras, tornose pálido y apretó los dientes con furor, mientras Yahia, asombrado, fijaba su vista en Fátimah como interrogándola.

Por fin la hermosa comenzó a hablar, y dijo así:

—Noble rey, ¿no es verdad que te extrañan mis palabras? Pues sepas que el regalo que te pido me lo concederás indudablemente. Tengo muy poderosos motivos para desear la cabeza de ese hombre. Escucha, y tú mismo juzgarás. Yo tenía

---

<sup>20</sup> «Adoratorio» (N. del A.).

<sup>21</sup> «Púlpito» (N. del A.).



una hermana, hermosa y pura, que jamás había sentido palpar su pecho por hombre alguno, hasta que un día vio a Alí-Gazul, joven embajador enviado por tu padre, el rey de Toledo, a nuestro rey de Marruecos. Aquel alarbe español, tan hermoso como gallardo, se enamoró también de mi hermana, y ambos juráronse eterna pasión. Llegó un momento en que el embajador tuvo que partir para su patria; pero antes de hacerlo, Gazul pidió al soberano marroquí la mano de mi hermana, que le fue concedida, y después de haberse celebrado los esponsales con la mayor fastuosidad, los dos emprendieron con su comitiva el viaje, dirigiéndose a Valencia, que entonces era el único puerto de que podía disponer el rey de Toledo.

Mas, antes de llegar, una terrible tempestad sumergió la nave que les conducía, pereciendo todos los tripulantes menos Gazul y mi hermana, que pudo salvarse gracias a los desesperados esfuerzos de su esposo.

Luego de pasar mil penalidades, montados sobre unos débiles maderos llegaron a la playa, y después de dar gracias a la Providencia que tan milagrosamente los había salvado, se ocuparon en encontrar una vivienda por aquellos contornos hasta que descubrieron un castillo atalaya, del cual era alcaide ese hombre que ahí ves.

Y al decir esto, Fátimah señaló a Aben-Faraje, que, cada vez más pálido y aterrado, escuchaba la narración.

—¿Crees tú, noble Yahia —continuó aquella—, que el alcaide protegió a Gazul como embajador de su rey? Pues antes al contrario, cegado por la belleza de mi hermana dio muerte a Gazul, y después de abusar brutalmente de la esposa de este la vendió a unos piratas berberiscos, que, según después he sabido, la arrojaron al mar, pues del dolor que le produjeron tantas desventuras, enfermó durante la navegación. ¡Ah, Yahia! Por mis venas corre sangre de tigre, así es que cuando me contaron después de algunos años todo lo sucedido resolví vengarme. Pasé por la frontera para encontrar a Aben-Faraje, caí en poder de unos cristianos, y él me rescató después; me dijo que todas las noches me veía en sueños, y yo, aprovechando la ocasión, le conté como historia mía una fábula que él fácilmente creyó. Después hice lo posible por verte, tú te enamoraste de mí, logrando al mismo tiempo interesar mi corazón, y ahora que eres mi esposo te pido la cabeza de ese hombre.

—Concedido —dijo Yahia—. Ese hombre va a morir. Valí, entrega tu espada.

—Mi espada —dijo Aben-Faraje con orgullo—, mi espada, que es un mundo de gloria, no se entrega a un rey cobarde que se deja conducir por las mujeres.

Y después, con voz fosca y ademán de reto, dijo:

—¡Ven por ella si te atreves!

Yahia, al escuchar tales palabras, se irguió con majestad, envolvió con una fulminante mirada al osado guerrero y silbó de una manera extraña.

El valí, comprendiendo lo que aquel silbido significaba, se dirigió a la puerta para escapar, mas en el mismo instante esta se abrió y entraron, yatagán en mano, una docena de etíopes pertenecientes a la guardia del rey.

—Ese hombre es un traidor —dijo Yahia—. Desarmadlo y atadle.

En un momento los guardias obedecieron el mandato, y después, a una indicación del rey, salieron de la estancia, dejando al valí atado y arrastrándose por el suelo.

Fátimah se levantó entonces de su diván, empuñó el ancho cuchillo de Yahia, que la contemplaba fascinado, y acercándose al humillado valí, se arrodilló junto a su cabeza.

—¡Miserable! —le gritó—. Muere, y que mi venganza se cumpla.

Y al decir esto levantó su alabastrino y mórbido brazo, cargado de ricos brazaletes, y lo deja caer con fuerza, armado del cuchillo del rey, sobre el cuello del valí, separando de un solo golpe la cabeza del tronco.

La sangre brotó a raudales, salpicando a Fátimah y manchando el artístico mosaico del pavimento.

La reina contempló el mutilado cadáver del valí durante algunos instantes y después se dirigió a donde estaba Yahia, el cual, asombrado, contemplaba la fiereza de aquella mujer.

—Ya soy tuya —dijo envolviéndolo en una mirada tentadora.

El rey se levantó de su asiento, ciego por la pasión, abrazó la cintura de Fátimah dándola en la boca un ardiente beso y desapareció con ella tras una artística puertecilla.

Al escapar, murmuraba con acento de plácida duda:

—¿Serán acaso como esta las huríes del Profeta?

#### IV

Pasaron muchos años. El rey Yahia, embriagado con el amor de Fátimah, a quien cada día adoraba más, dejó olvidados todos los negocios de su estado en manos de los valíes, que, con sus desaciertos y exacciones, lograron hacer odioso para el pueblo el nombre de su soberano.

El descontento y la indignación fueron cundiendo, hasta que por fin estalló la

tormenta. Un día apareció a las puertas de Valencia un escuadrón de caballeros musulimes de vecinos reinos que, llamados por los de la ciudad, venían a destronar a Yahia.

Este, mal aconsejado, en vez de presentarles resistencia o atacarles, completamente desesperanzado huyó de Valencia temiendo que sus súbditos le asesinasen, y se dirigió, disfrazado de mujer, a una hermosa alquería que tenía en la huerta, y en la cual moraba desde algún tiempo antes la heroína de esta leyenda.

El rey entró en la alquería con la intención de permanecer en ella solo los necesarios instantes para despedirse de Fátimah y después escapar; mas las amorosas caricias de esta lo detuvieron, y cuando al apuntar el día quiso marcharse, vio la casa rodeada por completo de enemigos ocupados en forzar las grandes puertas para llegar hasta donde él estaba.

Al ver esto Yahia, atemorizado y tembloroso, buscó un punto por donde escapar.

—¿Acaso tienes miedo, noble rey? —le dijo Fátimah con entereza.

—¡Ah! —contestó Yahia—. Bien sabe Alláh que no; pero soy ya viejo, me es imposible el defenderme y yo no puedo conformarme con la idea de que el que ha logrado salir vencedor en cien combates vaya a morir sin gloria en manos de unos traidores.

—¿Y no temes la muerte?

—No, Fátimah mía. ¿Pero escuchas? Los traidores han llegado ya a las puertas de esta cámara. Mira cómo apenas si pueden resistir sus fuertes golpes.

—Dentro de un instante caerán rotas —contestó la hermosa con frialdad—. Escucha, noble rey —prosiguió—. Tu vida ha terminado ya, y dentro de unos instantes serás con el ángel Azrael. ¿Quieres que esos infames no te contaminen de traidora impureza al rasgar tu pecho con sus puñales?

—Sí, esposa mía.

—Pues prepárate a morir. Yo misma te daré una puñalada.

—Pero... ¿y tú? ¿Qué será de ti cuando quedes sin mi apoyo en poder de esos malditos?

—Yo no tardaré en seguirte. Pero no hay tiempo que perder. ¡Adiós!, mi única pasión.

Y Fátimah, al decir esto, clavó su puñal con mango de pedrería en el pecho de Yahia, que cayó al suelo sonriéndose en las contorsiones de la agonía.

En el mismo instante, las puertas, cediendo a los golpes de afuera, cayeron rotas en pedazos, y espada en mano precipitose dentro de la cámara un tropel de caballeros alarbes.

—¿Qué queréis? —les gritó Fátimah irguiéndose altiva.

—¿Dónde está Yahia? —contestó el jefe de los recién llegados.

—Yahia ha muerto. Un rey de Valencia tiene valor para matarse antes que permitir que sobre su cuerpo pongan los traidores sus impuras manos. Yo soy la reina y estoy obligada a seguirle. ¡Cobardes! ¡Mirad cómo muere la esposa de Yahia!

Y al decir esto, Fátimah se clavó el ensangrentado puñal en su pecho alabastro e incitante, y cayó junto al cadáver de su esposo.

Los rebeldes se retiraron asombrados, pero al marcharse entregaron a las llamas la alquería.

Así murió Fátimah, reina de Valencia y heroína de esta leyenda.

Los cronistas nada han dicho de su existencia; algunos se han atrevido hasta a negarla; pero para destruir tal afirmación existe una rima, hecha por un poeta alarbe de aquellos tiempos, en que se habla de Fátimah, y se dice que esta era un mal espíritu que, para tentación y ruina de los hombres, había encerrado Alláh en el cuerpo de una hurí.



## EL CASTILLO DE PEÑA ROJA

EN LA CIMA de un escueto peñón, que erguido se levanta sobre las tumultuosas olas que en tropel acuden a bañar de espuma su firme base, álzanse las ruinas del castillo de Peña Roja, mansión feudal construida a mediados del siglo XII por un valiente caballero que, cual el invicto Lanzarote del romance, *sus arreos eran las armas y su descanso el pelear*.

Aquellas ruinas conservaban, a pesar de su deplorable estado, el sello grandioso que siempre llevan grabadas todas las colosales obras de la Edad Media.

En lo que antiguamente era foso y puente del castillo crecen en la actualidad las punzantes ortigas sobre montones de escombros, y solo como señal de las fortísimas murallas y robustas torres que en aquel mismo lugar se remontaban por el espacio, quedan, a más de algunos trozos de negruzco muro, un sinnúmero de columnas rotas y descomunales sillares, en derredor de los cuales se enrosca la trepadora hiedra como una inmensa culebra verde.

Por la antigua plaza de armas corretean los más inmundos animales, y de vez en cuando por entre las altas hierbas vense brillar como dos centellas los ojos de descomunales lagartos.

Pocas ruinas existen de pasadas épocas que no tengan su tradición recordando hechos, ora reales o fantásticos, ora gloriosos o sangrientos.

El castillo de Peña Roja también tiene la suya transmitida a la edad presente, no por descabalados volúmenes ni amarillentos pergaminos, sino por las innumerables generaciones de rústicos labriegos que, encerrados en sus chozas, viven a la sombra y bajo la protección de los restos de la antigua vivienda señorial.

Esta tradición (que en una noche de invierno me fue contada por un descendiente de los antiguos vasallos de Peña Roja) la he creído digna de ser conocida por el lector, y a continuación la copio tal como me la relataron, si bien un poco adornada por las sencillas galas de mi pobre fantasía.

### I

Todo era animación y movimiento en la gran plaza de armas del castillo.

Los ballesteros, apoyados en sus fuertes arcos, cantaban esperando la hora de partir; los escuderos iban de acá para allá dando y recibiendo órdenes, y los bravos corceles de combate relinchaban pugnando por desasirse de las ligaduras que les unían a las férreas escarpas del muro.

Apoyados en este, se veían un sinnúmero de robustas lanzas, y el sol de la mañana, que pausadamente íbase elevando por el horizonte, reflejaba sus dorados rayos en la superficie de las brillantes armaduras.

Todos aquellos preparativos de guerra tenían su justificación en la cercana marcha del señor del castillo, don Raimundo de Peña Roja, que, seguido de su mesnada, partía a incorporarse al ejército del rey de Castilla, próximo a hacer una entrada en tierra de moros para vengar agravios, o, más bien dicho, para ensanchar dominios.

Solamente se esperaba la presencia del señor para que toda aquella cabalgata guerrera emprendiese la marcha, y esta no se hizo de esperar.

Los fuertes tambores y las trompas de guerra sonaron en la plaza de armas, y en el cancel de la torre de honor apareció la apuesta figura de don Raimundo vistiendo una fuerte armadura que deslumbraba por lo brillante.

A un lado veíase su esposa, doña Luz.

Sus azules ojos, de mirar profundo, estaban empañados por las lágrimas, y miraba a su esposo con la melancolía propia de la mujer que ve partir al objeto de su amor.

Las doradas trenzas que sobre su espalda caían, brillaban heridas por el sol, al par que los bordados de plata que adornaban las diferentes partes de su riquísimo vestido.

Aquella mujer era hermosa en sumo grado, y prueba daban de tal aserto las numerosas cantigas que los trovadores de la época habían dedicado a su sobrehumana belleza.

Apenas aparecieron los señores del castillo, cuando el aspecto de la plaza de armas cambió por completo.

Los escuderos, empuñando las fuertes lanzas, saltaron sobre sus caballos; los ballesteros agrupáronse compactamente junto a la poterna del castillo, y los pajes de don Raimundo, quitándose sus caperuzas, prepararon el caballo para que montase su señor.

Este, entonces, abrazó por última vez a su esposa, y entre las lágrimas y los suspiros de doña Luz saltó sobre la silla de su noble corcel.

Momentos después, la brillante mesnada comenzó a desfilarse por el puente levadizo del castillo, y a bajar por entre las ásperas quebraduras sobre las que se asentaba la fortaleza.

Cuando pasado algún tiempo, el sol se encontraba en lo más alto de su carrera, solo se veía vaga y confusamente en la cumbre de un monte no muy lejano al castillo, una mancha negruzca, a trechos brillante, que se agitaba continuamente, y

que poco después desapareció en lontananza tras el picacho de la montaña.

Cuando esto sucedió, aún doña Luz, asomada a un calado ajimez de la torre de honor, agitaba un blanco lienzo en señal de despedida.

La infeliz dama lloraba por la ausencia de su gallardo y noble esposo, al que hacía poco tiempo estaba unida en matrimonio.

## II

—Don Raimundo, bien hemos batido hoy el hierro.

—Y tanto, mi buen Fortún. ¡Por Cristo!, que a no ser por ti, tan cierto como soy un Peña Roja, que a estas horas estaría con el pecho traspasado por la espada de aquel morazo, que en poco podía envidiar al gigante Goliat.

—No creo tan importante el servicio que merezca ser nombrado. ¿Cuántas veces no habéis hecho vos otro tanto por mí? Además, vuestra vida, señor, es mucho más preciosa que la mía, y por lo tanto, de más necesaria conservación. Sois noble, joven y poderoso; tenéis una esposa que os ama con toda su alma y todo os sonrío, presente y porvenir, mientras que yo, en cambio, soy un infeliz escudero que corro por el mundo como todo pobre hijo de la desgracia, sin encontrar ante mis pasos la felicidad, ni tener una familia que llore mi muerte.

—¿Sabes que estás melancólico, amigo Fortún? De seguro que si siempre te encontraras de la misma manera, muy bien podías trocar la espada por el bandolín y correr castillos y villas cantando como un trovador.

Después de estas palabras, los dos interlocutores callaron, y el silencio reinó en el interior de la tienda.

Ya habrá comprendido el lector que este diálogo tenía lugar entre don Raimundo y un escudero de confianza, allá en la frontera y después de un combate librado con los hijos del Profeta.

Los dos, señor y vasallo, sentados en las sillas de sus cabalgaduras, contemplaban distraídos el interior de su tienda de lienzo, mientras que allá en los límites del campamento alteraban el silencio de la noche los gritos de alerta de los centinelas y el cantar de alguno que otro balletero junto a la roja y crepitante hoguera.

Así de este modo transcurrió el tiempo para don Raimundo y su escudero, hasta que de pronto un gran rumor que sonó a la parte de fuera de la tienda los sacó de su indolente abstracción.

—¿Qué es eso, Fortún? —preguntó el caballero.

—Lo ignoro, señor; pero aguardad y pronto lo sabréis.



El escudero salió de la tienda, y a los pocos instantes volvió diciendo:

—Es un vejete de aspecto extraño que entretiene a los soldados levantándoles horóscopos y predicándoles las cosas futuras, lo mismo que adivinándoles las pasadas.

—Tráele aquí al instante, y al menos con sus profecías ahuyentaremos algo el tedio de la velada.

Fortún salió a cumplir las órdenes de su señor, y momentos después apareció en la puerta de la tienda seguido de un viejo de encorvada espalda, y cuyo cuerpo se envolvía en una miserable hopalanda.

Don Raimundo le midió de los pies a la cabeza con una mirada escrutadora que no pareció turbar al buen anciano, y después díjole con acento despreciativo:

—¿Eres tú ese hombre que, dotado de tanta sabiduría, logra desentrañar los misterios de los humanos destinos?

—Sí, ese soy, señor.

—Pues ¡por Cristo! que de poco te vale tu ciencia, o poco es lo que te produce, pues en figura y en ropa muy poco te diferencias de un mendigo.

—No soy ambicioso, señor —dijo el aludido sin ofenderse.

—Te creo. Pero también abrigo la convicción de que no despreciarás algunas doblas castellanas que voy a darte.

—¡Oh! Mil gracias.

—Pero antes es preciso hacer algo para ganarlas.

—Mandad, señor.

—Quiero que levantes mi horóscopo, me predigas lo que ha de sucederme de aquí a mi muerte, y si esta tardará mucho en llegar.

El astrólogo, al escuchar esto, permaneció algunos instantes silencioso con la vista fija en don Raimundo, y al fin dijo:

—Creo, señor, que os convendría más conocer lo presente.

—¡Cuerpo de Cristo!; ¡quieres decirme mi presente!; ¿acaso no lo sabré yo tan bien como tú?

—No es eso, señor. Vos tenéis lejos de aquí algunas personas que os interesan tanto como vos mismo.

—Mi mujer doña Luz.

—A ella me refiero.

—No te comprendo bien. Mas ¡por Dios vivo!, que creo que con tus palabras pretendes ofenderla, y...

—Perdón, señor. Mas yo tan solo digo la verdad.

—¿Y cuál es esa verdad?; dila pronto, ¡fuego del cielo! —dijo don Raimundo

con destemplada voz y algún tanto amoscado.

—Señor, si me dais vuestro permiso, ahora mismo veréis por vuestros propios ojos lo que os digo.

—Comienza pronto, viejo de Barrabás. ¡Y por el turbante de Mahoma!, te aseguro que si no es verdad lo que acabas de decirme, de seguro que no te quedarán más ganas de meterte en adivinanzas falsas e impertinentes.

El astrólogo, sin inmutarse por estas palabras, cerró la abertura de la tienda que servía de puerta, y cogiendo la antorcha que ardía en el centro de aquella la apagó, reinando desde aquel instante dentro del recinto la más completa oscuridad.

Por algunos instantes todo permaneció de la misma manera, hasta que de pronto agitóse el viejo, y al mismo tiempo comenzó a dibujarse en las paredes de la tienda un gran círculo de luz que poco a poco fue creciendo en dimensión e intensidad.

De la misma manera como en la moderna linterna mágica las figuras vanse contorneando poco a poco sobre un foco de luz, en aquel círculo blanquecino comenzaron a aparecer vagarosas sombras, que siguiendo distintos grados tomaron cuerpo y color para representar a una amante pareja besándose con pasión.

Formábanla una mujer de hermoso rostro y un gallardo trovador mirándose cariñosamente.

Apenas apareció definido en el centro del luminoso disco aquel dichoso grupo, cuando don Raimundo exhaló una maldición horrible.

Aquella mujer que con complacencia se dejaba besar por el hermoso cantor era doña Luz.

Ciego de ira creyó ver en aquella fantástica aparición la realidad, y desenvainando su espada arrojose sobre la que creía su esposa.

Pero en breve el encanto se deslizó.

El lienzo de la tienda se rasgó con la descomunal cuchillada que dio don Raimundo, y un rayo de luna penetró por la abertura, disipando en parte la oscuridad.

Entonces la luminosa visión borrose por completo y el caballero de Peña Roja quedose inmóvil en el centro de la estancia espada en mano, mientras una verdadera tempestad de ideas batallaban bajo su cráneo y la serpiente de los celos se enroscaba en su corazón.

En cuanto al viejo mágico, había desaparecido, y por más que el escudero Fortún le buscó por todos los rincones no pudo dar con él.

### III

El gran salón de honor del castillo de Peña Roja conservaba todavía el aspecto de la fiesta que en él acababa de verificarse.

Los muros veíanse revestidos de ricos tapices, cuyos bordados representaban escenas de montería y los más interesantes pasajes bíblicos, y esparcidos por el centro de la cámara había un sinnúmero de cojines, sitiales y escabeles, sobre los cuales momentos antes se sentaba doña Luz, acompañada de sus pajes, sus dueñas, sus doncellas y sus más hermosas vasallas.

Metidas en fuertes escarpías embutidas en el muro, alumbraban la estancia unas cuantas antorchas y hachones de amarilla cera, cuyas rojizas llamas, chisporroteando y enroscándose, parecían batallar con las tinieblas que momentos antes llenaban el salón, y que ahora, vencidas por la luz, se albergaban en lo alto de las negruzcas bóvedas.

A la parte de fuera del castillo el mar chocaba contra las escuetas rocas, produciendo un dulce y embriagador murmullo, mientras que la luna, envuelta en pardos celajes, íbase remontando pausadamente por el azulado y diáfano cielo.

La cámara permanecía desierta, y los hachones, con el chisporroteo de su llama, hacían centellear las armaduras que adornaban los ángulos de la estancia al mismo tiempo que con las desigualdades de su luz imprimían cierto tinte tan sobrenatural a los bíblicos personajes bordados en los tapices, que los rostros parecían animarse y las figuras cobraban vida hasta el punto de parecer próximas a despegarse de la tela a que estaban adosadas.

Allá al otro extremo del castillo sonaba un rumor compuesto por esa amalgama de voces alegres, gritos y choques de copas, que desde lejos denota el oído del observador la celebración de una espléndida cena.

De pronto todos estos discordantes ruidos cesaron por completo, y una voz clara y varonil comenzó a entonar, acompañada por los acordes de un arpa, una armoniosa trova, que en alas del viento corrió por bajo las bóvedas del castillo, y saliendo por los ajimeces extendiose por el espacio hasta llegar a los oídos de los míseros labriegos que, encerrados en sus chozas, descansaban al pie del peñón.

El ruido de las olas, manso y apacible en aquellos instantes, acompañaba la voz del que cantaba mejor que los arpegios de su instrumento.

Poco a poco la canción fue adquiriendo, entre continuas vibraciones, una entonación elevada, hasta que por fin cesó en medio de un huracán de exclamaciones y aplausos que llegaron amortiguados por la distancia al desierto recinto de la cámara de honor.

Al mismo tiempo que esto sucedía, las vidrieras de una de las ojivales ventanas de la tal estancia se agitaron para abrirse, cediendo a esfuerzos exteriores, y dejar paso a un hombre que saltó dentro de la cámara.

Vestía un humilde y destrozado traje, y su rostro casi desaparecía entre los pliegues del tabardo en que se embozaba.

Cuando sus pies tocaron la rica alfombra que cubría el pavimento, paseó su vista con sobresalto por el salón como buscando un lugar en donde poder esconderse.

Mas apenas hizo esto, sonaron pasos fuera de la estancia, y el cortinaje que cubría la gran puerta se levantó, dando paso a un hombre con aspecto de escudero, que avanzó hasta la mitad de la cámara, sin reparar en el que de una manera tan misteriosa acababa de penetrar en ella.

De pronto el recién llegado fijó en este sus ojos, y echando mano a la espada, fuese sobre él diciendo:

—¿Quién eres? ¿Qué buscas aquí?

—¡Miserable!, ¿acaso ya no conoces a tu señor?

—¡Don Raimundo! —dijo el escudero con tal sorpresa, que en poco estuvo no se le cayera la espada de la mano.

—Gracias al diablo que me has conocido. Pero disponte a responder a todo lo que te pregunte pronto y verídicamente, pues de lo contrario, ¡por Cristo vivo! que te acordarás de mí.

—Señor; ya sabéis que soy un servidor fiel y...

—No es este el momento a propósito para tratar de tu lealtad. Contesta a lo que pregunto: ¿qué significa todo ese ruido de festín que escucho desde aquí? ¿Acaso es tiempo de entregarse a regocijos la época en que el señor del castillo gurrea con peligro de su vida?

Reinaron algunos instantes de silencio, sin que el escudero intentase despegar los labios, hasta que por fin el de Peña Roja gritó impaciente:

—Contesta, ¡cuerpo de Cristo! ¿Acaso eres mudo?

—Señor, es vuestra esposa que cena en estos instantes.

—¿Y es ella, acaso, la que produce tanto ruido y la que hace pocos instantes estaba cantando?

Volvió el escudero a permanecer silencioso, pero ante un terrible gesto de su señor se atrevió a decir:

—Doña Luz está acompañada por sus pajes, y doncellas... y un trovador que llegó al castillo hace ya muchos días.

—¿Será hermoso el tal trovador?

—Lo es, señor.

—Esas contestaciones no me satisfacen. Dime todo lo que sepas, dímelo todo, o ¡por Belcebú!, que comenzando por ti acabo con todos los del castillo.

—Don Raimundo, sabéis que soy uno de vuestros fieles servidores y nada os puedo ocultar. Doña Luz ha olvidado sus deberes para entregarse en brazos de ese aventurero que en la actualidad es de hecho el dueño de este castillo. Yo no puedo creer otra cosa sino que ese maldito cantor ha hechizado a la señora por lo muy enamorada que de él está. La vida la pasan en una continua fiesta y puedo aseguráros que doña Luz está tan encantada con su amante que apenas si se acuerda de vos. Esta es la verdad, señor, y no tardaréis mucho a convenceros por vuestros propios ojos.

Don Raimundo, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fosca y extraviada, escuchó las palabras del escudero con una tranquilidad espantosa y sin que su rostro denotase la menor sensación.

Largo rato permaneció así, hasta que por fin hizo un esfuerzo para salir de aquella abstracción en que había caído, y murmuró con ronca voz:

—El maldito astrólogo decía la verdad. Su fantástica predicción se ha cumplido. ¡Maldición sobre mí y sobre ella!

Después acercose con vacilante paso a la abierta ventana por la que momentos antes había penetrado, y dejó correr sus miradas sobre la tersa superficie del mar que brillaba como un inmenso manto de pedrería herida por los rayos de la luna.

Por mucho tiempo permaneció así, hasta que de pronto volviöse rápidamente al escudero que respetuosamente había permanecido a corta distancia, y le dijo con breve acento:

—Acércate.

El escudero obedeció, y cuando le tuvo a su lado, don Raimundo agarrole violentamente por un brazo y murmuró casi a su oído:

—Es magnífico el aspecto que presenta la naturaleza en estos instantes, ¿no es verdad? Pues bien, así era mi alma hace mucho tiempo, mucho; porque es tan agudo mi padecer en estos instantes, que cada minuto me parece un siglo y cada hora una eternidad.

El escudero al escuchar estas palabras miró a su señor como extrañándose de tan inusitada familiaridad; pero este, estrujándole el brazo con más fuerza, continuó:

—Sí, yo era antes feliz. La dicha me sonreía; una aureola rosada me cercaba y poseía toda la felicidad que pudiera desear mi pobre corazón. Pero mira, miserable, mira cómo allá en el horizonte aparece un punto negro que casi se con-

funde con el límite del mar. ¿Quieres saber lo que es? La nube, la eterna nube que siempre viene a empañar la dicha. Dentro de pocas horas ella crecerá y ese mismo cielo que ahora ves tan puro y esa luna tan radiante se cubrirán de negruzcas sombras; y ese mar ahora tan terso y apacible se alborotará hasta que las olas vengán a depositar sus copos de espuma sobre los muros del castillo; y te aseguro que no pasará mucho tiempo sin que los relámpagos crucen ese cielo, y los truenos hagan retemblar las robustas torres de mi fortaleza. La próxima tempestad es el reflejo más fiel del estado de mi alma. Ayer felicidad, hoy desesperación. Ahora calma, dentro de poco tormenta. ¡Rayo de Dios! La naturaleza y mi alma son iguales en todo.

Después de estas palabras, don Raimundo, soltando el brazo del escudero, callóse y hundió su sudorosa frente entre las manos, murmurando palabras entrecortadas y terribles maldiciones, hasta que de pronto, volviéndose a su servidor y como arrepentido de las confidencias que acababa de hacerle, le dijo:

—Retírate al instante y que nadie sepa mi llegada al castillo.

—Seréis obedecido, señor.

—¿No entrará nadie en este salón?

—Creo que no. Precisamente venía yo a apagar las luces.

—Pues despacha pronto y vete de aquí.

El escudero, sin hacerse repetir la orden, fue apagando todos los hachones y antorchas hasta dejar la cámara en la más completa oscuridad; hecho lo cual salióse, mientras que don Raimundo, echado de pechos sobre el alféizar de la ojiva, contemplaba cómo iba creciendo aquella nube negruzca que momentos antes había aparecido como un pequeño punto en el límite del horizonte.

#### IV

La rica cámara de doña Luz permanecía envuelta en una agradable semioscuridad, que en vano pugnaba por destruir la mortecina luz de una lámpara cuya llama se agitaba con las convulsiones de la agonía.

Las pintadas vidrieras de los rasgados ventanales trepidaban y aun intentaban abrirse a impulsos del fuerte viento que silbaba entre las almenas y por dentro de los desvanes del castillo, con gran terror de dueños y pajes, que creían escuchar en aquel continuo rugido la espeluznante cantinela de las brujas.

Conforme había dicho don Raimundo, la tempestad cernía sus negras alas sobre la tierra.

Los relámpagos se sucedían sin cesar después de haber bañado con su luz cárdena la imponente masa de la fortaleza; y los truenos, rodando por el cielo, se perdían bajo las bóvedas del castillo que por algunos instantes repercutían su horrísono estruendo.

El mar bramaba agitándose con inaudito furor, y como intentando escupir al negro cielo que a cada momento lanzaba un rayo sobre sus aguas, levantaba olas inmensas, cuya corona de hirviente espuma se perdía en la oscuridad del espacio.

Todo era en aquellos instantes estruendos y fuerzas obrando inútilmente contra el castillo.

Por bajo, el mar azotaba furiosamente su base de agudas rocas, como si intentase desunirlas para sumergirlo en su seno, y por arriba la tormenta con su poderoso huracán parecía querer barrer aquellas robustas torres que, como despreciando a la tempestad, se remontaban por el espacio.

Tendida en su lecho blasonado estaba doña Luz completamente desvelada por los infernales estruendos de la naturaleza, y oprimiendo contra su pecho la cabeza de un hombre.

Este era Guillermo el Trovador, por quien había olvidado sus deberes conyugales hasta el punto de no acordarse que existía en el mundo su esposo.

El gallardo cantor dormía tranquilamente en los brazos de su amada, que, escuchando con terror los rugidos de la tempestad, paseaba vagamente su mirada por el recinto de la cámara, envuelta, como antes hemos dicho, poco menos que en oscuridad completa.

Poco a poco, cediendo al cansancio, o más bien arrullada por aquellos mismos rugidos que tanto pavor le causaban, comenzó a dormirse; pero a los pocos instantes sus párpados fueron heridos por una rojiza claridad que la obligó a sacudir su letargo e incorporarse sobre el lecho.

La estancia estaba completamente iluminada, y en el centro de ella vio doña Luz, con gran espanto, un hombre que empuñaba una antorcha, y en el cual reconoció a su esposo, don Raimundo.

La bella castellana quiso gritar, pero no pudo, y con ojos aterrorizados contempló a su esposo, que con el ceño fruncido y la mirada torva parecía la terrible imagen de la venganza.

Don Raimundo avanzó hasta llegar junto al mismo lecho, y una vez allí fijó la mirada de una manera intensa en su esposa y dijo con ronca voz, mientras sonreía terriblemente:

—Por cierto, bella señora, que no esperaba veros tan acompañada. Allá en mis noches de campamento, cuando el sueño comenzaba a cerrar mis párpados, os

veía con mi imaginación pasar las largas veladas rezando junto al hogar por que a vuestro esposo no sucediese desgracia alguna. Pero veo, señora, que mi deseo me ha engañado por completo.

—¡Compasión, Raimundo!, ¡compasión! —exclamó doña Luz con suplicante voz.

—¿Compasión? ¿La has tenido tú acaso de mí? Yo te entregué un alma, un nombre y un honor adquirido por las espadas de mis antepasados y la mía en los sangrientos campos de combate. ¿Qué has hecho de ellos? Contesta pronto. Soy yo, tu esposo, tu Raimundo, el que te pide cuentas.

—Perdón, Raimundo mío —tornó a decir la castellana.

—¿Te crees merecedora de él? La mujer que mancha de una manera tan infame mi nombre, este nombre respetado por reyes y pronunciado con miedo por más de un guerrero, solo merece la muerte.

Y don Raimundo dijo estas palabras con un acento tan horrible, que doña Luz, presa del mayor espanto, arrojose del lecho, y arrodillándose a los pies de su esposo, exclamó con acento débil:

—¡Compasión! ¡Compasión!

—No aguardes tal cosa de mí. Espera y verás cómo se venga un hombre de mi familia.

Y al decir esto el de Peña Roja, acercándose al lecho tocó rudamente a Guillermo el Trovador, que tranquilamente dormía, y al mismo tiempo gritó con una voz tan tonante como la tempestad que en aquellos momentos rugía:

—¡Levántate, miserable!

Al escuchar tan terrible voz, y más que todo a impulsos del nervudo brazo del castellano, Guillermo despertose, quedando vivamente sorprendido ante la presencia de aquel hombre que tan adversamente le miraba.

—Debía matarte a puñaladas —rugió don Raimundo—, pues así es como lo merece tu infame proceder, pero prefiero acabar con tu vida de una manera más leal, aun a costa de rebajar la dignidad de mi linaje.

El trovador, con rostro descompuesto, escuchó estas palabras, y después de pasados algunos momentos, solo pudo articular con ahogada voz:

—¿Quién sois?

—Soy don Raimundo de Peña Roja, que viene a vengar su honor ultrajado y a castigar tu infamia, ¡miserable!

El gallardo amante de la castellana, al saber que tenía ante sí a don Raimundo, sintió que el miedo penetraba en su alma, y con espantados ojos contempló a aquel hombre que con la mirada centelleante y la cabellera erizada aparecía a su



vista.

—Pronto —rugió el de Peña Roja—, pronto, coge tu espada y defiéndete, o, ¡cuerpo de Luzbell!, que te clavo contra el lecho de una estocada.

Y don Raimundo, al decir esto, desenvainó su espada, y después de colocar la antorcha en una escarpia del muro, se acercó más al lecho con intención de cumplir lo que prometía.

El trovador, al ver esto, saltó ligeramente de la cama, y apoderándose de un mandoble que adornaba, acompañado de otras armas, uno de los ángulos de la pared, púsose en guardia frente a don Raimundo, no sin que su brazo se estremeciese a impulsos del miedo.

En aquellos instantes la tempestad iba en aumento. Fuera de la cámara el cielo tenía un aspecto tan terrible como el que esta presentaba por dentro.

La lámpara, cuya luz agonizaba hacía ya bastante tiempo, apenas si alumbraba a los dos combatientes, dejando envuelta en sombras el resto de la estancia, en uno de cuyos ángulos se destacaba como una mancha negruzca una pequeña puerta secreta, por la cual, sin duda, había penetrado don Raimundo.

No pasaron muchos instantes sin que los hierros chocaran produciendo vivos destellos, mientras que los dos enemigos se replegaban y atacaban de la manera más furiosa a los ojos de doña Luz, que escondida en un rincón contemplaba estremecida de espanto aquella terrible escena.

Por fin, después de una larga lucha, sonó un grito de agonía y Guillermo cayó al suelo sin vida, con el pecho traspasado por el acero de don Raimundo.

Este contempló el cadáver de su rival con ademán despreciativo, y luego, volviéndose a su esposa, presa del mayor terror, le dijo con una calma terrible y desnudando su puñal:

—Ahora os toca a vos, señora.

—Perdón, Raimundo —gritó doña Luz arrojándose en brazos de su esposo—. Perdóname por nuestro amor, por...

Don Raimundo, al sentir sobre su cuello el contacto de los brazos de su esposa, pareció vacilar; pero de pronto, y como haciendo un superior esfuerzo, levantó el brazo y clavó su puñal en el pecho de doña Luz, que cayó sin exhalar un grito junto al cadáver de su amante.

En aquellos instantes la tempestad llegó a su grado máximo.

La cárdena y viva luz de un relámpago alumbró toda la estancia; un colosal trueno retumbó sobre el castillo al mismo tiempo que Peña Roja, en el centro de la estancia y empuñando el ensangrentado puñal, contemplaba con mirada vaga y aterrorizada las dos víctimas de su justo furor.

## V

Algunos años después de los sucesos antes narrados, en una fría tarde de invierno, y a la misma hora en que el sol, entre doradas nubecillas, expiraba en el horizonte, un hombre, apoyado en un fuerte bordón con honores de lanza y vistiendo el traje de peregrino, subía por la empinada cuesta que conduce al castillo de Peña Roja.

Cuando llegó junto al puente levadizo, tendió una mirada ansiosa por el horizonte; y al contemplar la vasta extensión del mar por un lado y, por otro, aquel sin fin de seculares bosques, su pecho se ensanchó a impulsos de un triste suspiro.

Momentos después, el peregrino penetraba en la fortaleza entre los saludos de los rudos ballesteros que velaban la entrada de la poterna.

Aquel humilde romero no era otro que don Raimundo de Peña Roja.

Pasados algunos días después de la noche en que de una manera tan terrible vengó su honor ultrajado, don Raimundo partió de su castillo a pie y vestido de peregrino con dirección a Tierra Santa, donde, luchando contra los infieles, pensaba olvidar aquellos sangrientos recuerdos.

Durante la ausencia, Fortún, su escudero favorito, hizo las veces de señor del castillo, y cuando este volvió, al momento vino solícito a recibirle.

Guiado por él, don Raimundo atravesó aquel dédalo de escalones y camarines que constituían el centro del edificio, y por fin llegó a la antigua estancia de doña Luz, o sea al mismo lugar donde recibieron la muerte ella y su amante trovador.

Sobre las lucientes baldosas del pavimento notábanse dos manchas negruzcas, delatando la sangre de los dos amantes filtrada en la piedra, y que las manos del hombre y la naturaleza no habían logrado borrar.

Don Raimundo arrodillóse junto a una de aquellas manchas, y sin cuidarse de que le contemplaban Fortún y algunos otros escuderos, púsose a sollozar al mismo tiempo que besaba las frías baldosas con amante frenesí.

Si el alcaide del castillo y los demás servidores presentes se hubieran encontrado algo más cercanos a su señor, de seguro que le hubieran oído murmurar:

—¡Miserable de mí! ¿Por qué la maté? Ahora es cuando comprendo lo mucho que la amaba.





que le impulsaba a partir a Tierra Santa, sin duda para alcanzar, matando sarracenos, el perdón de algún grave pecado cometido antes de tomar el hábito de templario.

La atención que le merecía el pergamino se comprendía al conocer su contenido.

Hablaba a los instintos bélicos del caballero, y decía así, en el latín bárbaro propio de la época:

*«¡Oh, tú!, quienquiera que leyeres estas mis palabras; si no eres guerrero, separa tus ojos de ellas.*

*Hablo a los paladines de brazo de hierro, en cuyo pecho se abriga la virtud y el santo deseo de batallar por el débil y el oprimido.*

*Para ellos es el fruto de mis largos estudios y el resultado de mis relaciones con los seres sobrenaturales que mudan con su poder la faz de la tierra.*

*Obedeciendo a mis conjuros y evocaciones, ellos me rodearon obedientes para crear su objeto cual no existe otro en el mundo.*

*Es una espada que hará invencible al caudillo que la posea. Para fabricarla, los gnomos extrajeron los metales de la tierra, los diablos forjaronla en sus fraguas y las hadas hicieron su empuñadura, dándole el poder sobrenatural que posee.*

*Yo la deposité en las ruinas que existen en las cercanías del castillo de Monzón, y allí permanecerá siglos enteros, si no va a apoderarse de ella algún adalid que, con su lanza, siembre el espanto en los combates.*

*Guárdanla legiones de seres infernales, y para alcanzarla es preciso batallar con ellos sin arma alguna, y pasar por otras mil pruebas que demuestren un valor sobrenatural.*

*¡Oh guerrero que esto leas!, piensa que con tal espada serás el terror del Universo».*

No decía otra cosa el pergamino; pero don Pedro sabía, además, que era obra de un viejo mago, muerto un siglo antes, y que muchos valientes caballeros que marcharon a las ruinas en busca de la espada misteriosa, habían perecido víctimas sin duda del más terrible espanto.

Aquella noche, como las otras, el templario leyó varias veces el viejo documento; pero convencido, por fin, de que nada nuevo podía sacar de él, levantose de su sitial y abrió los vidrios de la ojival ventana que rasgaba uno de los muros de la estancia.

El aire de la noche refrescó su ardiente cabeza.

Desde la ventana vio los negruzcos muros y torreones que rodeaban el castillo, la luna que argentaba las aguas del torrente que rugía entre rocas al pie de la fortaleza, y el vecino bosque, en el centro del cual, según la opinión popular, existían las ruinas citadas por el mágico.

Mucho tiempo permaneció inmóvil, contemplando aquel infinito grupo de árboles, que semejava un colosal monstruo pardusco tendido sobre la llanura; pero, por fin, sacudió la cabeza como quien toma una resolución definitiva, despojose de la espada, tomó el birrete, y embozándose en el blanco manto, salió de la estancia.

Poco tiempo después oyose el rechinar de una puertecita de hierro situada a espaldas del castillo, y apareció don Pedro saltando por las rocas, montaña abajo, como un blanco fantasma.

## II

No tardó en internarse en la frondosidad del cercano bosque.

Apenas hubo dado por él algunos pasos, cuando experimentó una intranquilidad muy cercana al pavor.

El aspecto que el bosque presentaba no podía inspirar otro sentimiento a don Pedro, que iba desarmado y solo.

El silencio era absoluto, y solo allá, a lo lejos, semejante al zumbido de una colosal colmena, escuchábase el rugido del torrente.

La luna, al bañar con su luz los troncos y el ramaje de las centenarias encinas, les daba el aspecto de gigantescos fantasmas, extendiendo sus brazos amenazantes, y los pasos del templario resonaban sobre las piedras con un ruido fatídico y extraño.

El templario no se dejó dominar por ninguna impresión pavorosa, y siguió adelante, animado por su voluntad firmísima y por el deseo que le agujijoneaba en aquella aventura.

Por fin, después de algún tiempo, llegó a un punto en que el camino desaparecía entre espesas e incultas malezas.

Aquel era el límite, desde bastantes años, de toda planta humana, por su proximidad a las ruinas.

Don Pedro, al encontrarse allí, se detuvo indeciso.

Durante algunos instantes permaneció inmóvil; pero, por fin, su deseo pudo más que el instinto que le impulsaba a retroceder, y poniendo la mano sobre la

roja cruz que ornaba su blanco manto, se sintió animado por la fe, y siguió adelante, penetrando denodadamente entre los matorrales.

Desde aquel momento caminó como un autómatas, guiado por una fuerza superior.

Las ramas hacían jirones sus blancas vestiduras, las ortigas pinchaban sus carnes, y a pesar de esto él seguía atravesando sin cesar aquel dédalo de follaje.

De pronto se extendió ante su vista una ancha plazoleta, en el centro de la cual, negras y disformes, aparecían las ruinas.

Alumbradas por el astro nocturno, ofrecían el aspecto de un colosal esqueleto.

Por algunos momentos don Pedro las contempló con terror, escondido entre el ramaje; por fin, rompió los últimos matorrales y penetró osadamente en la plaza.

Apenas puso en ella los pies, cuando la escena cambió por completo, y la tranquilidad que reinaba en aquel lugar trocose en infernal barahúnda.

Los árboles agitaron su cabellera de ramas como a influjos del huracán, el cielo pareció nublarse, y el templario percibió en el espacio algo como batir de alas de seres invisibles.

Las piedras saltaron para chocarse y producir una armonía extraña, infernal y ensordecedora, y la tierra quemó las plantas del atrevido caballero.

Miró al cielo y lo vio cubierto por legiones de seres de forma extraña y mirada amenazante, y al volver los ojos al suelo pudo verlo ocupado por numerosos grupos de diminutos gnomos, que le contemplaban con rostro burlón.

Y al mismo tiempo, miríadas de seres impalpables e indefinibles, semejantes a llamas azuladas o a fuegos fatuos, surcaban el espacio, le envolvían en fantástica ronda, y cerniéndose sobre su cabeza venían a oprimírsela como un círculo de hierro.

Aquello era un embudo de luz pálida, girando vertiginosamente a su alrededor.

Automáticamente llevose la mano al costado, pero al no encontrar su espada, comenzó a dar con sus puños golpes en el vacío, disipando por cortos momentos aquel enjambre, que al instante volvía a estrecharle entre sus círculos.

Algún tiempo duró aquella lucha tan estéril como extraña.

El caballero sintió, por fin, cansancio en su brazo, y un sudor frío, tan propio de la fatiga como del terror, comenzó a correr por su rostro.

Sintiose desfallecer hasta el punto de parecerle que los infernales espíritus le arrancaban, al acercarse en sus vuelos, partículas de existencia.

En uno de los instantes que la chusma fantástica le dejó libre, pudo ver que las

ruinas habían desaparecido, y que en su lugar solo existía una luenga columna de llamas que, atravesando el espacio, se perdía en lo infinito.

Al momento se sintió empujado a ella por una fuerza oculta e incontrastable.

Pretendió resistirse con tenacidad, pero sus esfuerzos fueron inútiles, y al poco rato viose junto a la flameante columna.

Un horizonte de fuego se extendió ante sus ojos, sus entrañas se retorcieron como abrasadas, y sintió sobre la cabeza un peso, como si todo el mundo se hubiese desplomado sobre ella.

No pudo más. Su razón se oscureció, sus piernas flaquearon, y cayó sobre las llamas.

.....  
.....

Cuando volvió en sí, viose tendido en el centro del bosque y con las ropas empapadas por el rocío de la mañana.

En aquel instante la blanquecina luz del alba comenzaba a filtrarse por entre las ramas de los árboles.

El templario se levantó del suelo, y entonces pudo notar que su diestra empuñaba con fuerza un objeto.

Examinole a la naciente luz, y no pudo ahogar un grito de sorpresa y satisfacción.

Lo que su mano oprimía era una espada.

### III

Grandes hazañas llevó a cabo en Palestina don Pedro de Peñafiel. Su espada fue el terror de los agarenos, y sus más bravos paladines nunca pudieron vencer al caballero templario.

Después de muchos años, don Pedro tornó al castillo de Monzón, precedido por el rumor de los heroicos hechos, y allí murió bastante viejo entre sus compañeros, que lamentaron la pérdida que sufrían las armas cristianas.

Por disposición suya le enterraron con la espada; y ambos bajaron al panteón de los templarios, situado en las entrañas del monte que sustentaba el castillo de Monzón.

Algunos años permanecieron envueltos en la oscuridad del fúnebre recinto, y los gusanos y el orín hicieron huella en el caballero y su espada.

Pero un día las puertas de bronce del panteón se agitaron, y rechinando se



abrieron para dar paso a un grupo de hombres con antorchas, al cual precedía un niño rubio de aspecto varonil.

La losa de mármol que cubría el cuerpo de don Pedro fue levantada, y apareció el esqueleto del templario cubierto por la armadura y oprimiendo la mágica espada entre los guanteletes de hierro.

Entonces el niño acercóse al sepulcro, contempló fijamente las huecas y negras órbitas del cráneo del caballero, y luego cogió la espada de las férreas manos que, libres ya, resbalaron por la coraza para caer a los lados del cuerpo.

Aquella ya no se separó jamás del rubio infante, porque este era don Jaime I, y la espada aquel invencible *Tizón* que conquistó las Baleares y Valencia.

## LA NOCHE DE SAN JUAN

### I

LA PEQUEÑA plaza del villorrio apenas si podía contener aquella abigarrada multitud que se mantenía a poca distancia de la colosal hoguera que ardía en el centro.

Los puntiagudos o achatados tejados de las casas que limitaban aquel recinto se destacaban sobre el iluminado cielo, y los robustos muros del castillo que se asentaba en la cumbre del vecino monte, veíanse bañados por la luz de la luna que tan pronto era velada por negros nubarrones que corrían veloces por el cielo, como volvía a aparecer tras ellos melancólicamente esplendorosa.

Rústicos villanos de rostros atezados, viejos ballesteros de fiera catadura, apuestas doncellas vestidas con sayas de chillones colores y muchachos inquietos y alborotados junto con mujeres parlanchinas y ancianos murmuradores, eran los elementos que componían aquel hormiguero humano que se estrujaba produciendo un incesante murmullo, junto a las rojas e inquietas llamas.

Los sucios sayos y los mugrientos birretes, junto a las blasonadas dalmáticas y a las gorras con airosas plumas, los nudosos garrotes tropezando con las conteras de las largas espadas y los míseros vasallos del castillo confundidos fraternalmente con los vistosos servidores del señor; tal era el magnífico y particular golpe de vista que presentaba aquel año la plaza del villorrio en la noche de San Juan.

Montado cual otro Baco sobre un regular tonel, del cual llenaban grandes jarros no pocos concurrentes, veíase un hombrecillo de cuerpo imperfecto y de rostro burlesco y apicarado, el cual era una especie de miserable cantor nómada, con más de bufón o de juglar que de consumado trovador.

Los mozos del lugarejo le asediaban pidiéndole alguna gracia o chiste de color algo subido, y el hombrecillo correspondía de tal modo a aquellas excitaciones, que las muchachas cada instante se veían obligadas a fingir que se tapaban los oídos, mientras sus mejillas se coloreaban como amapolas.

Entre todo el grupo femenino, que por estar más cercano al bufón sufría continuamente sus desvergüenzas, destacábase una joven, cuyo rostro, por lo hermoso, desdecía de las vulgares caras de sus rústicas compañeras.

Llamábase Engracia y era hija de un escudero del cercano castillo, muerto hacía ya bastantes años en una algarada contra los moros.

A causa de esto último, tanto ella como su madre eran muy estimadas por todos los vecinos del lugarejo, que se consideraban con el deber de protegerlas contra las brutales asechanzas de los servidores del castillo.

Engracia, como era de esperar, atendiendo a su hermosura y edad, amaba y era amada de un gallardo mancebo que, por su porte y gentileza, más parecía propio para vestir la guerrera cota, que para dedicarse a las rudas tareas del campo.

Confundido entre un bullicioso grupo de mozuelos, la contemplaba a poca distancia, y entre los dos se cruzaban un sinnúmero de miradas amorosas que equivalían a un mundo de frases apasionadas.

Aquellas miradas pasaban desapercibidas para todos, pues en la plazuela solo se pensaba en gritar, beber y divertirse, del modo más en consonancia con el carácter de cada uno.

De pronto en uno de los extremos de la plaza oyéronse desaforados gritos y rumores de pelea, acompañados por esas oscilaciones con que siempre se agita la muchedumbre en casos semejantes.

El motivo de aquel tumulto era una pendencia (que muy pronto terminó) entre unos cuantos villanos y algunos pajes y ballesteros que, beodos, pretendieron llevarse tres buenas mozas, ante los ojos de sus padres y hermanos.

—Esto es escandaloso —dijeron muchos así que terminó la reyerta—. La audacia de los del castillo crece demasiado.

—La culpa —dijo una vieja que estaba junto a Engracia— no la tiene otro que nuestro señor don Sancho que tales desmanes permite.

—Bueno está don Sancho —murmuró un mocetón—. Como si él mismo no fuese quien con sus maldades alienta a sus servidores.

—Desdichada la familia en que el señor fija sus ojos para bien o para mal —volvió a decir la vieja, mirando intencionadamente a Engracia y su amante.

—Pues desdichado de don Sancho si para mal se mezclase con quien yo sé —contestó con voz enérgica este último.

Y apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando muchos dijeron en voz baja:

—Calla por Dios, Juan. Por ahí cerca andan servidores de don Sancho y nada bueno puede sucederte si ellos te oyen.

Y tras esto todos callaron, comprendiendo el peligroso giro que había tomado la conversación.

Pero el juglar no dejó reinar el silencio por mucho tiempo.

Primero cantó algunos romances, tan burdos como desentonados; luego hizo varios juegos y equilibrios que llamaron la atención de los circunstantes, a pesar de serles muy conocidos, y por fin, deseoso de excitar la curiosidad de todo el auditorio, anunció que en aquel momento, dos viejas del lugarejo, tenidas en opinión de hechiceras, se disponían a asistir al aquelarre que todos los años, en noche como

aquella, se celebraba en el barranco situado a espaldas del castillo, cuando la campana de este anunciaba la segunda vigilia, o sea, las doce de la noche.

Así que hubo acabado de decir esto, algunos circunstantes que eran parientes o allegados de las viejas mencionadas le amenazaron, y poniendo el grito en el cielo, procuraron protestar de tales noticias y afirmaciones.

Pero la mayor parte de los presentes apoyaron al juglar y defendieron la opinión que este tenía formada de tales viejas, a quienes todos calificaban de brujas, y por consecuencia de causa y principio de los numerosos males que les afligían.

Y no hubo ninguno que no sacase a relucir su correspondiente motivo para odiarlas.

A este le habían muerto un hijo pequeño; a aquel, según propia afirmación, le habían despojado con sus sortilegios de dos mulas como dos castillos; al otro le habían hecho perder la paz que reinaba en su casa, y todos presentaban una larga lista de daños, obra de aquellas mujeres, mientras que los que por estas se interesaban daban voces poniendo a Dios y a los santos por testigos de la verdad de sus palabras y de la inocencia de las acusadas.

Poco a poco la cuestión fue agriándose, y comenzaron a cruzarse entre los bandos palabras amenazadoras, hasta que por fin, comprendiendo los ofendidos por el juglar que este era el culpable de todas aquellas desavenencias, arremetieron contra él y le hicieron bajar del tonel, entre un verdadero diluvio de puñadas y estacazos que le arrancaron dolorosos aullidos.

Entonces comenzó a reinar en la plaza un desorden indescriptible.

Algunos ballesteros del castillo, por odio a los villanos, salieron a la defensa del hombrecillo y la emprendieron a cintarazos con los aporreadores, mientras que las mujeres, chillando y corriendo, procuraban apartar de la pelea a los de su familia.

Ante los golpes de los del castillo, todos los habitantes del villorrio hicieron causa común con los parientes de las supuestas brujas, y aquello en pocos momentos fue un verdadero campo de Agramante.

Los garrotes y las espadas chocaron sin cesar; algunos rodaron por el suelo fuertemente abrazados, y más de un combatiente, impulsado por vigoroso brazo, fue a caer de bruces sobre la hoguera, levantándose después con el pelo y los vestidos completamente chamuscados.

Afortunadamente allá arriba en el castillo sonaron de pronto dos vibrantes campanadas anunciando la segunda vigilia, y al momento se oyó gritar:

—¡Las brujas! ¡Ya están ahí las brujas!

Y como si este grito fuera la señal de dispersión, todos emprendieron la fuga con el temor de que la tropa fantástica sembrase la muerte al ir atravesando los

aires.

Momentos después la plaza estaba completamente solitaria, y en el centro de ella seguía ardiendo la hoguera cada vez con más débiles llamas.

No faltaron algunos que al escapar, hostigados por la curiosidad, levantaron la cabeza y vieron cómo empañaban el claro disco de la luna un sinnúmero de fantásticos y vagarosos seres que, montados en cabalgaduras horribles al par que grotescas, corrían desaforadamente por el cielo.

Pero bueno será advertir que un hombre de nuestros días solo hubiera visto en aquellas figuras sobrenaturales un conjunto de nubes que velaban el astro de la noche; mas los vecinos del lugarejo, como hijos de la Edad Media e infiltrados de su espíritu, tenían el privilegio de ver las cosas de muy diferente manera que nosotros.

## II

Engracia y su madre fueron de las primeras que salieron de la plaza cuando en la campana del castillo sonó la segunda vigilia.

La hermosa joven, momentos antes de escapar, vio desde el rincón en que se había refugiado al principio de la pelea, cómo su amado Juan se batía con dos ballesteros.

Inútil será pintar el temor que su alma albergaría, mientras con incierto paso caminaba al lado de su madre.

Pronto llegaron a su casa, que estaba situada en una estrecha callejuela, cercana al lugar de la contienda.

Así que penetraron en ella, la madre de Engracia se acostó, pues no era amiga de trasnochar, y la joven, abriendo la pequeña reja que daba luz a su estancia, apoyose en el alféizar y esperó.

Excusado será decir que el esperado era Juan.

A pesar del apacible aspecto que presentaba la noche y de la calma que reinaba en toda la naturaleza, la enamorada joven no pudo evitar que de ella se apoderase un miedo terrible a los pocos instantes de permanecer en la reja.

En su imaginación estaban grabadas aquellas palabras del juglar anunciando que en el barranco del castillo celebraban las brujas aquella noche su aquelarre.

De un momento a otro, parecíale que la callejuela íbase a llenar de bulliciosos duendes e infernales gatos, que fieramente la despedazarían, y no se atrevía a levantar la vista al cielo, temerosa de ver en él la cara del diablo, agrandada gigantesca y horrorizándola con una infernal y espeluznante mueca.

En las sombras que las casas proyectaban sobre los espacios alumbrados por la luna, su imaginación comenzaba a hacerla ver un enjambre de seres diminutos y feos, verdaderos abortos del infierno, rebulléndose en infernal concierto con monstruos de mirada de fuego y repugnante catadura.

Y veía cómo volando por el cielo en compacto escuadrón venían a posarse en los tejados todas las brujas reunidas en el barranco, y la amenazaban con sus escobas y sus uñas; y hasta le parecía sentir sobre su cuerpo el contacto frío y viscoso de enormes serpientes que, arrollándose en espiral, amenazaban ahogarla.

Y tan pronto su corazón cesaba de latir como derramaba tumultuosamente la sangre por todas las venas de su cuerpo, y sentía vértigos y cerraba sus ojos a impulsos del desvanecimiento, hasta que, afortunadamente, cesaron sus temores y sus fantásticas visiones con la aparición de un hombre en uno de los extremos de la callejuela, y el cual no era otro que Juan.

Momentos después el apuesto joven estaba junto a la reja contemplando a su amada con mirada ardiente, y diciéndole con acento cariñoso:

—¿Has aguardado mucho, amada mía?

—Muy poco. Pero he tenido bastante miedo antes de que tú vinieras.

—¡Miedo! ¿A quién?

—A las brujas. ¿No sabes tú que en noches como esta andan sueltas por el mundo? —dijo Engracia con encantadora candidez.

—¡Bah! Ni las brujas ni el diablo tienen por qué meterse con nosotros. A alguien que no son ellas es a quien debemos temer.

—Dices bien —murmuró la joven con tristeza.

—¿Te ha hablado, acaso, otra vez don Sancho?

—Le encontré esta mañana y ha vuelto a decirme lo mismo.

—¡Ah, miserable! —rugió el mancebo—. ¿Y tú?...

—Yo le contesté, como siempre, con mi desprecio; y al escucharme él lanzó por su boca tal cúmulo de amenazas, que quedé horrorizada.

—¿Y no recuerdas lo que dijo?

—Creo que sí. Dijo que ya sabía cómo yo andaba en amoríos con un vasallo suyo, pero que él buscaría la manera de escarmentarle y hacerle comprender que un villano no debe ser nunca el rival del señor.

—¡Infame! ¿Y no dijo más?

—Sí, aseguró que su venganza no dejaría de llevarse a cabo esta misma noche. ¡Conque ya ves, Juan mío, que tu vida está en peligro si permaneces aquí! Márchate, pues, de lo contrario, ¡quién sabe si morirías bajo esta misma reja, víctima del furor de don Sancho!

—¡Marcharme! ¿Me crees tú capaz de ello? ¡No, Engracia, no me propongas tal cosa! ¡Que venga don Sancho cuando quiera, pues aunque humilde villano, tengo tanto o más valor que los señores que lucen blasón en su armadura!

—Pero, ¿y si viene acompañado de algunos de sus fieros servidores?

—No me dan cuidado sus espadas. Hace poco tiempo que en la plaza he descalabrado a alguno de ellos, a pesar de su larga tizona.

—¿Y no te han herido?

—No, amada mía. No son esos miserables lebreles del castillo los que pueden con este brazo que Dios me ha deparado.

—¡Eres tan gallardo como valiente! —dijo la joven con acento apasionado.

—¡Y tú, Engracia mía —contestó el mancebo en igual tono—, tan hermosa como buena! ¿Qué me importan las amenazas de don Sancho, si por ellas no he de estar menos tiempo junto a ti? ¡Si supieras cuánto te amo!

Al llegar a este punto, la amorosa conversación tomó el carácter peculiar de siempre.

Los dos jóvenes se olvidaron de las amenazas del castellano y hasta del mundo entero, y comenzaron a decirse esas frases dulces, nimias y triviales que entre enamorados siempre tienen un especial encanto, y que aquí dejamos de consignar en gracia al lector, porque suponemos que iguales o parecidas habrán salido de sus labios, bien en el presente, bien en el pasado.

Y, por lo mismo, pasaremos por alto las ternezas que se prodigaron Engracia y Juan; mas no por esto dejaremos de decir que las miradas se fueron haciendo cada vez más intensas, y que el apuesto joven, sin duda a impulsos de la pasión, apoyó su ardorosa frente sobre los hierros de la reja...

Las manos se buscaron por entre los barrotes de aquella, y, al encontrarse, se transmitieron esa especie de electricidad amorosa que nace del corazón; los cabellos que orlaban ambas frentes se confundieron, lo mismo que los alientos; las bocas se juntaron, y en el silencio de la noche oyose ese débil chasquido, igual en su sonido a las mejores armonías de la naturaleza, y que siempre delata un beso.

Ella se ruborizó hasta los ojos y bajó la cabeza, no sin antes dirigir a su amante doncel una mirada tan llena de reproches como de amor.

Juan permaneció inmóvil, contemplándola con ojos de fuego y sin querer soltar las manos de Engracia, que oprimía a través de los hierros de la reja.

Y de esta manera permanecieron los dos amantes largo rato, hasta que, por fin, les sacó de su abstracción un rumor de pasos que resonó al extremo de la callejuela.

Por una de las bocas de esta acababan de aparecer algunos hombres envueltos

en parduscos mantos, bajo los cuales brillaban las conteras de largas espadas.

Rápidamente fuéronse acercando a la reja que ocupaban los dos jóvenes, mientras Engracia decía con acento angustiado:

—¡Dios mío! ¡Ya me lo decía el corazón! ¡Esos que se acercan no son otros que don Sancho y sus servidores! ¡Huye, Juan mío, huye; pues de lo contrario, solo Dios sabe lo que será de ti!

—Sean quienes sean, pienso obedecerte. Cierra la reja, Engracia, y hasta mañana. ¡Adiós, amada mía!

Y esto diciendo, el mancebo, que conocía lo vacilante que estaba Engracia entre cerrar o quedarse en la reja, empujó él mismo, a través de los hierros, las ventanas de esta, que con mano trémula cerró la hermosa joven.

Apenas esta hizo tal cosa, quedó envuelta en la profunda oscuridad que reinaba en su estancia, y, con el oído atento, púsose a escuchar, presa de un terror indescriptible.

### III

Nada, absolutamente nada oyó Engracia, ni aun después de pasado algún tiempo.

Parecía como que aquellos embozados no eran otra cosa que ilusiones de su fantasía, y que Juan se había ya marchado al verse solo en la callejuela.

Sin embargo, su corazón le anunciaba algo terrible y horripilante que la hacía estremecer de miedo.

Sus ojos buscaban en la oscuridad aquella ventana, ha poco cerrada por ella, y aun pretendía atravesar las maderas con sus miradas, como si fueran de cristal, para poder ver lo que en la calle sucediese.

Ni el más débil ruido turbaba el profundo silencio de la noche.

Solamente percibía Engracia la acompasada respiración de su madre, que dormía al otro extremo de la pequeña casa, y, a lo lejos, los furiosos ladridos de los perros que guardaban muchas puertas del lugarejo.

La ansiedad y el terror de la joven rayaban en lo inmenso.

De un momento a otro parecíale que iba a escuchar un grito de agonía de Juan y la satánica carcajada de don Sancho.

En aquellos instantes Engracia ya no temía a las brujas y al diablo, ni sentía miedo de permanecer despierta y a oscuras en el centro de la estancia.

La muerte de su amante era lo único que la preocupaba.

Pero el tiempo iba pasando rápidamente, sin que ella escuchase nada capaz de



justificar sus temores.

A pesar de esto, su fiel corazón le seguía presagiando una gran desgracia, y sentía sobre su alma un peso que la ahogaba por momentos.

Varias veces intentó acercarse a la reja para abrir sus ventanas, pero un temor invencible o una fuerza oculta retenían sus pies inmóviles sobre el suelo.

Engracia, en aquellos instantes, tenía la voluntad supeditada por completo al terror.

Y este, aunque verdaderamente sin causa, fue amontonando sobre su pecho un mundo de dolor que sofocaba e impedía por momentos su respiración.

Afortunadamente desbordose fuera del pecho, y subió hasta los ojos de la joven, que, arrojándose sobre el frío suelo, se puso a llorar continua y silenciosamente.

.....  
.....

El tiempo, que siempre transcurre indiferente a dolores o dichas, pasó tan rápido como siempre, y cuando Engracia vino a salir de aquella postración nerviosa en que se había sumido, vio cómo por las rendijas de la cerrada reja comenzaba a penetrar la mortecina luz del alba.

La joven se levantó del suelo en que había estado tendida toda la noche, y con paso débil y vacilante acercose a la ventana, cuyas maderas abrió con mano febril y trémula.

Apenas la brisa de la mañana penetró por ella y Engracia asomó su calenturienta cabeza, cuando un grito de horror se escapó de sus labios.

En aquel mismo instante, un hombre, vestido con rico traje de caballero, apareció cerca del lugar que ocupaba la joven.

Era don Sancho, el señor del castillo.

—Hermosa villana —gritó con voz sarcástica—, en la noche de San Juan es costumbre colocar frescos ramos de flores en las ventanas de las jóvenes bellas. ¡Mira con el que yo te obsequio!

Y, al decir esto, el infame caballero señaló la reja que ocupaba Engracia, de cuyos últimos hierros, y con los pies cercanos al suelo, pendía un lívido cadáver, con las ropas en desorden, y que el viento de la mañana mecía acompasadamente.

Aquel cadáver era el del infeliz Juan.

«IN PACE»

I

LOS RAYOS del sol, filtrándose por la verde cortina que cubría la ventana, alumbraban de una manera indecisa la celda del abad.

Por los rincones, numerosos infolios encuadrados en pergamino; ocupando casi un lienzo de pared, un crucifijo colosal; sobre una tallada mesa, un blanco cráneo humano, y sentado en un ancho sitial de cuero, el dueño de la celda.

Su rostro austero y lleno de severidad aparecía más fosco que de costumbre, y sus ojos de mirada fría y penetrante, que eran el temor de los frailes, estaban casi velados por los matorrales de sus espesas cejas.

Aquel hombre, a pesar de su traje, causaba miedo en aquella posición.

Conocíase en él que reflexionaba profundamente.

Bajo aquella afeitada cabeza bullía con hervor incesante el pensamiento, y las ligeras contracciones que experimentaba su rostro demostraban los diversos giros que tomaban sus ideas.

Por mucho tiempo permaneció el abate en esta posición, hasta que de pronto se agitó en su asiento, y casi sin abandonar su primitiva posición gritó con fuerte voz:

—¡Traedle aquí!

Oyéronse fuera recios pasos como de personas que estaban a la otra parte de la puerta esperando órdenes.

Las pisadas fuéronse poco a poco alejando, y el abad tornó a caer en su meditación.

Pasó algún tiempo.

De pronto oyose ruido fuera de la celda, y abriéndose la puerta apareció un extraño grupo sobre el umbral.

Formábanlo un joven fraile de destrozados hábitos y tres corpulentos legos de rostro feroz, que lo llevaban cogido de los brazos.

El abad abrió sus ojos, y después de contemplar un instante el grupo, volvió a entornarlos al mismo tiempo que decía a los legos:

—Hermanos, retiraos.

Estos obedecieron, cerrando la puerta al marcharse, y solo quedaron en la estancia el abad y el fraile.

El primero sentado en su sitial y el segundo de pie en medio de la estancia con la cabeza caída sobre el pecho, los brazos rígidos y el aspecto de un hombre des-

alentado.

En la celda reinó un silencio semejante a la calma que siempre precede a las tempestades tropicales.

Solo el aleteo de alguna mosca venía a turbar aquel reposo, que tenía algo de terrible.

## II

El fraile que estaba de tal modo ante la presencia del abad era muy joven.

Su rostro, a pesar de las huellas que en él habían dejado la maceración y los ayunos, era varonilmente hermoso; y sus ojos, cuando no miraban humildes al suelo, dejaban escapar rayos de pasión.

Bajo el tosco hábito se adivinaba un cuerpo gallardo, conteniendo un corazón de fuego, pero las descarnadas manos que asomaban por las amplias mangas delataban también un organismo algo destruido por la disciplina y el cilicio.

En la faz llevaba impreso ese tinte verdoso que dan las privaciones, y los cercos violáceos de sus ojos denotaban un mundo de pesares y una serie continuada de llantos.

Llevaba el hábito desgarrado por más de una parte, y esto, junto con otros detalles, daba a entender que el fraile concluía de salir de algún profundo lugar que le servía de calabozo.

El abad, sin abandonar su posición ni abrir sus ojos, dijo de repente:

—¿Sabéis para qué os he llamado, padre Felipe?

—No, reverendo abad. Los que hasta aquí me han conducido nada han querido decirme, y ya podréis comprender que desde el lugar que yo hace unos instantes ocupaba es muy difícil saber lo que en el mundo pasa.

—La comunidad se ha reunido en capítulo para juzgar vuestro crimen.

—¿Y qué? —dijo con acento de ansiedad fray Felipe levantando su cabeza y mirando fijamente al abad.

—Conocéis tan bien como yo las reglas de nuestro monasterio, y extraño, por tanto, vuestra pregunta. Recordad bien: ¿a qué condenan ellas al fraile que falta por un lado a su voto de castidad y por otro es sacrílego?

—¡Ay! ¡Dios mío! —dijo el joven fraile, y se retorció las manos con desesperación.

—Esos ademanes son impropios de un siervo del Señor, que debe estar siempre dispuesto a obedecer los llamamientos de Dios. Considerad, además, que vues-

tro crimen os hace merecedor de tal suerte.

Fray Felipe, al escuchar esto, calmó su desesperación, y quedose pensativo, para decir al poco rato:

—¡Mi crimen! ¿A qué llamáis mi crimen? He sido muy culpable, no lo niego; pero no a mí, sino a otro debe exigírsele la responsabilidad.

—Fray Felipe —dijo al oír esto el abad abriendo por primera vez sus ojos, y fijando en el joven una mirada fría y aterradora—. No intentéis disculparos; decid, si acaso, que el demonio os ha hecho objeto de tentaciones que os ha sido imposible resistir, pero no digáis más.

—¡El demonio! Tal vez tengáis razón. Pero el demonio ha sido para mi dulce y bueno; el demonio ha aparecido ante mí tan grande y adorable como Dios; el demonio ha sido mi sangre joven, que sentía bullir en las venas; la vida que animaba mis músculos, el fuego que hacía centellear los ojos de aquella mujer, y mi corazón que se sentía y se siente repleto de amor.

—Hablad menos, pecador. Vuestra lengua es carne que escupe, glorificándolos, esos mezquinos placeres del mundo, y solo se ve en vuestro cuerpo la vil materia, sin que se distinga el alma que vence a la carne y que goza en el éxtasis contemplando a Dios.

—¿Que no tengo alma? ¿Que solo soy materia? ¡Ah, padre! No sabéis lo que os decís. ¿Qué puede saber del alma el que, como vos, jura que no conoce el mundo? Postrándoos ante el altar y elevándoos hasta contemplar el Todopoderoso, sentís dentro de vosotros un placer que creéis el mejor del mundo, y a aquello que yo jamás he sentido lo llamáis el goce del alma. ¡Ah! Vosotros sois los que no conocéis el verdadero goce que experimenta ese incógnito espíritu que anima nuestro cuerpo. ¡Cuando yo lo recuerdo! ¡Cuando vuelvo la mirada atrás y contemplo aquellos instantes tan felices! Cogidos del brazo nos paseábamos por bajo la enramada del huerto de su convento. Su blanco hábito brillaba a la luz de la luna; sus ojos me envolvían en una atmósfera de fuego; su aliento, cargado de ese perfume extraño e indefinible propio de la hermosura, me enloquecía; y, trémulo de amor, yo estrechaba su cintura entre mis brazos, y besaba aquellas manos transparentes y blancas como el nácar.

—¡Calla, protervo! —gritó el abad levantándose de su asiento y con voz tonante.

—Y entonces —prosiguió el fraile como si no oyera las palabras de su superior—, entonces sentía mi cuerpo embargado de supremo placer, mi cerebro se oscurecía como el del beodo, y sentía en mí los efectos de una embriaguez de amor. ¡Ah! ¿Qué sabéis vosotros del alma? Vosotros, los que la tenéis impassible a todo afecto,

los que no sabéis lo que aquella siente al dilatarse en la atmósfera misteriosa que rodea a una mujer.

—Cierra tus labios, blasfemo, y no profanes este lugar con tan inmundas palabras. Has sido sacrílego, has amado a una esposa del Señor, y no mereces el perdón de Dios.

—¡Dios! ¿Decís que Dios no puede perdonarme? ¿Pues para qué me ha dado esta vida que anima mi ser? Otro es el culpable, que no yo. ¿Qué castigo merece el que solo ha seguido los impulsos de esas pasiones puestas en su corazón por una mano superior? Yo aborrecía el mundo y el amor, porque no los conocía. Siendo casi un niño, me encerraron en estos sombríos claustros, y semejante al pájaro que, aprovechando el menor descuido, sale de su jaula sin atender a otros consejos que a su instinto que le guía a la libertad, yo hice salir a mi espíritu de aquella atmósfera mística que le envolvía; mi alma batió sus alas por los dorados celajes del amor, y allí se encontró con otra, la de una infeliz mujer que igual a mí lloraba en otro claustro a impulsos de la tristeza que llenaba su corazón vacío de pasiones y casi petrificado por el ascetismo. Nos vimos y nos amamos. Decid, padre abad: ¿qué crimen hicimos con ello? ¿No seguimos los impulsos puestos en nuestro pecho por ese Dios que vosotros os forjáis en el pensamiento como una imagen aterradora y cruel, y que yo sublimizo creyéndolo todo amor?

—¡Calla, blasfemo! Tu conducta es monstruosa. Insultas a la religión y a Dios en el mismo instante en que te acecha el castigo y la muerte se prepara a recibirte en sus brazos. En vez de confesar tu falta y arrepentirte de ella, te entretienes divinizando tu crimen. ¡Ora, pecador, que dentro de un instante sufrirás el castigo de tu culpa!

Tras estas palabras reinó un largo intervalo de silencio.

—Padre —dijo de pronto fray Felipe—. ¡Por Dios os pido que contestéis a mi pregunta! ¿Qué ha sido de ella?

—Ha tiempo que en su convento las puras vírgenes del Señor le han dado un castigo igual al que tú vas a sufrir.

—¡Ha muerto!...

—Sí, en el *in pace*<sup>23</sup>, lo mismo que tú dentro de breves horas.

El fraile, al escuchar esto, tornó a dejar caer su cabeza sobre el pecho con marcado desaliento. En aquel instante, la celda retumbó con el sonido de una gran campanada.

—¡La señal! —murmuró el abad. Y luego, dirigiéndose al joven, le dijo así—: ¿Sabes lo que eso significa?

---

<sup>23</sup> Calabozo, tumba de un hombre enterrado vivo.

—Creo figurármelo. Es la señal de mi muerte.

—Has acertado. ¿Oyes? En el cercano corredor suenan las pisadas de toda la comunidad, y por las rendijas de la puerta se filtra la rojiza luz de los hachones. La procesión que ha de conducirte a la muerte se está reuniendo. Dentro de un instante tu cuerpo formará parte del muro de la capilla de las Ánimas.

### III

El monasterio presentaba un aspecto que infundía terror.

Aquellas negruzcas arcadas, de suyo severas, parecían reproducir las líneas de un rostro contraído por la ira y la indignación.

El gigante de piedra estaba rabioso, necesitaba devorar a alguien, y con su lengua conmovía los espacios, aterrando a los que escuchaban sus voces. Las campanas doblaban con sonidos fúnebres.

Y como si la naturaleza pretendiera contrastar aquel aspecto tétrico y horripilante con que se envolvía el colosal edificio, cubríale con un cielo azul y diáfano, y con los rayos de un sol puro y esplendoroso.

Por los claustros veíase pasar la procesión compuesta de sombríos seres que, a ser vistos de noche, se hubieran confundido con sombras evocadas del fondo de las tumbas.

Muchos frailes con la cabeza baja y el rostro cubierto por la capucha caminando con mesurado paso, y algunos legos fornidos y de aspecto guerrero, muy necesarios en los monasterios de la Edad Media, que tan pronto eran templos para orar a Dios, como se convertían en inexpugnables fortalezas.

Los primeros llevaban gruesos hachones de llama chisporroteadora y humeante, y los segundos, herramientas de albañilería.

A la cabeza de la procesión levantábase un crucifijo de colosal tamaño, y al final de aquella se veía a fray Felipe marchando con paso débil y apoyado en el brazo del abad.

El ambiente llenábase, al pasar la procesión, de olor de cera y de cantos fúnebres, que por su monótona sonoridad infundían al alma cruel espanto.

De este modo la procesión entró en el anchuroso templo del monasterio, lo atravesó y comenzó a bajar por una escalera de piedra de húmedos y desiguales peldaños, que se abría a un extremo de aquel.

La escalera conducía a la capilla subterránea llamada de las Ánimas.

Esta consistía en un vasto recinto tallado en la roca viva, y cuya bóveda estaba

sostenida por gruesas pilastras.

En un rincón veíase una pequeña capilla, ante la cual ardía una macilenta lámpara.

En las paredes se distinguían algunas lápidas con góticas inscripciones que delataban otras tantas sepulturas.

La procesión llegó a la sagrada cripta.

Los frailes fueron alineándose a ambos lados del altar y los legos se colocaron junto a una excavación hecha en el muro recientemente, a juzgar por ciertas señales que presentaba la roca.

Aquella excavación era poco profunda, y en su dibujo imitaba groseramente el contorno de un cuerpo humano.

Era el horrible *in pace*.

El prior, llevando siempre del brazo a fray Felipe, se colocó junto a la capilla, y absorbiendo a toda la comunidad con su singular mirada, extendió la mano imperiosamente y los cánticos cesaron.

Después dijo con acento glacial:

—*Qui dormiunt in interrae pulvere, evigilabunt; alii in vitam aeternam, et alii in opprobium, ut videant semper*<sup>24</sup>.

Todos los frailes contestaron a coro:

—*De profundis*<sup>25</sup>.

Y sus voces, que salían roncas de bajo las capuchas, retumbaron en la bóveda. El abad continuó así:

—*Requiem aeternam dona ei, Domine*<sup>26</sup>.

Los frailes contestaron:

—*Et lux perpetua luceat ei*<sup>27</sup>.

Tras todo esto reinó un completo silencio.

El abad, arrastrando a fray Felipe que automáticamente le seguía, lo llevó hasta junto el *in pace*, y una vez allí, los legos apoderáronse de él.

Primeramente le ataron los pies con una gruesa soga, y después lo colocaron en aquella especie de estuche abierto en la roca.

Fray Felipe, al encontrarse allí y sentir sobre su cuerpo el contacto de la áspera roca, pareció salir del marasmo que le embargaba.

Agitose en su alvéolo de piedra, como si intentara desprenderse, pero en el

---

<sup>24</sup> «Los que duermen en el polvo de la tierra, serán despertados; unos para vida eterna y otros para vergüenza y eterno horror» (Daniel, 12.2).

<sup>25</sup> «Desde las profundidades» (Salmos, 129).

<sup>26</sup> «Dales, Señor, el eterno descanso».

<sup>27</sup> «Y que la luz perpetua los ilumine».

mismo instante el férreo brazo de un lego se apoyó sobre su pecho y le dejó como clavado al fondo de aquel extraño ataúd.

En el entretanto sus compañeros, que llevaban herramientas de albañil, comenzaban a colocar en la boca de la excavación una hilada de piedras unidas con argamasa, que subían hasta la altura de las rodillas del infeliz fraile.

Este al verlo dirigió una mirada suplicante a todos los presentes, y gritó al abad con acento suplicante:

—¡Padre!

El abad le contempló con sus fríos ojos y luego volvió a entornarlos.

—Sé lo que esa mirada significa. En vuestro pecho es imposible encontrar sentimientos de compasión.

Luego el fraile contempló a sus inmóviles compañeros y les dijo con igual acento:

—¡Hermanos!...

Nadie se movió; todos continuaron con la cabeza baja y el rostro cubierto por la capucha.

El muro que los legos construían ya llegaba a la cintura de fray Felipe.

—Hermanos —continuó este—. ¿No os causa compasión mi suerte? ¿No os estremecéis al considerar la horrible muerte que me espera? ¡Tened compasión de mí! Antes de entrar en el claustro una mujer os dio la vida, fue vuestra providencia y os arrulló en su regazo. El nombre de vuestra madre debe seros sagrado. ¡Por vuestra madre, pues, salvadme!

Fray Felipe fue a continuar, pero en el mismo instante sintió opresión en el pecho, y bajando la vista vio que la gruesa pared le llegaba ya cerca de los hombros.

El fraile no era ya, a los ojos de todos, más que un busto; pero un busto que lloraba y cuyo rostro contraía la desesperación.

—¡Adiós, hermanos! —dijo con acento conmovedor.

Al escucharle, algunos frailes levantaron imperceptiblemente la cabeza como para despedirse del que había sido su compañero.

El abad permanecía impassible.

Escuchose en la capilla un rumor producido por el rezo de los frailes.

A los pocos instantes consumose el acto.

Fray Felipe vio interponerse entre sus ojos y la luz un cuerpo oscuro, y sintió en los labios el desagradable gusto de la argamasa con que los legos unían unas piedras a otras.

La última hilada había sido puesta, el *in pace* quedaba cubierto incrustando un hombre en el muro.



## IV

Fray Felipe oyó perfectamente el chisporrotear de los hachones al ser apagados, y los pasos de toda la comunidad al alejarse y subir la escalera que conducía al templo.

A los pocos instantes se había hecho el silencio, pero un silencio completo que no enturbiaba el menor átomo de sonido y solo comparable con el del caos.

Aquel era el silencio del *no ser*.

El fraile emparedado permaneció algunos instantes inmóvil.

Su cuerpo estaba oprimido por todos lados, y al respirar, su pecho se aplastaba en la roca.

Fray Felipe creía soñar.

—No, esto no es posible —se decía interiormente—. Yo debo de estar sufriendo una terrible pesadilla. Yo despertaré.

Pero cuando, haciendo un esfuerzo, procuraba traer su razón a la realidad, se estremecía de espanto.

Intentaba agitar los brazos para derribar el muro, y no podía ni moverlos. Estaban empotrados en la peña.

Aquella mortaja de piedra le impedía todo movimiento.

Hizo un esfuerzo desesperado, y todos sus huesos crujieron.

Era imposible libertarse de aquella zarpa de granito que le tenía aprisionado entre sus dedos.

La voluntad hacía esfuerzos para mover los músculos; pero estos, al intentar obedecerla, tropezaban con la insensible peña que con frialdad malvada anulaba todos sus esfuerzos.

El fraile, lleno de desaliento, permaneció inmóvil.

Entonces percibió ciertos ligeros ruidos en el muro.

Era el roer de los gusanos en las tumbas inmediatas.

Fray Felipe se estremeció, y parecióle que ya subían lentamente por su cuerpo para introducirse por la boca.

Al mismo tiempo que esto le sucedía, notaba que su respiración iba siendo cada vez más penosa.

Sus costillas, al sufrir el empuje de los pulmones, crujían contra la dura peña.

Sentía dentro del pecho un peso sofocante.

Necesitaba aire, y a su alrededor solo percibía un menguado ambiente cálido y pesado.

Acercó su boca como demandando un poco de oxígeno al muro recién construido, y sus labios sintieron la frescura de la argamasa..., pero nada más.

La asfixia era cada vez más intensa, y al mismo tiempo notaba que el frío de la roca se filtraba en sus huesos y que una mortal rigidez empezaba a invadir todo su cuerpo.

Su cerebro se oscurecía con terribles vértigos.

Unas veces creía encontrarse en la boca de un horrible monstruo que le devoraba; otras, en el huerto de su amada, paseando con ella a la luz de la luna y embriagándose con su amorosa mirada; pero cuando el vértigo pasaba y su razón volvía a la realidad, su cuerpo se estremecía intensamente.

La angustia aumentaba por momentos.

Parecía en su delirio que dentro del pecho tenía las piedras que cubrían la entrada del *in pace*, y que pesando sobre sus pulmones se los destrozaba.

Una angustia asfixiante subía por su garganta y sufría agudos pinchazos en el cerebro.

La oscuridad absoluta que le envolvía se pobló de pronto de fugaces lucecillas azuladas y tenues.

Dentro de su cráneo sintió un horrísono estrépito, semejante al rodar de un pesado carro de guerra; su pecho dilatose, incrustándose más y más en el muro, como si quisiera estallar; creyó que respiraba asfixiante humo, que su cuerpo se rompía en mil pedazos y que se le escapaba algo.

.....  
Después no sintió nada.

## V

Hoy, cuando los arqueólogos bajan a la capilla de las Ánimas para estudiar las góticas lápidas que cubren las tumbas, están muy lejos de creer que en aquel muro hay incrustado un esqueleto, últimos restos de un hombre enterrado en vida, y que allí se oculta un terrible drama monástico de la feroz Edad Media.